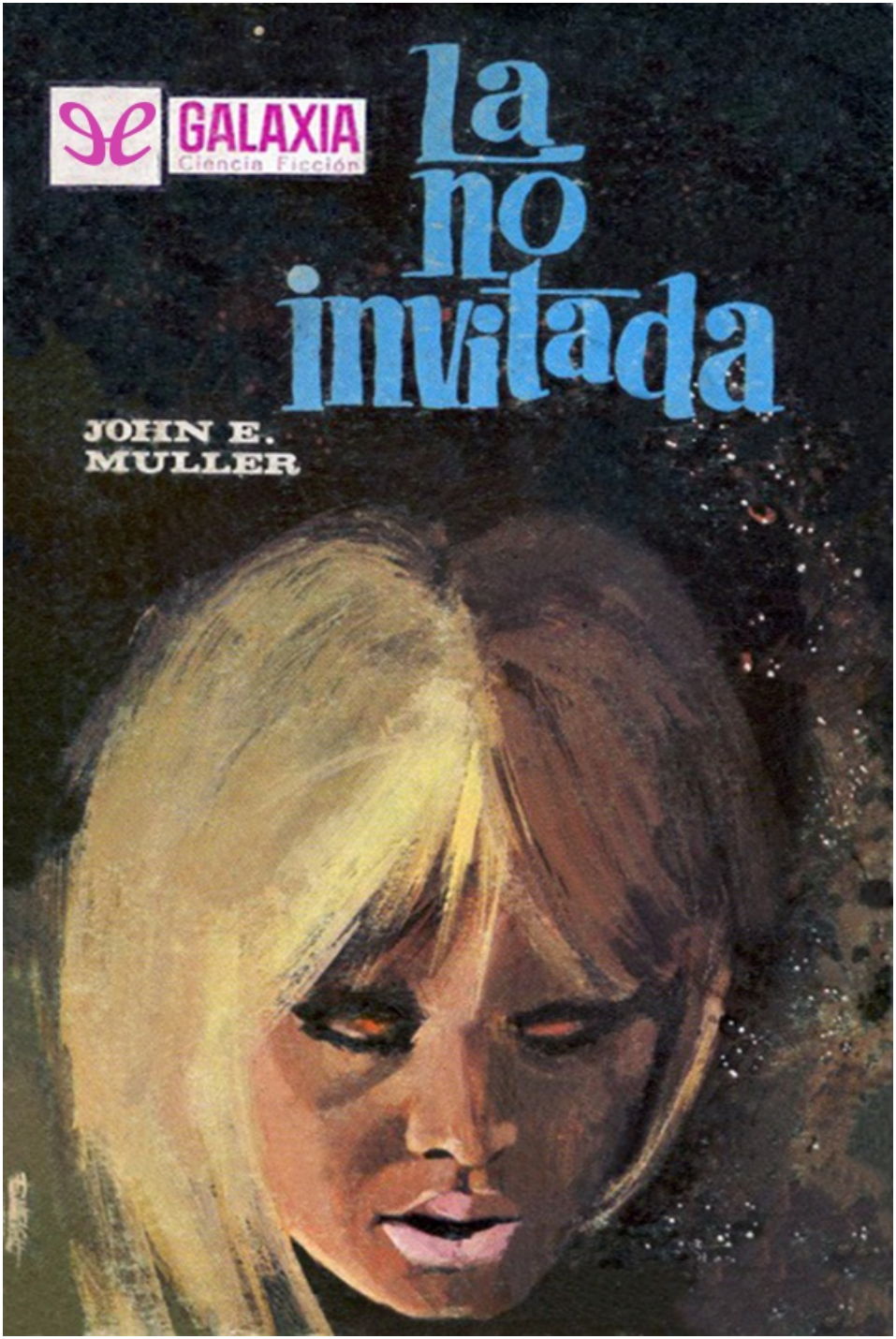
GALAXIA
Ciencia Ficción

La no invitada

JOHN E. MULLER



Debería haber sido rutina normal. Nada podía fallar. El ánodo y el cátodo funcionaban perfectamente, los instrumentos de medición señalaban las cifras precisas. Una débil efervescencia agitaba aquella burda solución química.

De repente, hubo un sutil cambio en la marcha del progreso; pareció como si el experimento se detuviera en su carrera y una cadena de burbujas revoloteó inerte en el liquido inmóvil. Algo inexplicable aparecía en la solución. El científico fijó su mirada en la vasija… no podía ser… era imposible.

epublibre

John E. Muller

La no invitada

Galaxia - 72

ePub r1.0
Titivillus 18.07.16

Título original: *The uninvited*
John E. Muller, 1961
Traducción: J. Mariages
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CAPÍTULO PRIMERO

TARACONDA GRIMWOOD

—¿Y dónde crees que vas ahora?

Milly Grimwood tenía la voz como la de un loro, un loro viejo y calvo. Es curioso —pensó Taraconda Grimwood— la manera como las voces parecen ir siempre apareadas con imágenes mentales. En estos últimos años, la voz de Milly se había ido pareciendo cada vez más y más a la de un loro calvo que a ninguna otra cosa. Cerró los ojos, y casi pudo ver mentalmente la figura del desgraciado pájaro. Sin embargo, no era un pájaro. Era una mujer. *¡Una mujer!* Tales pensamientos le hicieron reír. Era una broma agria, amarga, que Taraconda Grimwood había hecho sobre sí mismo. Una mujer lo había sido hacía cuarenta años, cuando se casó con ella. Ahora era un marimacho. Peor que un marimacho, una fiera. No; demasiado vieja para fiera. Y el hombre trató de pensar algo peor. Una arpía, ¿quizá? Sí. Aunque vagamente, la palabra se ajustaba a Milly, la mujer que había convertido en un extraño dios la casa que alguna vez había sido *hogar*.

Una mujer que transformó la *vida* en *existencia* y, luego, la *existencia* en *infierno*. Desde los últimos diez o quince años Taraconda Grimwood no podía recordar que su mujer no dijera algo que no fuera una censura. Si se mantenía callado, ella lo convertía en huraño. Si hablaba, entonces resultaba que decía tonterías. Si levantaba la voz, era grosero. Y si se atrevía a expresar su opinión sobre cualquier cosa, indefectiblemente aquello estaba en directa oposición con cualquier cosa que Milly hubiera podido decir, o pensar y, además, desde luego, ello estaba hecho deliberadamente.

No es de extrañar por tanto que Taraconda Grimwood se encogiera dentro de su concha. Se había retirado dentro de su

propia mente hasta convertirse en un *zombie*, un cuerpo sin alma, por lo menos mientras se encontrara en su hogar —corrijamos, se dijo—, en la casa donde vivía. La palabra «hogar» tenía un ribete de burla, era una palabra que Milly utilizaba incesantemente. Era parte de su vocabulario. La tenía constantemente en la boca hablando sin parar, con aquella voz de loro calvo, acerca de nuevos cubrecamas, nuevos cojines y nuevos muebles. Y de eso que tenía también que poner nuevo, y de lo otro, y lo de más allá, haciendo aún más inhabitable de lo que era aquel museo-más-galería de arte-más-exposición de muebles donde vivía.

Taraconda se caló su viejo sombrero de fieltro, blando, sin forma y de alas gachas, que tan bien encajaba con su personalidad. Su mano quedó en suspenso sobre el pestillo de la puerta.

—He hecho una pregunta cortés, y quiero una cortés respuesta —graznó la voz de loro. Él echó una ojeada sobre su hombro y vio a Milly que estaba quitando el polvo de algo completamente inocente de suciedad, lo cual no era obstáculo para que ella continuara en su afán.

—Voy a salir —dijo Grimwood suavemente.

—¡Está muy bien! No me lo digas si no te da la gana. ¡Derrochando el dinero en bebida cuando yo lo necesito para el hogar!

—¿Pero qué puedes tú necesitar para esta casa que no lo tengas ya en duplicado o triplicado? —contestó Grimwood amargamente.

—¡Ahí lo tienes! ¡Criticando otra vez! Y yo tratando de hacértelo todo agradable.

—¡Oh, vete al infierno! —exclamó en voz baja Taraconda mientras abría la puerta rápidamente y la cerraba detrás de sí de un portazo. Aquel portazo fue su única protesta contra un ambiente que desde tanto tiempo atrás habíale extraído el último vestigio de su espíritu.

Salió a la calle sin saber de fijo dónde iba a dirigir sus pasos. Pensó que quizá podría llegarse hasta la Universidad y preparar allí la instalación de alguno de los experimentos para las clases de mañana. No necesitaba hacerlo, desde luego, puesto que tenía un auxiliar muy competente que cuidaba de esos detalles aunque, la verdad sea dicha, poco trabajo le dejaba el catedrático Grimwood con su costumbre de preparar los experimentos personalmente. Era

inútil que el Jefe de la Facultad de Ciencias le dijera repetidas veces que se evitara ese trabajo. «No es necesario que tenga usted estas preocupaciones», le había dicho, «usted sabe que tiene un asistente capacitado, al que se le paga por hacerlo».

Efectivamente, Grimwood lo sabía, y de la mejor manera que supo trató de explicar que el motivo de su comportamiento era tan sólo porque a él le gustaba hacerlo, y que ello no implicaba crítica alguna al trabajo de su auxiliar; por otra parte, un individuo taciturno que hacía su trabajo, siempre que le dejaran alguno, extremadamente bien.

Taraconda no era un hombre hablador y, por tanto, poco más supo añadir a su explicación. Tampoco era hombre que fuera a airear sus problemas a las orejas de su Director, ni éste hombre para aceptarlo. De manera que se limitó a exponer sus débiles excusas a sabiendas de que, en el fondo, la Dirección le había comprendido. Como fue en efecto, ya que la cuestión no volvió a suscitarse de nuevo.

Las calles que mediaban entre su casa y el Laboratorio de la Universidad donde daba sus lecciones y demostraciones le eran tan familiares, que apenas las notaba mientras andaba su camino. Conocía cada piedra, cada palo, cada portal y cada farol, los buzones de correspondencia y las cabinas de teléfono, e incluso cada una de las tiendas. Conocía, además, a todas las personas que frecuentaban esas calles; las caras mutables de los estudiantes y las inmutables de los profesores a los que Taraconda imaginaba cubiertos de musgo y vegetando entre paredes recubiertas también por la misma planta. Ni incluso él mismo pudo zafarse de la autocrítica, y viose asimismo cubierto por la verde substancia mientras preparaba «musgosos» experimentos y demostraciones dentro de un «musgoso». Laboratorio, para entretener a «musgosos» estudiantes. La imagen le hizo sonreír. Es una buena expresión esa de «musgoso», pensó. Estamos tan petrificados —decíase a sí mismo —, que hasta las plantas pueden crecernos encima, como si estuviéramos ya muertos.

Se llamó «pobre viejo Grimwood», un hombrecito aburrido, patético, lleno de lástima de sí mismo, y a quien ni siquiera la alegre y vibrante compañía estudiantil parecía afectar ni influenciar. Un hombre para quien la vida no tenía presente ni

mucho menos futuro y el débil recuerdo de cuyo pasado, antaño colmado de esperanzas, se había agriado y vuelto amargo junto con las esperanzas y las ilusiones para morir al fin.

La evocación de ese pasado no era para su mente como una úlcera gangrenosa. No le gustaba pensar en los anhelos que alguna vez había tenido. No le complacía recordar demasiado el ayer. Taraconda Grimwood era un fracasado de cuerpo entero. Un fracaso completo una total frustración. Un absoluto fiasco. Era tanta la magnitud de su derrota que casi podía asegurarse que en el logro de su fracaso fue en donde más se aproximó a un verdadero triunfo. ¡Había fracasado magníficamente!

No obstante, sus estudiantes aprobaban los exámenes. Claro que igualmente los pasaban fuese quien fuese el que diera las lecciones. Pero él machacaba las asignaturas una y otra vez y a menos de que los estudiantes fueran rematadamente estúpidos, tenían que captar por fuerza algo de las enseñanzas que les inculcaba. Pero, después de todo, pensaba, ¿valía la pena? Recordaba la vieja disertación que empleaba año tras año al recibir a los nuevos alumnos: «Ahora que van ustedes a estudiar la ciencia de la Electrónica a nivel universitario, señoras y caballeros, su primera tarea será la de olvidar todo cuanto han aprendido con anterioridad a este respecto. La razón es, sencillamente, porque, a medida que ustedes avanzan en Física, tienen ustedes que aprender a olvidar los principios elementales que todavía se enseñan erróneamente en las Escuelas de Educación Primaria».

Le daba una cierta satisfacción ver el efecto que esta «bomba» producía entre los estudiantes cada vez que la utilizaba. Normalmente los tipos más jocosos se partían de risa hasta que acababan por darse cuenta de que les decía la verdad. Y, sin embargo, ¿era en efecto la verdad? En su opinión, lo era, y no lo era. Por una parte era cierto que había unas bases, unos credos fundamentales que se enseñaban en las Escuelas y que quizá tenían algo de fuerza y valor para los alumnos que pasaban a la Universidad. Pero hablando en general, la mayor parte de lo que él enseñaba y demostraba partía por la mitad la Física de Newton. El suyo era un campo nuevo, una rama enteramente fresca y, sin embargo, sin aquella enseñanza elemental no habría base donde construir. Era como si uno tuviera que edificar dos torres a la vez.

El conocimiento a medias de una ciencia preliminar era la plataforma de lanzamiento para introducirse en la materia más delicada sobre la que Taraconda disertaba.

Ensimismado en sus meditaciones, dio maquinalmente un puntapié a un guijarro, una inofensiva piedrecita que había osado a cruzarse en su camino. La acción despertó en las profundidades de su subconsciente el deseo de que la piedrecita hubiese sido la cabeza de Milly. No obstante, reprimió en seguida su apetencia. Taraconda no era un hombre violento y el mero recuerdo de lo que acababa de ocurrirle le lanzó un escalofrío por todo su rechoncho y pobre armazón.

Y continuando sus reflexiones mientras andaba por aquellas calles que tan familiares le eran, fue construyendo una imagen mental de su persona. Lo vio como un hombre gris; gris y cansado, haciendo un trabajo asimismo gris y cansado. El cabello clareando en su cabeza y un bigote desparramado sobre su labio superior. Ojos ajados en una pira marchita con expresión de perro apaleado, un hombre quieto, falto de ambiciones y emociones. Algo semejante a una botella vacía de cerveza que baja flotando por el canal de la vida.

Para Taraconda, ese canal era algo nauseabundo, fétido, una corriente túrgida de repulsivo olor. La vida ya no guardaba placer alguno para él. La vida no poseía nada que valiera la pena arrebatar y, no obstante, rechazaba toda idea concerniente al suicidio. Después de todo —pensaba— esta sombría vaguedad que era su vida no era tan insoportable ni enfadosa. Estaba convencido por completo de que el hombre no es nada más ni nada menos que un animal inteligente y que cuando la muerte llegaba lo hacia acompañada de una especie de olvido compasivo. Sabía que cuando eso ocurriera, muchos de los noventa y pico de elementos químicos que componían su cuerpo frágil, inútil y gastado, se reintegrarían al vasto Cosmos de la Naturaleza, y que algunas de las partículas de lo que había sido «él» volverían a formar partículas y componentes de otras cosas.

Por asociación de ideas, estas reflexiones le llevaron a pensar sobre los diversos componentes que formaban el cuajarón bioquímico que era Taraconda Grimwood y ese análisis mental le llevó la conclusión de que no eran, en verdad, muy impresionantes.

Otra piedrecita se cruzó en su camino, pero esta vez en lugar de enviarla con un descuidado puntapié al borde de la calzada, la fue empujando delante de él con una serie de pataditas breves. Cada uno de estos diminutos puntapiés iba acompañado por el nombre de un elemento químico que murmuraba entre dientes. «Argón», y el guijarro se deslizó a lo largo de tres baldosas, rebotando luego contra una pared. «Actinio», esta vez sólo le dio un ligero golpe con el pie izquierdo y observó atentamente cómo resbalaba sobre una sola baldosa. Con «plata» y «aluminio», la piedra salió disparada en línea recta. «Americio», y otro puntapié. Salió la palabra «arsénico» y con ella un pensamiento placentero atravesó otra vez su cerebro al asociarla con Milly. Pero fue solamente un destello de imaginación de su subconsciente. Aquel mecanismo de represión psicológica que le hacía condenar la violencia habíase perfeccionado demasiado llegando demasiado lejos, más allá incluso de su propio discernimiento.

«Estroncio», y otra patada. «Oro»; esta palabra encendió otra luz en su mente: ¡Cuán diferente habría sido todo con un poco de oro! El oro que Milly dilapidaba con los muebles nuevos, nuevas cortinas, papeles flamantes en las paredes, alfombras, esteras… Siempre algo nuevo para la condenada casa. Y, ¿para qué? Pues para impresionar a las cabezas de chorlito que Milly llamaba sus amigas. ¡Amigas! ¡Qué palabra más vacía y estúpida! En cambio, ¿qué no hubiera hecho él con un algo de oro? Podría haber empezado una nueva vida en cualquier parte. Cambiar su nombre; cambiar su identidad. Si por lo menos hubiera sido un hombre de acción. Si hubiese tenido por lo menos el valor de apartarse de Milly… Pero, al fin y al cabo, ¿por qué preocuparse?

«Boro», «bario», «berilio», «bismuto»… una y otra vez fue dándole con el pie al guijarro. «Berkelio», la piedra fue rateando de una baldosa a otra. «Bromo»…

El guijarro desapareció por fin por la abertura de una alcantarilla al compás de «carbón», «calcio» y «cadmio». Unos cuantos pasos más adelante tuvo no obstante la suerte de hacerse con un substituto al que envió más allá de la esquina con el acompañamiento de «cerio», «californio», «cloro», «curio», «cobalto», «cromo», «cesio» y «cobre». Recitar de memoria toda una lista de elementos químicos por orden alfabético, era otro de sus

inocentes entretenimientos. Acostumbraba a memorizar los símbolos y no los nombres, pues los símbolos eran lo que importaba. Los símbolos lo eran todo.

Con los nombres de «disprosio», «erbio» y «europio», aquel último guijarro desapareció en la oscuridad, más allá del resplandor de un farol. Trató de encontrar algún otro canto para empezar con «flúor», pero no pudo hallarlo. Aparentemente, hasta las piedras le repudiaban.

Ahora ya, sin embargo, iba alcanzando las proximidades de la Universidad y se olvidó de piedras, de persecuciones, de la vida misma y de todo. El edificio se hallaba alejado tan sólo por un bloque de casas y Grimwood cubrió esta última etapa sin la ayuda de guijarros ni de elementos químicos ordenados alfabéticamente.

He aquí, pues, su persona inútil y sin esperanzas, ocupada en un trabajo sin esperanzas e inútil. Un hombre para quien la vida había perdido todo estímulo, todo interés, toda ilusión. Todo, en fin, para lo que vale la pena vivirla. Un hombre para quien esta vida no era tan siquiera una existencia.

Taraconda Grimwood; y su nombre, al vibrar en su cerebro, le hizo sonreír. Un hombre así llamado debería haber sido un político, un actor, un aventurero, explorador o artista. Incluso, quizá, hasta un gran científico. Sonrió amargamente mientras pensaba que no le habría sido difícil inventar alguna fórmula que le hubiera dado celebridad… si no le hubiese faltado incentivo e inspiración. Podría haber sido algún experimento particularmente artero que habría pasado a sus seguidores como el «Procedimiento Taraconda» o, «La Fórmula Grimwood». Nombres así quedaban bien en los libros de texto. Y sonrióse otra vez para sus adentros con risita frágil y seca.

Animado por esta idea se enfrascó seguidamente en la imaginaria revisión de los libros que hubiera podido escribir: «Química Avanzada de Grimwood», «Física Superior de Grimwood», «Introducción a la Teoría del Átomo, por Grimwood», «Descripción de Radiadores, Detectores y Aparatos Similares, por Grimwood». Oh, sí. Por supuesto que él hubiera podido escribir libros si sólo hubiese poseído el libro de la vida adecuado para que le inspirara, pues es sabido que para escribir, un hombre necesita inspiración; si no la hay, no hay escritor tampoco, y en el caso de Taraconda Grimwood, la inspiración era inexistente por completo.

Bastante le gustaba liberarse de esta fuerza monótona, inacabable, aburrida y destructora del alma que era su vida. Pero la única liberación estaba en la muerte y él le tenía pánico. Si por lo menos tuviera el coraje de atenazar la vida con sus dos manos y forzarla a rendirse a sus pies, obligarla a obedecer su voluntad. Pero él sólo dejaba que la vida lo arrastrara de la misma forma que un pedazo de corcho es revuelto y zarandeado por una corriente poderosa. Era una escoria de naufragio, un pecio, un algo flotante. Se sentía igualado a cualquier cosa que fuera inútil; un ser desvalido y desamparado, miserable, hastiado, desilusionado. Total y absolutamente aburrido y deprimido. Habíase hundido hasta el nivel más bajo que pueda alcanzar un ser humano y mantener todavía su condición humana.

Taraconda Grimwood examinó su alma y la encontró pequeña y árida; casi insignificante. A lo mejor puede que ni siquiera tuviera un alma… Quizá había nacido sin ella o, peor aún, quizá tuviera una alguna vez y Milly la había eliminado junto con su esperanza, su ambición, sus temores, emociones y amor. Puede también que no fuese un hombre, que fuese un ratón. Quizás era éste su problema. Sabía ya que los estudiantes le consideraban como algo inútil, rastrero y servil. De hecho, no importaba demasiado lo que la gente pudiera pensar. Al fin y al cabo nadie podía tener peor concepto de él que él mismo. Y en su desprecio, fue mascullando su nombre: Taraconda Grimwood, una y otra vez. Taraconda Grimwood, como si repitiera alguna fórmula mágica: Taraconda Grimwood. Yo soy Taraconda Grimwood, el más miserable, colosal y definitivo fracaso del mundo.

Examinándose con cuidado su pequeña y gorda figura, veía a un Catedrático de Ciencias cansado y aburrido, agotado en cuerpo y alma. Su misma fragilidad estaba en plena contradicción con su corpulencia. Era débil a pesar de parecer un hombre bajo pero corpulento. Un hombrecillo, en fin, tonto; un bufón de la Naturaleza. ¿Y qué había hecho él para compensar tanta adversidad? Pues, sencillamente, retirarse a las profundidades del cinismo. Se convirtió en un cínico introvertido sin solución posible. Un apático frustrado.

Alcanzó por fin la entrada de la Universidad y, deteniéndose, recorrió con la mirada las grandes columnas de los edificios, altas,

poderosas piedras ilustres.

Le hubiera gustado ser una de las piedras de aquellas torres pero desgraciadamente él no era una piedra, era un hombre; estaba construido de carne y hueso y en esto radicaba su mal, pues las piedras no sienten nada…

—Debe ser bonito ser una piedra —pensó Taraconda Grimwood, llevado por el deseo de que, de haber habido un Dios, le hubiera hecho una de éstas en vez de lo que era. Pero ya sabía que aquel era un anhelo vano, pues él era de carne y sangre y así seguiría hasta llegar el día en que aquellos elementos químicos que lo formaban y sobre los que ya había divagado momentos antes, retornaran otra vez al mundo misterioso y vasto de la Naturaleza; hasta el momento en que pedazos de aquella arcilla que había sido «él», formaran parte una vez más de la estructura viviente de otros organismos. Esta era, a fin de cuentas, la única clase de inmortalidad a que podía esperar.

Un profundo suspiro se escapó de su pecho al atravesar por entre las macizas puertas. Las grandes puertas se cerraron detrás de aquel hombre cansado y aburrido que echó a andar a lo largo del vasto pasillo en cuyo extremo estaba el ascensor. Apretó el botón de llamada, y el aparato obediente a su orden empezó a descender lentamente hasta detenerse a su mismo nivel.

—Por lo menos tengo todavía autoridad sobre esto —pensó Taraconda—. Algo obedece todavía a mis mandatos.

Apretó otro botón y las rejas se abrieron con lentitud. Entró, y las rejas se cerraron automáticamente detrás suyo. La puerta del ascensor se cerró también, y éste empezó pausadamente a elevarse. Arriba, más arriba, más todavía; mientras, él contemplaba el desfile de los pisos ante sus ojos. Era como si los años de su vida pasaran como destellos por dentro de su mente. Pisos que le estaban vedados; trozos de su vida que habían sido perdidos y que el paso del tiempo cerraba ahora ante sí con la reja de hierro del recuerdo a través de la cual podía mirar, pero no pasar.

Llegado que fue al piso donde Taraconda tenía sus aulas y laboratorio, el ascensor, obediente, se detuvo. Las verjas de hierro se abrieron. Ellas eran como el presente, un presente que muy pronto se convertiría en pasado y entonces estaría inaccesible, aunque fuera visible a través de los ojos de la memoria; a través de

la reja del *jamás*.

Salió por la puerta abierta del ascensor y encaminóse hacia el laboratorio. Aquella su pequeña operación con el ascensor despertó en su mente el vago recuerdo de una historieta cómica de antaño. Era curioso de la manera que le venían a la memoria esas ocurrencias estrafalarias e insulsas, puede que formaran parte de su personalidad asimismo insulsa y estrafalaria. Mientras se alejaba del ascensor, su mente iba tratando de recordar el chiste, aunque sin ninguna clase de humor en el empeño. Se trataba de cierto científico que asistía a un Congreso de profesores de Ciencias en Londres. Una noche, al regresar muy tarde al hotel donde se hospedaba, encontró a un pobre beodo yaciendo sobre el suelo en el vestíbulo. Levantó al desgraciado, y con mucho esfuerzo le fue ayudando a subir las escaleras. Al llegar al primer rellano, abrió la puerta más próxima y empujó al hombre suavemente adentro acompañando su acción con un amable «buenas noches». Entonces recordó que había olvidado su cartera de documentos en el vestíbulo y bajó en seguida a recogerla. No fue poco su asombro al llegar abajo y encontrarse con un segundo borracho tendido en el suelo. Decidido a no cejar en su buena empresa, cogió al hombre cariñosamente por debajo de un brazo y repitió el proceso de acompañar hacia arriba aquel otro individuo. Abrió la puerta más cerca y le hizo entrar empujándole también cortésmente. Dio las buenas noches, y su buena acción terminada, corrió rápidamente a recoger la cartera que había quedado olvidada todavía. Imagínese su pasmo cuando ya en el vestíbulo vio yaciendo en el suelo un tercer hombre. Maravillado, no pudo por menos que comentar con él la extraña coincidencia:

—¿Sabe, señor, que es usted el tercer hombre que he encontrado esta noche tendido en el suelo de este aposento?

—No tiene nada de extraño —replicó penosamente el beodo— porque, mi querido señor, en las dos ocasiones anteriores, ¡me arrojó usted a *mí* por el hueco del ascensor!

Cuando Taraconda Grimwood oyó esta historieta por vez primera la celebró muchísimo. Ahora era sólo un triste recuerdo puesto que ni el más gracioso chiste del mundo era capaz de llevar una sonrisa a su rostro. Incluso su propio humor cínico era incapaz de hacerle efecto alguno a pesar de que había despertado la risa a

los estudiantes de su clase en más de una ocasión.

Así que estaba a punto de abrir la puerta de su laboratorio, oyó una voz. Una voz retumbante. Una voz que hizo vibrar y tambalearse hasta los cimientos aquel tranquilo y viejo edificio. Una voz llena de autoridad y mando. Era la voz de Nathaniel Burgman.

—¡Hola, Grimwood! ¿Qué diablos está haciendo usted ahí a estas horas de la noche?

Taraconda volvióse tímidamente, y dirigió la mirada hacia Burgman.

CAPÍTULO II

NATHANIEL BRUGMAN

Si se nos permite una peculiar mezcolanza de metáforas, diremos que Burgman era un ogro benigno.

Era un hombre enorme de cerca de dos metros de estatura y hombros más que proporcionados. Una barba salvaje y rala cubría su mentón dándole la apariencia de alguna rara cabra o chivo montés. Un solo ojo llameaba en su rostro, el otro cubierto por un parche negro, lo cual, con la ayuda de la barba, le daba más parecido con un pirata que con ninguna otra cosa como no fuese, como ya Grimwood había pensado, con un ogro al que por sus acciones podía tildarse de benigno.

Posiblemente a causa de la pérdida de su ojo, se movía de manera más bien torpe, como si no pudiera juzgar adecuadamente distancias y espacios. Siendo un hombre poderoso, esa potencia tenía un algo de amedrentadora al combinarse con su dificultad de movimiento. En conjunto, su aspecto le recordaba a Grimwood al monstruo de Frankenstein. Respecto a su inteligencia, podía asegurarse que el cerebro de Burgman era tan potente como su físico gigantesco.

Su entrada en la Universidad se remontaba más o menos a la misma época en que empezara el propio Grimwood, aunque, a diferencia de éste, parecía no haber envejecido nada; su edad se mantenía indeterminada gracias a que Nathaniel Burgman era un hombre de vigor, un hombre que irradiaba vitalidad al igual que un potente transmisor irradia un campo eléctrico a todo su alrededor. Aquel gigante estaba hecho de energía, era como una concentración de fuerza, una dínamo; una dínamo humana enorme y ruidosa.

Desde las profundidades de su concha, Taraconda Grimwood

podía haber imaginado un lugar de existencia ideal para Nathaniel Burgman en casi cualquier parte del mundo, excepto donde realmente estaba pues Burgman, aunque increíble, era *el Director de la Universidad*.

Con su mente poderosa y decidida, Burgman supo elevarse hasta aquel puesto de confianza, habilidad y administración. Era lo que los americanos habrían descrito como un «go-getter», un triunfador, pues no había prácticamente nada que él no lograse si su mente tomaba positivamente la determinación de obtenerlo. Era una de esas personas que son profesionalmente invencibles.

Mientras Taraconda Grimwood reflexionaba sobre la personalidad del gigantesco Director de la Universidad, atravesó su mente el recuerdo de una vieja canción. Algo acerca de una tal «Lola» quien, según parece, obtenía todo lo que quería. Una tonadilla antaño en boga en los clubs nocturnos y cafés. Hacía no obstante tanto tiempo que no frecuentaba esos lugares que difícilmente podía recordar lo que en verdad sucedía en la canción, pero sin duda alguna cierta similitud era innegable, pues, al igual que «Lola», fuese lo que fuese lo que el Director quisiera lo alcanzaba. Cualquier cosa que a Nathaniel Burgman se le antojase, Burgman lo lograba y obtenía. No había nada que él no pudiera conseguir. Nada de lo que él deseaba le era negado.

¿Cuál era, pues, la gran diferencia entre Burgman y Grimwood? ¿Por qué el uno podía poseerlo todo y nada el otro? Ambos eran seres humanos. Ambos poseían calificaciones profesionales similares. La gran barrera que los separaba era sencillamente su gran diferencia de caracteres; la enorme e indestructible diferencia entre sus normas de vida, el abismo que mediaba entre el éxito y el fracaso.

Cuando Grimwood levantaba la vista hacia el gigante que se elevaba por encima de él, no podía por menos que despreciarse, por ser nada más que un hombrecillo torpe y rechoncho. Miraba aquella alta y ancha figura y sentía despertar dentro de sí, con querencia casi infantil, el deseo de que él hubiera podido ser también alto, ancho y poderoso que los hombres temblasen por la sola fuerza de su presencia física. Que le faltara también un ojo, perdido en alguna guerra civil o luchando por alguna causa desesperada. Con tales quimeras, la imaginación de Grimwood se hacía eco de las historias

que circulaban por la Universidad. Se hablaba mucho, en efecto, acerca de Burgman y sus hazañas. Se contaban muchas cosas sobre sus aventuras con las Brigadas Internacionales de la Guerra Civil Española. En otras, relatábase su actuación como agente aliado en la Europa ocupada por los nazis. Había rumores de que estuvo espiando en Rusia por cuenta de los americanos. Otras lo situaban en la misma China, de donde sacaba de contrabando a varios importantes científicos. Incluso se decía que Burgman había sido un miembro de las S.S. alemanas, trabajando en estrecho contacto con el régimen de Hitler, solo, y sin ninguna protección, siendo, naturalmente, un agente de los aliados. Se sabía a ciencia cierta que durante los juicios de Nuremberg había desarrollado gran actividad dirigida a obtener la merecida ejecución de muchos criminales de guerra. Decíase también que había sido soldado en la Legión Extranjera. Que en Chicago estuvo en contacto con algunos de los más temibles y endurecidos gangsters de los tiempos anteriores a la guerra.

Había en suma tantas historias, chismes y patrañas acerca de Burgman entre la comunidad estudiantil, que era imposible discernir dónde acababa la realidad y empezaba la fantasía. Pero de lo que no era posible dudar era de que Burgman tenía una reputación. Una Reputación con «R» mayúscula. Burgman era una Institución viviente, un Robin Hood del siglo veinte, un aventurero de gran talla y la última persona del que se podía sospechar tuviera interés alguno en cuestiones académicas.

Sin embargo, era esta poderosa y vocinglera personalidad de Burgman lo que había convertido aquella Universidad en la más popular del Reino Unido, pues Burgman hacía para los estudiantes lo que nadie más podía hacer. Los preparaba, los «mascaba» a su manera, y muchos de ellos que hubiesen fracasado en cualquier otra Universidad, en la suya lograban pasar con un «aprobado». Los que obtenían un segundo o tercer grado en otra parte, aquí conseguían un primero con honores, sólo porque Burgman había sabido inculcarles fe en sí mismos; con su magnífica influencia les había asegurado que podían vencer, y vencían impulsados por esa contagiosa personalidad de Burgman que contaminaba a todo el mundo, con una sola excepción.

El único hombre que nunca absorbiera impulso alguno, o chispa

o aliento después de una entrevista con Burgman, era, desde luego, el pobre viejo de Grimwood. Quedaba incólume, salvo por un ligero resentimiento que le quedaba de pensar cómo le habría gustado ser similar a su Director. Pero con este único destello de amargura se agotaba el efecto de la energía recibida. Era como si Grimwood fuera una manta mojada que absorbiera toda la energía de Burgman, sin ninguna consecuencia apreciable.

Burgman iba a través de la vida como una bala; un proyectil de gran velocidad. Podía atravesar sin mella cualquier resistencia por tenaz que fuera, pero… como cualquier experto en balística puede corroborar, una simple manta mojada, límpidamente colgada, detendrá incluso una bala de alto poder perforante.

Si consideramos que la moderna generación de estudiantes, cuando se refieren un poco irreverentemente al tipo clásico de profesor tristón, avejentado y monótono, le llaman «una lata», entonces, el infeliz Grimwood no era una lata sino un gran caldero; un viejo caldero lleno de inutilidad y depresión que ni incluso Burgman era capaz de sostener ni de convertir en un hermoso y bruñido utensilio.

Y no se crea que no lo había intentado; sólo el propio Burgman podía decir cuan duramente trató de inculcar un algo de euforia al viejo científico. Y al fracasar, aun sintiendo una lástima infinita, tuvo que reconocer que Grimwood era para él una nuez demasiado difícil de romper.

La verdad era que Grimwood no quería ser extraído de su depresión, no quería ser desviado de su rutina. Era un hombre lleno de conmiseración hacia sí mismo que hasta cuando se refería a él se llamaba «pobre viejo». Excusado decir que cuando llegó a este extremo, incluso Burgman renunció a todo intento de salvación y dedicó su energía a consolar y rehacer las vidas de otros seres en donde la ocasión se presentara.

—¿Qué es lo que se trae entre manos, viejo amigo? —le preguntó jocosamente.

—Voy a preparar algunas cosas para la lección de mañana.

—Vaya, esto suena interesante —dijo Burgman—. Yo mismo estoy muy interesado en los trabajos de radiación. Creo que voy a acompañarle y podremos charlar un rato mientras preparamos los aparatos.

A Grimwood le satisfacía la compañía de su Director, puesto que, si bien no ejercía ningún efecto inmediato sobre él, por lo menos y precisamente de la misma forma que Burgman había fracasado en sus intentos de animarle, Grimwood tampoco había logrado imbuirle su influencia deprimente, cosa que indefectiblemente ocurría a cualquier otra persona que entrara en contacto con él, la cual acababa por considerar la vida como una triste y oscura batalla que cuanto más pronto terminara, mejor.

Las personalidades de los dos científicos eran tan diametralmente opuestas, que el efecto de cada una de ellas se estrellaba contra la otra. Ni se influenciaban ni se dejaban influenciar.

Lo mismo ocurría cuando jugaban al ajedrez. Los dos eran hábiles devotos de ese fascinante y viejo juego. Como norma, Burgman atacaba de continuo. Desde el primer peón que su manaza movía, su juego proseguía en una embestida constante. Taraconda Grimwood, naturalmente, era un jugador pertinaz y defensivo que neutralizaba cada asalto que Burgman hiciera. No era, pues, de extrañar, que de cada diez partidas, nueve acabaran en tablas. En empate; un empate en el cual los feroces ataques de Burgman se hacían pedazos contra la rígida defensa de Grimwood el cual, no obstante, había perdido casi todas sus piezas en el empeño.

En más de una ocasión habían acabado el juego con dos patéticos reyes persiguiéndose fútilmente por el tablero. Pero incluso durante esas etapas finales del juego, Burgman sería el que mantendría el ataque, y el rey de Grimwood el que se batiera de continuo en retirada. Pero, naturalmente, con el tablero en este estado de vacuidad muy poco podía hacerse para variar el resultado que se avecinaba, y aunque el gran ojo de Burgman echara chispas sobre la mesa y Grimwood mirara luctuosamente al escapado, ambos tenían que aceptar que aquello iba a ser otro empate más.

Había habido excepciones, desde luego, tal como las había también en los choques de sus dos personalidades. Algunas veces, Burgman casi lograba despertar a Grimwood de su torpor. En otras ocasiones, cuando este último se sentía particularmente taciturno, casi arrastraba a Burgman hasta su nivel. Con sólo su presencia, su quieta e inútil melancolía conseguía apagar un tanto la chispa y vigor de su gigantesco Director. Otras veces, en el desarrollo del

juego, los brillantes movimientos ofensivos de Burgman conseguían desmoronar la defensa tan laboriosamente preparada, y se acababa el juego con un jaque mate duramente desarrollado por el gigante. En alguna ocasión en que éste no puso demasiada atención y había movido las piezas un tanto descuidadamente, su ataque se vino abajo ante la defensa, sin que ésta quedara debilitada lo suficiente. Entonces, lentamente, al igual que un armadillo cuando se despliega, Grimwood salió de su concha y se adjudicó una rotunda victoria.

Cuando sucedían casos como éstos, Grimwood casi parecía sentirse jovial. Claro que ganar al ajedrez a un oponente del calibre de Nathaniel Burgman no era hazaña despreciable, y Taraconda lo sabía perfectamente. Para él, una de estas ocasiones constituía una de las pequeñas «banderillas» de las que su existencia estaba tan necesitada.

—Sí, venga al laboratorio… —contestó Grimwood—. Y, a propósito, señor Director, ¿cómo es que se encuentra usted aquí?

—Oh, es ese extraño e inquieto carácter mío, que me impide dormir —contestó Burgman. Y el otro, ante esta respuesta no estuvo muy seguro de si su Director se estaba burlando o decía simplemente la verdad.

CAPÍTULO III

MEDIDORES DE RADIACIÓN

Aquella era una Universidad todavía joven, pero con la ayuda de los padres de los estudiantes ricos y de algunos antiguos alumnos que se habían situado, se recibían substanciales fondos que alcanzaban a subvenir casi cada Facultad. No era de extrañar entonces que el laboratorio que utilizaba Taraconda Grimwood estuviera magníficamente equipado. Esas donaciones que los estudiantes afortunados hacían no escapaban, pese a su altruismo, al cínico humor del viejo científico que las tildaba de «pagos de conciencia», muestra típica de su carácter que casi siempre hacía esbozar una sonrisa en los rostros de los oyentes.

Burgman iba curioseando por entre las vitrinas; de repente, exclamó:

—¿Sabe usted? Cuando uno piensa en todo este asunto, es sorprendente constatar cuan joven es la radiactividad todavía.

—Sí, supongo que lo es —asintió Taraconda—. Después de todo, no fue hasta los últimos diez años del siglo pasado cuando se empezó a mostrar interés hacia su conocimiento. Y, sin embargo, ¿qué es? No hablo ahora refiriéndome al material fisible; no hablo en términos de fuerza y devastación… pero, cuando pienso acerca de la física nuclear, siempre me acuerdo de la bomba atómica. En mi mente, los temas están relacionados el uno con el otro, como yeso y queso o huevos con jamón. Es una asociación de ideas que me obliga a pensar en bombas si pienso en átomos, y viceversa.

Luego, levantando una ceja con aire enigmático, el catedrático preguntó:

—¿Cuál cree usted que es su función más importante?

—Sus cualidades investigatorias —dijo el ogro bueno—. Es la

herramienta más refinada que el hombre haya jamás concentrado. Vayámonos setenta años atrás; los esposos Curie separan el radium de la pechblenda. Supongo que lo lograron más o menos accidentalmente, aunque decir esto signifique mostrarse poco amable. Retrocedamos, si usted quiere, unos cuantos años más, hasta Roentgen, el hombre de los misteriosos Rayos X, el que produjo fluorescencia en las paredes de tubos de cristal. Sigamos retrocediendo hasta 1895 y nos encontraremos con Becquerel experimentando con cristales de sulfato de potasa de uranilo.

—Sí, verdaderamente un hombre muy interesante, muy interesante —asintió Taraconda, luego continuó—: A menudo me pregunto cuáles serían las reacciones de ese hombre al encontrar su camino cuajado de sorpresas. Primero, expuso los cristales a una fuerte luz solar, y descubrió que éstos eran capaces de impresionar una placa fotográfica que previamente había envuelto en papeles y vidrios oscuros. Pero luego, yo casi puedo imaginarme la mueca de incredulidad que contrajo su rostro, la sorpresa que recibió cuando se encontró con que los cristales *todavía impresionaban la placa, sin que los hubiese expuesto a la luz del sol…*

»Y en la tercera fase de su experimento, cuando puso los cristales en contacto con la placa, en *completa oscuridad*, y descubrió que *todavía* seguían impresionándola. —Taraconda se detuvo con una pausa significativa, seguidamente añadió:

»Qué momento de triunfo debió ser también para él cuando halló que el uranio descargaba un electroscopio. Y cuando los Curie se dedicaron de pleno a la interpretación de esta ciencia, inventaron la palabra mágica: radiactividad. Fue por el año 1898, creo. En la actualidad, cuando esta palabra está en los labios de todo inglés que pueda leer un periódico, parecen muy lejanos aquellos tiempos en que nadie la conocía. Radiactividad; hoy, al hombre de la calle se le machaca este nombre día y noche por medio de toda clase de literatura sensacionalista, y tan sólo en 1898 era una palabra acabada de acuñar.

—Me pregunto cuántos de esos nombres rebuscados que utiliza la química y que hoy sólo conocen los iniciados, serán palabras de uso vulgar en el año 2000 —demandó Burgman.

—Rutherford tuvo mucho que ver con todo eso —continuó Grimwood sin prestar atención al comentario de su interlocutor. Si

la memoria no me falla, creo que fue en 1899 que este científico utilizó un electrómetro para la detección y medida de la corriente de ionización.

—En efecto, así es —corroboró Burgman—. Fue entonces cuando comenzó sus investigaciones, larga y brillantemente conducidas, sobre lo que hoy conocemos por radiaciones penetrantes. ¿Cuáles le parece a usted que fueron sus mayores hallazgos?

—Bien —contestó Grimwood— entre sus descubrimientos iniciales diría que, sin duda alguna, fue el de observar que hay más de un factor contribuyendo a toda radiación. Que ésta tiene un número de componentes y que no es fenómeno unitario.

—Muchas veces me pregunto si hemos olvidado las herramientas básicas de nuestra ciencia —declaró Burgman—. Estamos tan preocupados poniendo el papel de las paredes y los hilos eléctricos en sus puestos, que llegamos a olvidarnos de que lo que en verdad constituye una casa son los ladrillos y el cemento. Es únicamente cuando la casa amenaza desmoronarse que recordamos cuan esenciales son esos materiales. Yo creo que nosotros deberíamos reforzar también el armazón de nuestra ciencia.

Para el pequeño profesor esas referencias de su colega acerca del papel de las paredes e instalación eléctrica fueron como una llamada a sus penalidades hogareñas que atravesó su cuerpo como un relámpago de ira.

—Sí —asintió con los dientes apretados—. Creo que es un ejemplo excelente, señor Director, excelente. A mí, el papel particularmente, me trastorna.

—Y a mí también, aunque no lo crea —dijo Burgman—. Creo que es un estúpido despilfarro de tiempo. Vea usted; yo me encuentro absolutamente confortable en una casa tanto si hay papel en las paredes, como si no. En cambio, la tonta de mi patrona disfruta cambiándolo a cada momento, ¿usted sabe? Cuándo más bien instalado me encuentro en mi piso, ella que viene y quiere renovar el maldito papel. Creo, no obstante, que la culpa es solo mía…

Hubo una breve pausa.

—¿Por qué dice usted eso? —inquirió Taraconda Grimwood.

—Oh, por dos razones. La primera es que creo debería haber

renunciado ya a ser un alegre solterón toda mi vida.

—Yo creo que está usted muy acertado —observó Grimwood no sin un dejo de amargura e ironía en su voz—. Y, ¿cuál es la segunda razón que le hace a usted sentirse culpable, señor Director?

—Bueno, supongo que debería haber aceptado la vivienda que me brindaron las generosas autoridades docentes. Pero yo la rechacé de la misma manera que lo haría cualquier trabajador del campo que tenga un poco de sentido común.

—Vaya —dijo Grimwood—, ¿no la aceptaría? No lo sabía…

—¡Naturalmente que no! Si es que está en sus cabales. Vivir en la misma casa donde se trabaja significa que uno está atado al trabajo. Significa que el propietario de la casa lo es también del trabajador que la habita. ¿Me entiende usted? Desde luego que los dueños dirán que no, pero yo siempre sospecho de un empleo al que se le adjunta vivienda. Uno no puede decir que tiene vida privada entonces. No; independencia es lo que cuenta, Grimwood, viejo amigo, ¡independencia!

—Sí, estoy de acuerdo, de todo corazón —respondió Grimwood — pero yo no voy a importunarle ahora con el relato de mis desgracias, ¿verdad? Que yo recuerde estábamos en medio de una conversación sumamente interesante sobre la historia de la radiación y los aparatos de medida. Estábamos hablando precisamente de que el descubrimiento más importante de Rutherford fue cuando se dio cuenta de que había más de un tipo de radiación. Que había varias clases: la Alfa, la Beta, la Gamma. Estábamos discutiendo sobre esto, ¿verdad? Y entonces fue cuando surgió todo ese asunto del papel de las paredes, sólo porque había diferentes tipos de radiación.

—Querido Grimwood —replicó Burgman—. Con nuestros conocimientos de altos vuelos y nuestros avanzados trabajos de investigación, tenemos inclinación a olvidarnos de los principios básicos… pero no creo nos haga ningún mal el retroceder otra vez hasta Las piedras fundamentales del asunto.

—Las radiaciones Alfa —continuó el Director— se absorben tan fácilmente que sólo una tenue lámina de aluminio es bastante para aislarlas. En cambio, para detener las radiaciones Beta, usted sabe que necesitamos un espesor de lámina cien veces mayor que el anterior. En cuanto a las Gamma, éstas son ya las de mayor poder

de todas. Es decir, que las partículas Alfa tienen en verdad un valor penetrante muy débil. De hecho son fácilmente absorbidas por cualquier materia que se interponga entre el detector… al que llegaremos en un momento, pues, si usted recuerda, ya habíamos empezado a discutirlo, siempre que, naturalmente, pueda reintegrarle a la corriente principal de este pequeño simposium de esta noche.

Por sólo una vez Taraconda Grimwood condescendió a permitir que un débil esbozo de sonrisa alterara su máscara de perro apaleado.

—Qué palabras tan maravillosas utilizamos para describir tan poca cosa —dijo suavemente. Luego continuó—: En efecto, como usted decía, las partículas Alfa tienen un poder de penetración muy bajo. Por esta causa son en extremo difíciles de detectar, porque cualquier masa que intervenga en el proceso, las absorbe. Lo cual significa que únicamente podemos hacerlo con distancias sumamente cortas.

—Yo prefiero decir «distancias relativamente cortas» —dijo Burgman con voz estentórea. Aquel ogro benigno iba animándose al calor de la discusión y con su único ojo fulgurante y su salvaje y rala barba parecía dominar toda la estancia. Sostener una conversación con Nathaniel Burgman era como hacerlo con un cíclope.

»Luego tenemos las partículas Beta —gritaba el gigante haciendo chasquear los dedos como si despidiera de ellos las partículas aludidas—. Estas tienen mayor velocidad, por lo tanto mayor fuerza de penetración, *Ergo*, no son tan fácilmente neutralizadas por el material circundante, *Ergo*, son más fáciles de detectar.

—Claro que, desde luego, ya sabemos que hay dos tipos de partículas Beta, ¿no es así? —declaró Taraconda con voz de conferenciante—. Hay las partículas duras, las cuales tienen una mayor energía, y hay también las blandas que, como puede deducirse por el nombre, tienen una potencia mucho más reducida. Los rayos Gamma, por su parte, que son los que pueden detectarse a mayor distancia, son en realidad una forma de radiación electromagnética y la frecuencia de su radiación puede ser determinada por su energía.

—En otras palabras —tronó Burgman— es una radiación

electromagnética con una frecuencia energéticamente determinada.

—Una frase feliz —concedió Taraconda Grimwood—. Cuánto me gustaría poseer su facundia.

—¡Pero si la tiene! Yo incluso diría que su fluidez es mayor que la mía. Después de todo, usted está disertando sobre el tema todo el día; es por tanto lógico que la tenga. Yo, en cambio, tengo que pagar el precio estipulado al hombre que solo generaliza —se condolió, sonriendo, el Director—. Yo toco un poco de cada cosa. No puedo especializarme como usted, y es precisamente la especialización lo que deja ese sentimiento de satisfacción. Pero observo que, a pesar de todo, nos estamos moviendo en aguas poco profundas. Creo esencial que volvamos hacia aquellas piedras angulares, a los cimientos de nuestra teoría del átomo. Pero… vamos a ver. Un pajarito me dijo el otro día que usted se dedicaba a unos trabajos de nuevo tipo experimental. Esto es precisamente en lo que estoy más interesado.

—Todo a su debido tiempo, señor Director —dijo Grimwood—, ya me ocuparé luego de este asunto, pero hay una o dos cosas que quisiera esbozar primeramente.

—Como usted quiera. Mi tiempo es mío y si así no fuera no estaría vagabundeando por ahí en plena noche —contestó Burgman.

—Con este repaso que hacemos ahora de esos temas elementales sólo por nuestra propia satisfacción y entretenimiento —observó Grimwood— me siento como si estuviéramos en una fiesta practicando algún juego infantil como muy a menudo se hace cuando los vapores del alcohol empiezan a sentirse…

—Yo creía que usted no iba a fiestas —interrumpió Burgman.

—Hace mucho, muchísimo tiempo que no me he permitido ninguna de esas frivolidades —contestó tristemente Grimwood—. Quizás es una equivocación.

—Puedo asegurarle a usted que lo es. Lo que usted gusta de llamar frivolidades —explicó Burgman—, es la natural y sana exteriorización del deseo que tiene todo ser humano de sacar algo de provecho de la vida. Dejar que la líbido se sobreponga a las inhibiciones. Esta es una de las grandes cualidades del alcohol, amigo mío: *inhibe las inhibiciones mismas*.

—¿Y es eso una cosa buena? —preguntó Grimwood.

—Bueno, hablando desde el punto de vista de un epicúreo del

siglo veinte —contestó Burgman—, yo diría que fue.

—¿Es usted un epicúreo? —preguntó Taraconda un tanto interesado pese a sí mismo.

—Sí, es la más grande de todas las filosofías —replicó Burgman —. Por lo menos excede a las de todas las religiones con que me he topado. El viejo Epícuro estaba en el camino verdadero, ¿sabe usted? El placer es la única cosa concreta que hay en la vida, aunque le advierto que esta palabra ha sido muy difamada en la actualidad. Declararse un epicúreo delante de alguna de esas personas de vocabulario es casi igual que sentar plaza de glotón. ¡Y es completamente diferente! Un epicúreo es un hombre que cree que los placeres, tanto de mente como de cuerpo, están en el mundo para nuestro disfrute. Cree que son unas facultades de la naturaleza humana que no se han hecho para ser despreciadas. Usted puede ver algunos fanáticos religiosos, primitivos y equivocados, que profesan la idea de que la privación de los placeres le hace a uno virtuoso me refiero a las gentes que miran con desdén a los que les gusta fumar, beber y salir con mujeres cuando el cuerpo se lo pide. Y, ¿por qué no pueden hacerlo? Si ellos disfrutan con su tabaco, con sus comidas, si les gusta la vida amorosa, ¿dónde está el mal? ¿Por qué no debe uno hacerlo siempre que no cause daño alguno a otra persona? ¿Qué derecho tiene la sociedad, qué derecho tiene cualquier grupo religioso de tratar de imponerle su ley? ¿Por qué no puede divertirse? Sólo hay un pecado en el catálogo del buen epicúreo, y éste es el causar daño deliberadamente a otro. Eso aparte, creo que estoy en mi derecho si quiero gustar los placeres sin hacer ningún mal.

—Sí, supongo que ésta es una de las filosofías de la vida —manifestó Grimwood, y añadió—: A mí me han sido deparados tan pocos placeres, que me siento asombrado y retraído cuando me encuentro con un hombre que va deliberadamente en su persecución.

—No se sale a perseguir al placer —replicó Burgman—, él viene hacia ti, si se sabe dónde buscarlo, y la mejor manera de buscarlo es no tratar de hacerlo. La felicidad se cultiva por medio de una predisposición mental… Pero, de todos modos, no creo que sirva de nada el decirle eso a usted, pues me parece que nunca he visto ningún hombre que haya tenido más éxito como miserable

profesional, como usted.

La frase salió seca, sin paliativos, pero Taraconda Grimwood sabía que el Director tenía razón.

—¿Por qué no lo prueba, y trata de gozar un poco de la vida? —añadió Burgman.

—¿Gozar? —preguntó Grimwood—. Dígame en serio, señor Director, ¿qué es gozar?

—Diversión, placer, la satisfacción de varias sensaciones tanto espirituales como mentales y físicas. Gozar es el mayor regalo que la Naturaleza ha dado al hombre. Pero, de nuevo debo confesar que no creo valga la pena que hablemos de eso. Nosotros, señor Grimwood, hablamos un lenguaje diferente. Volvamos a la lengua que nos es común: la Ciencia.

—Sí, claro, la ciencia —exclamó Taraconda—. Estábamos discutiendo medidores de radiación, ¿no es eso?

—No habíamos llegado tan lejos. Que yo recuerde nos encontrábamos en la historia básica de la radiación antes de que yo llegara a mi caballo de batalla —y al decir esto, el gran ojo del Director lanzó destellos de animación—. Me refiero a eso que he oído acerca de su nuevo experimento. Creo que es algo que usted considera va a ser un paso revolucionario.

—Bueno —dijo Taraconda—. Nada de revolucionario. Yo ya no soy revolucionario por naturaleza.

—Desde luego, usted se limita a seguir el *status quo*, ¿no es verdad? Usted deja que la vida le fuerce dentro de una pequeña charca, triste y tumefacta, y allí permanece usted hasta pudrirse —dijo Burgman—. Miremos las cosas tal como son. Vamos a ver, ¿qué edad tiene usted? ¿Cerca de los sesenta? Y, ¿qué es lo que ha logrado usted en la vida? Pues ha adquirido usted seguridad, ¿no es así? Muy bien, pero, fíjese que seguridad *también la tiene el prisionero en su mazmorra*…

Grimwood inclinó tristemente la cabeza.

—Tiene usted razón, desde luego —manifestó—, pero es inútil recordármelo. ¿No lo ve usted? Yo soy un caso desesperado que está psicológicamente encarcelado por su propia debilidad de carácter. Yo no tengo ni una veinteaba; no, ni una centésima parte de su ímpetu, ni una milésima de su valor físico y mental —Taraconda cesó por un momento de hablar, abatido—. Nunca seré otra cosa

que lo que soy —añadió— y lo que soy no me gusta. Mi único alivio sería el compasivo olvido que trae la muerte y, en verdad, ni esto espero. Me siento como un hombre que ha sido sentenciado a cadena perpetua y luego ejecución por su propia incapacidad psicológica.

—Pues es un pensamiento feliz —exclamó el Director arrancando en una carcajada que dejó al descubierto los dientes espaciados de su boca—. Más vale que dejemos la filosofía, la ética y los psicoanálisis de carácter —sugirió—. Terminemos de discutir ciencias abstractas, infelicidad, éxito o fracaso, pues, después de todo, son cosas relativas. Regresemos a la Ciencia que ambos entendemos o, mejor dicho, que usted entiende y sobre la que yo estoy interesado; lo cual es una sutil diferencia como usted sabe, pero muy importante. Y en cuanto a lo que a mí concierne —exclamó levantando la voz— el detector, que es más generalmente utilizado es un ingenio que consta de dos electrodos situados en un medio gaseoso, y que emplea la ionización que resulta cuando el gas absorbe radiación. Esta ionización, desde luego, suministra fluctuación eléctrica, la cual es medida por equipos electrónicos apropiados. ¿Estoy en lo cierto?

—Por ser alguien que se clasifica a sí mismo como un aficionado, está usted terriblemente en lo cierto —respondió con sequedad Taraconda— efectivamente, fue ya en 1908 cuando Geiger y Rutherford inventaron un aparato que constaba de un cilindro metálico y un alambre montado axialmente. Esto fue el primer detector en su forma más simple. Se aplicó una carga eléctrica entre el cátodo cilíndrico y el ánodo del alambre, y de esta manera descubrieron que la corriente que pasaba a través del recipiente detector…

—¿Qué es lo que debía hacer esa corriente? —interrumpió Burgman.

—Oh, pues debía quedar ionizada al absorber alguna partícula Alfa.

—Y, ¿qué ocurrió entonces? —inquirió el Director.

—Pues entonces esta ionización fue ampliada lo suficiente para dar una marcada deflección en un electrómetro que estuviera propiamente sensibilizado…

—¡Cuan elemental es todo eso! —exclamó Burgman—. Como

dijo usted antes, no hacemos nada más que comportarnos como adultos en una fiesta y allí nos entretenemos cantándonos cancioncitas infantiles el uno al otro, y recorriendo todo el alfabeto tratando de encontrar adjetivos con que describir al gato del campesino. Sabemos todas las cancioncillas, sabemos todos los adjetivos. Lo que hace falta es recordarlos y ponerlos otra vez al alcance de la mente consciente.

—No es un mal procedimiento, supongo, para recordar alguno de los factores primarios. Vamos a considerar ahora la ionización.

—Muy bien, vamos a considerarla. Usted me lo va a explicar como si yo fuera un estudiante. Vamos, continúe, es una buena práctica para usted —y al decir esto, el Director rió irónicamente. El sólo pensamiento de que Taraconda Grimwood necesitara práctica ya era risible de por sí, pues Grimwood, con su práctica suficiente para cincuenta catedráticos de ciencias, era lo único que sabía hacer.

—Cuando un rayo o partícula poseyendo la suficiente energía intrínseca —empezó el viejo profesor—, entra en contacto con un átomo de gas, un átomo neutro de gas, desprende de este sistema un electrón.

—¿Y cuál es el resultado? —inquirió Burgman.

—El átomo adquiere entonces una carga positiva porque ha perdido su electrón negativo. Y este átomo con su carga positiva se conoce con el nombre de ion positivo, mientras que el electrón que ha sido liberado se juzga que realiza la función de un ion negativo. Cuando alguna cosa ha sido ionizada, la acción efectuada puede considerarse que ha producido un
ion-par.

—Sí, pero éstos seguramente se neutralizan ellos mismos a su vez. Los positivos y los negativos se limitarán a volver a sus puntos de partida —dijo Burgman atacando deliberadamente al profesor con una pregunta retórica para forzarle a dar la respuesta apropiada.

—Desde luego, esto sucedería —recitó Taraconda Grimwood—, si no fuera por la presencia de un campo eléctrico; un campo eléctrico que rodea los átomos ionizados de gas neutro, o los átomos neutros de gas ionizado, tome usted el concepto que más le guste. Tal como usted dijo, mi querido Director, esos iones

volverían finalmente a su primitiva condición de no-ionizados por un proceso natural de recombinación. Se encontrarían con sus electrones liberados y los absorberían de nuevo.

—Entonces, ¿qué hay de ese campo eléctrico con el que los hemos cercado? —demandó Burgman.

—Aquí lo tenemos —contestó Taraconda—. Con la presencia de ese campo, los átomos se ven incapacitados de recombinarse porque se originan unas corrientes de iones positivos y negativos en dirección al electrodo que lleva polaridad opuesta; los iones positivos derivarán hacia el electrodo negativo y viceversa.

—Bien, ¿y qué ocurre luego? —siguió preguntando Burgman insistiendo todavía en sus preguntas retóricas; todavía cargando el cañón científico para que Grimwood lo disparase.

—Pues que esto cambia la carga del sistema de electrodos y, como es obvio, produce un cambio en el potencial. Esto, a su vez, nos da a nosotros una indicación eléctrica de las corrientes ionizadas.

—¿Puede darme algunos ejemplos de ese tipo de aparatos?

—Ciertamente. Hay el contador de Geiger-Muller; la cámara de ionización y, tercero, el contador provisional. Esos tres tipos yo diría que son, sin ningún género de duda, los más importantes. Remedando una cita clásica diría que: *sobre ellos se apoyan la luz y los profetas*.

—Tanta discusión me ha dejado seco —se lamentó Burgman—. Supongo que no me va a servir de nada si le invito a tomar algo conmigo, ¿verdad? Cuando entré aquí me pareció que podría estarme de charla toda la noche, pero, no sé, este lugar ya me está dando comezón.

Taraconda Grimwood enarcó ligeramente una ceja al oír tamaña familiaridad en boca de la augusta persona del Director.

—¿Está usted sugiriendo que deberíamos salir y beber algo de alcohol? —preguntó.

—Yo voy a beber tanto alcohol como pueda desde ahora hasta la hora de cierre. Si usted gusta de venir, está enteramente en sus manos…

Grimwood negó con la cabeza.

—No, me temo que mi media naranja no lo aprobaría y que con su hipersensible nariz (que excede en mucho la sensibilidad de

cualquier detector de radiación) percibiría inmediatamente la fragancia del alcohol en mi aliento. Por lo que, por amor a la paz y la tranquilidad, voy a continuar con mis experimentos.

—Está bien. Usted mismo. Yo me voy a tomar una copa, y sabe que sería bien recibido si me acompañara.

—Sí, ya lo sé, y se lo agradezco señor Director, pero yo debo encontrar otro camino para llegar a la felicidad. El camino del alcohol sólo me produce muchas más molestias que favores a las otras personas.

—Pues buenas noches —dijo Burgman, y salió del laboratorio musitando para sí: ¡Pobre viejo! ¡Qué sombra de hombre, qué parodia de ser humano, qué caricatura!

Grimwood, pensativamente, acompañó con la mirada a la gigantesca figura del Director, mientras pensaba: Qué hombre. Qué enorme fuente de energía. Qué potente máquina humana. Ojalá fuera yo la décima parte de lo que él es.

CAPÍTULO IV

EL NUEVO DETECTOR

Taraconda Grimwood tenía la pequeña costumbre de hablar consigo mismo cuando el trabajo le absorbía, y esto es lo que estaba haciendo en aquellos momentos mientras colocaba encima de una mesa los diversos componentes que necesitaba para su experimento. Sacó de sus estanterías unos cuantos contadores líquidos taponados, examinando cuidadosamente sus cubiertas exteriores de cristal, y sus tubos M/G de cátodo helicoidal, dejándolos después sobre la mesa. Colocó también un contador proporcional a fluido de metano, y otro grupo de tubos M/G con ventanilla terminal. La distribución del material cobró un aspecto interesante una vez hubo colocado cada cosa en su sitio. A continuación, abrió otro armario y sacó de él un contador de centelleo anular, sosteniéndolo amorosamente en sus manos mientras observaba sus varios componentes: en su parte superior tenía una protección de plomo y debajo de ésta unos pivotes de apoyo rodeaban una guía luminosa y un fotomultiplicador colocados en el centro. Todavía debajo de esto, una placa de montaje ajustable debajo de la cual se agrupaba el plexo medidor de fuerza. El compartimiento inferior era opaco a la luz y en su extremo más apartado se alojaba un amplificador de pulsaciones. Satisfecho de sus observaciones, Taraconda colocó el aparato junto con los demás, y prosiguió su labor de montaje. Le llevó largo tiempo arreglar y preparar su equipo convenientemente y, cuando ya por último cada cosa estuvo situada en el sitio donde él quería, se dedicó a llenar un tanque de cristal que tenía también sobre la mesa formando parte del conjunto, con una cantidad de soluciones químicas de aspecto inverosímil que vertía cuidadosamente dentro del recipiente.

Todo aquello era parte del nuevo plan de Taraconda Grimwood. Constituía la base de aquel nuevo procedimiento tan revolucionario en el que trabajaba, un proceso que, por obvias razones, no había estado muy dispuesto a discutir con el Director. Era un sistema tan innovador y tan apartado de las sendas corrientes, que cualquier cosa podía suceder como resultado de su empleo.

Sin embargo, lo que pudiera ocurrir le tenía bastante sin cuidado. Lo interesante es que aquella iba a ser la primera vez en su vida que hiciera algo diferente de lo que todo el mundo estaba acostumbrado a esperar de él.

Aquella debería haber sido la preparación de un experimento normal y una idea que se había estado debatiendo en su subconsciente durante años, salía por fin a la superficie.

Iba a probar un nuevo y fantástico tipo de aparato de medida. El «Contador Taraconda Grimwood» lo llamaba y, mientras iba añadiendo las diferentes soluciones químicas al tanque de cristal, algo que parecía ser excitación aceleraba su pulso perezoso. Sus viejos ojos que aparecían cansados por detrás de sus gruesos lentes, mostraron algo que podía haber sido una chispa de vida, un destello de interés.

Con manos que temblaban de emoción, añadió una solución de anilina azul seguida por unas cuantas gotas de bálsamo del Canadá. Acto seguido midió un poco de solución de fuscina de fenol, y la removió cuidadosamente. Una vez se hubo posado, añadió un poco de solución de aeosina y un poco de la de Fehling, vertiéndolo todo conjuntamente en el tanque.

La fantástica mezcla de colores y manchas en aquel recipiente era ya casi increíble. Pero todo formaba parte del experimento de Taraconda Grimwood y, aunque el profano le hubiera parecido un revoltillo incomprensible, para el viejo maestro de ciencias era un acercamiento de nuevo estilo a un viejo problema.

Todavía añadió un poco de solución de hematoxilina a la que siguió aceite de clavo. Seguidamente vinieron soluciones de metilo azul y verde y, como un reto final a toda ortodoxia, vertió una buena medida de solución de safranina y de floroglucina. Después de esto, Taraconda comprendió que había llegado a emplear casi todos los tintes y colorantes microscópicos conocidos a los científicos y biólogos.

Ahora, sólo faltaba añadir las dos soluciones de prueba e indicadoras, y para ello vertió en el tanque metilo naranja, y fenolftaleína.

Por fin pareció satisfecho. La fabulosa mezcla de colores estaba lista y Taraconda dejó que se posara tranquilamente. Al cabo de unos momentos trajo un nuevo aparato eléctrico de su propia invención, cuyo ánodo y cátodo insertó dentro del tanque. Luego, abrió el paso a una débil corriente a través del aparato y esperó.

Al principio no hubo reacción. En vista de eso, detuvo el paso de la corriente y dirigióse al almacén donde, cuidadosamente preservados, se guardaban los elementos radiactivos. Afanosamente buscó entre los varios isótopos revestidos de plomo esperando encontrar alguno que le conviniera. Descartó al Antimonio 124 por ser demasiado potente para su uso con sus radiaciones Beta y Gamma y su vida media de sesenta días. Lo que él deseaba era algo que produjera una radiación más suave, menos poderosa. Al fin eligió un Calcio 45 que emitía radiaciones Beta y cuya vida media era de 164 días. Sabía que no habría necesidad de prevenirse contra las nefastas radiaciones Gamma y que mientras se mantuviera razonablemente apartado del aparato una vez el experimento empezara, no estaba en peligro aparente.

Arrojó el isótopo dentro del tanque. Abrió la corriente, y aguardó los acontecimientos.

Mientras contemplaba su aparato, su mente consideraba cuan extraña paradoja era aquel experimento mirara por donde mirara. Era una mezcolanza fisicoquímica que no podía funcionar. Pero, no obstante, debajo de todas aquellas apariencias contradictorias de todos los principios científicos, sobre las que el viejo profesor había estado trabajando durante tanto tiempo, el experimento cumplía otra función. Era una protesta contra una ortodoxia que casi lo había destruido en cuerpo y alma. Además de ser una protesta, había también la posibilidad de que obtuviera un contador de radiaciones de un tipo completamente nuevo, el cual, según esperaba, le permitiría detectar alguna forma de visualización de las radiaciones Beta.

Nada sucedió al poco de poner en funcionamiento el ingenio. Luego, notó como si una especie de vibración empezara a cobrar forma en el tanque. Apretó sus pies contra el suelo y se mantuvo

quieto como una roca para evitar que fueran sus movimientos lo que produjeran alguna agitación entre el conglomerado de colorantes. Pero no. No era una vibración física lo que removía el líquido del tanque; era algo de tipo electromagnético. Dio unos cuantos pasos quietamente hacia los mandos, e incrementó el voltaje.

—No hay nada que pueda salir mal —se dijo a sí mismo. El ánodo y el cátodo funcionaban perfectamente. Los instrumentos de medición, desde su lugar a un lado del tanque, registraban cuidadosamente las fluctuaciones.

Una débil efervescencia turbó la burda solución química. Seguidamente hubo un sutil cambio en la marcha del proceso. La efervescencia pareció detenerse. El experimento entero pareció cesar. La rizada corriente de burbujas que había estado emanando del ánodo y el cátodo revolotearon inertes en el líquido inmóvil. Taraconda Grimwood contemplaba el recipiente con aturdimiento. Algo inexplicable cobraba forma en la solución sin que él pudiera comprender qué era.

Olvidándose de las radiaciones Beta se fue acercando y atisbo, más cerca todavía dentro del tanque. ¡No podía ser! ¡Era imposible! ¡Increíble, pero había ocurrido!

La cara de una mujer le sonreía desde las profundidades del tanque. Era una cara trasluciente a pesar de cuyos contornos podía verse la solución y el tanque.

—¡Hola, hombre de la Tierra! —dijo la cara.

Grimwood desplomóse insensible…

Transcurrieron varios minutos antes de que Taraconda volviera en sí. Y cuando lo hizo, vio que el experimento había vuelto a su normalidad. No había nada más que la fantástica masa de color y soluciones de prueba, con un isótopo dentro del tanque y una suave efervescencia procedente de los electrodos.

¿Qué había ocurrido? ¿Había sido un producto de su imaginación, o había realmente entrado en contacto con algún fantástico ser ultraterreno?

CAPÍTULO V

EL COHETE LUNAR

Tres eran los hombres que yacían en las hondas literas antigravedad de despegue. Uno de ellos era el capitán Cayne Lester. Un hombre alto de anchos hombros que lucía un enorme bigote al estilo de las Reales Fuerzas Aéreas. En muchos aspectos, Cayne Lester era un prototipo. Pertenecía a la clase de aquellos hombres que habían volado por debajo del Puente de Londres y a través de un hangar con aquellos aeroplanos de la Primera Guerra Mundial hechos de lona y alambres.

Era uno de esos individuos para los que la vida es una broma gigantesca y los viajes interplanetarios se interpretan como una especie de: «¡Vamos a echar una cana al aire, eh, amigo!».

En la litera contigua estaba el doctor Paul Ambrose. Doctor en Ciencias así como también en Medicina. Este era un individuo también alto, pero delgado, quizá mejor diríamos cadavérico. Un hombre igual en todos sus aspectos externos al villano de cien películas de horror y a cuyo contorno parecía flotar un aire de misterio aumentado por la suave manera con que se movía y hablaba. Su inclusión entre los tripulantes del Cohete se debía más que nada porque poseía la clase de cerebro requerido para la empresa y una personalidad flemática también muy necesaria. No se sabía de nada que hiciera temblar o estremecer a Paul Ambrose. Era más bien un fantasma que un ser humano al que, en verdad, nadie quería pero a quien nadie tampoco disgustaba. Su persona era leyenda en el Cuartel General, ya fuere por la manera que tenía de resolver sus problemas propios o por la de allanar los de los demás. Paul Ambrose tenía, por ejemplo, la costumbre de entrar en cualquier laboratorio lleno de técnicos sudorosos y,

silenciosamente, acercarse a una pizarra, escribir en ella tres o cuatro cálculos, y salir tan rápidamente como había entrado llevando en su rostro una rara y enigmática sonrisa. Cuando los técnicos apartaban cansados la vista de los computadores que se habían negado a darles las respuestas que buscaban, se encontraban con que Paul Ambrose había escrito en la pizarra no solamente la solución correcta de su problema sino también un atajo para llegar antes a su resolución.

En la tercera litera yacía el último miembro de la expedición: el profesor Fritz Fleiss. Un tipo germánico bajo y grueso, con el cabello cortado a nivel de cráneo. Sus ojos prusianos miraban agresivamente desde atrás de unos lentes sin montura, de cristales cuadrados. Su manera de hablar, asimismo característica, era gutural y de duro acento. Era, en suma, uno de esos tipos que se espera encontrar subiendo las montañas austríacas con un bastón alpino en la mano, durante las vacaciones.

Tendidos en sus literas, perdidos en sus propios pensamientos, yacían aquellos tres hombres esperando la cuenta final que señalaría la partida.

Cayne Lester pensaba en mujeres, en *whisky* y en la gloria que iba a conquistar; la popularidad, la fama y la aclamación que iba con ellas, es decir, que iría con ellas si es que el cohete pensaba regresar alguna vez. Se regocijaba ya con la imaginada gloria, aunque no por la gloria en sí, sino más bien por la diversión que la acompaña.

Paul Ambrose por su parte se entretenía en resolver *in mente* unos complicados cálculos científicos concernientes a trayectorias y vuelos libres, y con velocidades de aterrizaje y desaceleración gravitacional.

En cuanto al profesor Fritz Fleiss, su cerebro era una mezcla de pensamientos confusos. Originalmente uno de los técnicos más jóvenes que trabajaban en las V2, había sido «cazado» por los aliados victoriosos y enviados discreta y rápidamente a Inglaterra, donde trabajó de incógnito en varios problemas relacionados con cohetes. Ahora, como premio a sus trabajos de tantos años, iba a ser lanzado al espacio con el primer cohete lunar experimental, aunque, la verdad sea dicha, el alemán no estaba muy seguro de si su puesto en la nave 12x5 podía considerarse realmente una recompensa a sus

desvelos.

Hubiera sido muy difícil encontrar tres hombres más diferentes, pero, no obstante, de una manera u otra, la Ciencia, el Azar y el Destino les había unido extrañamente en aquella aventura.

Cayne Lester, el hombre que parecía como si tuviera al Mago de Oz como manantial de las palabras más importantes de su vocabulario. Paul Ambrose con su aspecto de Boris Karloff, algo más cadavérico y no tan siniestro como este brillante astro del cine, y por último Fritz Fleiss, bajo y regordete como un tipo característico de alemán de *music hall*. Tres hombres encarados con la infinidad. Tres hombres en el vértice de una nave cohete aguardando el momento del disparo de este ingenio de tres fases.

—¡Qué cosa tan rara! —exclamó Cayne Lester—. Ahora que estamos aquí, la cosa no parece tan importante como cuando estábamos esperando.

—La realización nunca es el equivalente de la anticipación que le precede —manifestó Paul Ambrose con su voz profunda.

—En efecto, yo supongo que no es —terció Fritz Fleiss con voz gutural—. Cuando nosotros pensamos con todo der tiempo, der esfuerzo. Todas las calculasiones que nosottros hemos metido dentro eso, y, ¿parra qué? ¿Parra qué nosottros querremos ir al Luna? ¿Quién quierre al Luna ir? Yo suppongo todos nosottros querremos o sino no estarríamos aquí. Perro estamos aquí, estamos, ¿no?

—Pues… sí —respondió Paul Ambrose mientras su subconsciente se las entendía con la sintaxis del profesor, aunque el trato que el alemán daba al lenguaje más bien divertía al cadavérico científico.

En aquel momento, algo crepitó en la radio.

«Es extraordinario —pensó Cayne Lester—. En toda la literatura de ciencia ficción, los aparatos de comunicación siempre parecen crepitar como demonios incluso con la nave en el suelo. Y por algún factor extraño que nadie entiende, lo cierto es que lo hacen en verdad. Es como si la ciencia ficción se hubiese anticipado a la ciencia verdadera y ésta viniera remoloneando detrás. Es como si se lanzara una profecía y luego, cuando la realidad se acercara al vaticinio ficcional, tuviera que actuarse de manera que dicha profecía pudiera ser cumplida».

Este era precisamente uno de los puntos de vista que nunca dejaba de divertir a Cayne Lester. Por ejemplo; alguien anuncia una profecía, y después, miles de años después, otras personas se comportan de manera que la profecía pueda ser realizada. Si fuera un augurio genuino —pensaba Lester— nadie tendría necesidad de hacer nada para que la profecía se cumpliera. Se verificaría sin que nadie absolutamente mediara en ello. Esta era una reflexión que en manos de un filósofo profundo podría resultar en un argumento de singular poder y convicción.

Pero Cayne Lester no era un filósofo sino un tipo despreocupado de rompe y rasga y salga lo que salga, el cual, precisamente en aquellos momentos, estaba esperando ser lanzado a la Luna. «¡Condenada función de locos! —pensó—. A punto de ser enviado a 240.000 millas espacio adentro con sólo Dios sabe qué oportunidades de regresar, y aquí estoy, echado en esta litera esperando que la fuerza de gravedad me vuelva al revés, y, ¡me da por reír!». No es que riera alto porque a buen seguro habría molestado a sus compañeros, pero se reía para sus adentros al ver que muy pronto iba a ser uno de los primeros hombres lanzados al espacio sideral.

En Paul Ambrose, desde su litera, los pensamientos se dirigían hacia el capitán: «Qué hombre tan extraño es ese Lester —se decía —. Cuan fácilmente toma la vida».

Mientras que Fritz Fleiss, a su vez, consideraba: «Qué hombre tan extraño es ese Ambrose. Qué tranquilo».

Y Cayne Lester opinaba que el alemán era un tipejo bastante duro que, con su aspecto y su original inglés, merecería estar en algún teatro de variedades. «Ese individuo —se decía—, pertenece a la obra de Jerome K. Jerome: “Tres hombres en una barca”. Parece un personaje de ópera cómica o de una de esas comedias detectivescas. No hay lugar para él en esta nave aunque, en verdad, ninguno de nosotros pertenece a este ambiente».

Esta misma reflexión resonaba telepáticamente en el cerebro del doctor Ambrose. «Este no es lugar para ninguno de nosotros tres», pensaba. Durante aquellos últimos minutos había estado meditando de nuevo sobre el diseño del vehículo que los llevaba. El casco de aquella nave era de berilio embebido con un campo de fuerza radiónico destinado a deflectar los meteoritos. Esto era una

innovación. Otra de las cosas que la ciencia había tomado prestada de los libros de ciencia ficción. Lo que el doctor sólo deseaba era que los copiadores supieran lo que se hacían y que hubieran instalado un campo suficientemente fuerte para ser efectivo. Debajo de este casco de berilio y su aislante yacía un segundo casco, también aislado porque el problema del peso había sido relegado a segundo lugar ante las astringentes medidas de seguridad, pues en aquella nave no iban meros instrumentos de registro, ni animales, sino seres humanos.

Era cierto que se habían ofrecido voluntarios, y no menos cierto que habían insistido en su derechos de ocupar una plaza en el cohete. Unos derechos que incuestionablemente se habían ganado con el prestigio de sus oposiciones. Cayne Lester era sin duda alguna el más conocido y más atrevido piloto de pruebas que Inglaterra y por ende cualquier otro país del globo, hubieran jamás producido. Poseía aquella actitud de: «salga lo que salga» y «que se preocupe el demonio» inherente a todo aviador atrevido, y que tanto éxito le proporcionó en su profesión elegida.

Paul Ambrose había ganado su plaza por su calidad de consejero científico del establecimiento y por la virtud de poseer uno de los cerebros más poderosos y analíticos de todos los tiempos.

En cuanto al profesor alemán, era un homenaje a sus años de desvelos consagrados al estudio de los cohetes, que se había considerado imprescindible se le invitara a sumarse a la tripulación de la nave a la que, probablemente, conocía más él que ninguna otra persona, con la excepción de Paul Ambrose, ya que este científico era la espina dorsal de todos los sistemas, salvo, quizá, las unidades de propulsión. Estos ingenios eran fruto exclusivamente del cerebro de Fritz Fleiss.

Cayne Lester era el hombre de las emergencias. Siendo el piloto, se le suponía en posesión, aunque nominalmente, del rango de Número Uno. Pero, no obstante, era obvio que no se tomaría ninguna decisión sin la completa coordinación de los tres.

No se haría nada a no ser que estuvieran en completo acuerdo. Su cargo de capitán era, pues, más bien honorario, por lo que él se sentía como el presidente o vicepresidente de un club quien debiera por entero su posición a la buena voluntad de los demás miembros. El suyo era un club singularmente exclusivo, un club cohete tan

exclusivo que casi deseó no haberse quedado envuelto en él.

Pero «casi» es una palabra pequeña que tiene un gran significado. Es como la palabra mágica del «sí» convencional. Y el capitán Lester no deseaba realmente ser cualquier otra persona o que pudiera estar en cualquier otra parte. Él nunca permitió a su mente extraviarse en demasiada profundidad entre los caminos y senderos de la especulación metafísica. A él le gustaba andar por el lado práctico de las cosas. Su vida estaba compuesta de una serie de blancos y negros. No había espacio para extravagantes sombras de gris. La vida era real e importante, y a él le gustaba de esta manera.

Evocó las últimas líneas de un cuplé que había venido a su memoria:

—… y la tumba no es su meta.

¡No! ¡Dios mío! —pensó—. Por supuesto que no. ¡Es la Luna! Aquí estamos los tres, tendidos en esta pequeña lata —rectificó, pidiendo perdón al cohete—, un pequeño recipiente de berilio y dispuestos a ser lanzados hacia la Luna. Sin querer le vino a la mente otra de las obras de Jerome K. Jerome que podía adaptarse a la situación: «Tres hombres en una barca». Tres hombres en una nave espacial, pensó: el carnicero, el panadero y el candelero Me pregunto cuál de los tres seré yo. Probablemente el candelero, o quizá no, puesto que si el cohete es la candela, entonces los candeleros deben ser el viejo Fleiss y Ambrose. Lo cual significa que yo debo ser o bien el panadero o el carnicero. Es curioso cómo en los momentos de gran crisis emocional, la mente parece inundarse de pensamientos estúpidos y triviales.

Súbitamente oyó crepitar por la radio la voz que empezaba la cuenta de disparo. Se fijó que la radio había crujido otra vez, como las radios de ciencia ficción de los cohetes de ciencia ficción.

La diferencia era que lo de ahora no contenía ninguna ficción. Esta era la Realidad con «R» mayúscula.

—Cero menos diez.

Había llegado el momento, diez segundos más tarde ya estarían elevándose.

—Cero menos nueve.

Nueve segundos más, y, o bien el cohete estallaría al despegar aniquilándolos a todos, o empezarían a subir los primeros peldaños de un viaje hacia el infinito. Un viaje que marcaría una época.

—Cero menos ocho.

Ocho segundos, y se oiría un rugido gigantesco. Como el sonido de muchas cataratas desplomándose a la vez, mientras que una tremenda presión oprimiría su espalda al saltar el cohete hacia adelante, acariciándoles con las literas acolchadas.

—Cero menos siete.

El siete era un número afortunado, pensó Cayne Lester incongruentemente. ¿Qué puede un hombre pensar ahí tendido, sabiendo que en menos de siete segundos…?

—Cero menos seis.

Le vino a la memoria la historia de los Diez Negritos: Siete Negritos cortaban leña, uno se partió por la mitad, y sólo quedaron seis… Los segundos se iban tal como los Negritos se habían ido. Creyó recordar una obra de Agatha Christie de título similar. Una obra singularmente bonita. La vio una vez… Y, se preguntó si podría volver alguna vez a un teatro.

—Cero menos cinco.

Cinco. Un número extravagante. Un número para contar; contar dedos de la mano, dedos del pie. Recordó súbitamente: «¡Ejercicio para cinco dedos!». Qué extrañas asociaciones mentales tenía este número. Recordó otra historia: «La Bestia de los Cinco Dedos», la cual trataba de una mano que se arrastraba por encima de alguien. Y aquí estaba la pequeña nave cohete a punto de ser amputada de la Madre Tierra para subir arrastrándose hacia el espacio. ¿Viviría? ¿Sobreviviría?

—Cero menos cuatro.

La palabra cuatro resonó en su cerebro. Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Los cuatro evangelistas. Cuatro Evangelios. Cuatro esquinas de un cuadrado. La cifra cuatro llenaba todo su cerebro. ¿Qué fue lo que dijeron acerca del número cuatro aquellos hombres que estaban interesados en ocultismo, metafísica y cosas por el estilo? Creo que lo llamaron «cuaternidad» o algo parecido. Pero no pudo pensar más que en eso.

—Cero menos tres.

Faltaban tres segundos. Podría aguantarse la respiración durante sus tres últimos segundos en la Tierra. El número de la Trinidad. Era como un extraño juego de adivinanzas lo que le sucedía a su mente. Como un concurso de televisión. Se sentía yaciendo en el

diván de un psiquiatra y contestando lo primero que le viniera en la cabeza cada vez que el doctor mencionaba cierta palabra.

—Cero menos dos.

Y entonces, fueron dos: Adán y Eva en el Jardín del Edén. Dos. ¿Dos qué? Dos segundos que ni tan siquiera le darían tiempo de abrir la compuerta estanca si quisiera salir de allí. Sintió su cuerpo estremecerse por algo que, como una ola, lo recorrió. Algo que podía haber sido miedo en un hombre de menos temple.

—Cero menos uno.

Ya llegó. El momento de la Verdad.

Tuvo tiempo sólo de oír la voz gritar: «¡Fuego!», y seguidamente todo desapareció en un gran océano de ruidos y presiones de hecatombe. Sintió que se hundía en su litera hasta parecer que ésta le envolvía como una mano gigantesca. Tuvo la sensación de haberse convertido en un pez pequeñito al que algún gigante acabara de sacar del agua. Como una trucha jovencita a la que hubiera cogido un pescador furtivo y a cada instante esperaba sentirse atravesado por una ramita para acabar asándose sobre un fuego campero…

Habían despegado. El cohete no había estallado. Sabía que estaba vivo todavía y que estaban ascendiendo a tremenda velocidad. ¿Cuál era la velocidad de liberación? ¡Maldita sea! En aquellos momentos no pudo recordar ni un solo dato técnico. ¿Serían siete millas por segundo? ¿Acaso dieciséis? ¡Qué demonios importaba! Lo importante era que se estaban escapando de la Madre Tierra como niños malcriados y recalcitrantes, sin ninguna gratitud filial.

Lentamente, la fuerza de aceleración empezó a disminuir; mientras la pequeña nave cohete iba elevándose como una flecha, alto, más alto, apoyada en su pluma de llamas. Era como si embistiera la cúpula del mismo cielo, hincándose como una daga se clava a una cortina. Como la espada de Hamlet rasgando la cortina detrás de la cual el viejo Polonio escuchaba furtivamente la conversación del príncipe. Y, así como la espada hendió la tela, así la nave espacial hendía la cortina del cielo.

Hacia arriba; volando iba hacia su destino. Hacia una meta que nunca antes hollara el pie del hombre se dirigía aquella brizna de berilio repleta de un complicado equipo electrónico, y tres hombres:

el profesor Fritz Fleiss, aquel alemán gordo y pequeño que antaño trabajara en las mortíferas V2. El doctor Paul Ambrose, quieto, cadavérico, siniestro y un tanto atemorizador, y Cayne Lester se preguntó: ¿Quién es el tercero? Soy yo —murmuró—. Soy yo. Cayne Lester, el tercer hombre en el cohete y nominalmente su capitán, ¿quién es Cayne Lester? ¿Me conozco a mí mismo? ¿Nos conocemos acaso alguno de nosotros?

Y mientras tales preguntas bullían en su mente, se le apareció el recuerdo de estas líneas de Burns:

«Oh, quiera algún Poder el don concedernos de vernos nosotros mismos como los otros nos ven».

Qué extraño era —pensó—, que el miembro de la tripulación que menos conociera fuese él mismo. Pero los momentos de prueba son, a veces, momentos de revelación.

Mientras, el cohete continuaba su marcha en el cumplimiento de su viaje de 240.000 millas.

¡Los primeros hombres se dirigían a la Luna!

CAPÍTULO VI

CONSULTA PSIQUIÁTRICA

El doctor Manfred Hutton era un hombre muy meloso y afectado; tanto, que en algunos aspectos todo el mundo lo consideraba como una foca malabarista. Pero las apariencias son engañosas, ya que la fama que el doctor Hutton poseía no procedía de su habilidad en sostener pelotas con la nariz, ni de ladrar vocingleramente cuando se le arrojaba un puñado de pescado crudo.

El doctor Manfred Hutton era un psiquiatra. Un doctor con consulta abierta al público. Más aún, era uno de los psiquiatras más preeminentes. Practicaba de una manera muy pulida y afectada en un meloso despacho del West End, en el que tenía una acicalada recepcionista y una no menos atildada secretaria.

Su despacho era la última palabra en confort moderno. En sus salas de consulta y espera, las paredes se cubrían de impresionantes diplomas llenos de grandes sellos. Su mobiliario, naturalmente, era de la clase más confortable y más ostentosa que era dable obtener.

Aunque era todavía un niño en los tiempos en que Freud y Jung estaban en el pináculo de sus carreras, era lo bastante viejo para dar la impresión de que había formado parte de la vieja escuela de los iniciadores, y de que, si algunos quedaban todavía de los viejos maestros, él era uno de ellos. No era de extrañar, pues, que se elevara rápida y espectacularmente hasta las primeras filas de entre los mejores de su profesión.

Por una extraña coincidencia, muchos años atrás había tenido como compañero de colegio a un rapaz bajito y bastante nervioso que se «congratulaba» con el nombre de Taraconda Grimwood. Poco había sabido de él desde aquellos días lejanos, aunque le parecía recordar haber leído en alguna parte que el viejo Grimwood había

logrado una cátedra de Ciencias.

La coincidencia tiene muchos y muy largos brazos. Unos largos brazos que más a menudo se introducen dentro del reino de la verdad que el de la ficción. Si hubiera, por ejemplo, algún escritor que se hubiera atrevido a sugerir en el texto de su obra maestra que el psiquiatra del peinado gomoso, el despacho lustroso, la acicalada recepcionista y la secretaria atildada, estaba en aquel preciso instante pensando retrospectivamente y preguntándose qué habría sido de aquella vieja amistad de su colegio, y que en aquel preciso momento hubiera una llamada a la puerta, es casi seguro que el escritor hubiera visto su libro vapuleado por la crítica acusándole de emplear unas coincidencias demasiado descabelladas para tener algún parecido con la realidad.

Y, sin embargo, y por extraño que parezca, éste era el caso en aquellos momentos.

—Qué diablos… —tartamudeó Manfred Hutton cuando la remilgada y acicalada secretaria introdujo a Taraconda Grimwood.

—No sé si me recordará usted, pero creo que los dos llevamos la misma corbata de colegiales —dijo el viejo catedrático de Ciencias.

—Ya lo creo que te recuerdo, mi querido amigo —contestó el psiquiatra, añadiendo—: Y confío que tu visita será puramente social. Me disgustaría ver que tenías que acudir a mí profesionalmente, pero si éste fuera, no obstante, tu caso, estaré muy contento de poder ayudarte. Muy contento, créeme.

—Pues, la verdad es que he venido a ver al doctor, aunque espero que al fin y a la postre resulte ser tan sólo una visita de cumplido… El caso es que me ha sucedido algo muy raro que no sé ni cómo empezar a describir.

—Bueno, lo mejor para empezar es que te pongas cómodo —dijo el psiquiatra con voz amable. Su tono era suave, muy suave y persuasivo. Casi demasiado. Había practicado tanto la suavidad profesional que se había convertido en una especie de superlubricante. Era el bisulfito de molibdeno que cumpliendo la función que llevan a cabo los psiquiatras, impedía que los nervios deshechos de la sociedad y todos sus extremos desafinados, mellados, desgastados y burdos se atascaran y detuvieran llevando al mundo a un paro.

Taraconda Grimwood se instaló torpemente al borde de una

silla.

—Ahora, mi querido amigo, cuéntame tu caso, dime qué es lo que te hace pensar que necesitas tratamiento psiquiátrico.

Hubo una larga y nerviosa pausa antes de que el catedrático se decidiera a hablar.

—Apenas sé cómo empezar… —dijo otra vez.

—Estoy por decir —explicó Manfred Hutton con su verbo fluido y zalamero—, que el noventa y nueve por ciento de todos mis pacientes, con la excepción quizá de algunos, más bien pocos, extrovertidos, vienen a mí prologando su consulta con: «No sé cómo empezar…». Vamos a ver, ¿qué es lo que hace pensar que tienes motivos para necesitar mi ayuda?

—Pues, para ser completamente franco, te diré que he estado sufriendo unas alucinaciones —dijo por fin Taraconda Grimwood.

—Alucinaciones, ¿eh? Bien. ¡Este no es fin del mundo! ¿Y qué clase de alucinaciones eran?

—¿Estás seguro de que con todo eso no voy a acabar en un manicomio? —quiso saber el profesor.

—Mi querido compañero, nuestra mayor preocupación actualmente —contestó el psiquiatra— es mantener a la gente fuera de las Instituciones Mentales; en primer lugar, porque están abarrotadas, y después, porque la Escuela Moderna considera además que se puede hacer mejor trabajo manteniendo al paciente en libertad, a no ser que sea un peligro para la sociedad o para él mismo. Esta es la solución más eficiente, más barata, y al final todo el mundo es dichoso. Si has venido a mí es evidente que ha sido porque necesitas alguna prueba de tu personalidad. Necesitas adquirir seguridad… —El psiquiatra miró su reloj de pulsera de fantástica precisión—. Puedo dedicarte 37 minutos. Nos bastará para aclarar dos o tres puntos, y creo que podré decirte cuál es tu problema en unos pocos minutos. No me digas nada. Ni incluso cómo era esa alucinación tuya. Lo que quiero es devolverte la confianza en ti mismo, revitalizar tu ego, si me permites expresiones técnicas. Como que eres también hombre de ciencia, estoy seguro de que estás familiarizado con ellas. Bien, vamos allá pues. Primeramente te explicaré cómo funciona nuestro sistema aunque solo sea para descansar tu mente. Si conocemos a un individuo perfectamente se puede hacer una valoración satisfactoria

de él. Podríamos emplear, por tanto, la Escala de Nueve Puntos. Mediante esta Escala, si cualquier rasgo de carácter o personalidad se posee en grado extremo, se indica con una puntuación de: más 4; si se posee el rasgo o tendencia opuesta, también en exceso, se puntúa: menos 4. Y si se está en un promedio razonable, la puntuación es 0. Ahora bien, cuando todas las puntuaciones se correlatan, entonces su promedio nos da una indicación bastante segura y razonable de la personalidad del paciente. De hecho, se nos proporciona el medio de comprobar por partida doble cualquier otra prueba que se haya llevado a cabo.

»Hay también el método de autovaluación pero, naturalmente, es obvio que todos nosotros cuando lo usamos tenemos tendencia a sobrevalorarnos con objeto de causar una impresión favorable. "Adornamos", por decirlo así, los resultados en nuestro propio beneficio. Por este motivo esta práctica no se usa mucho. — Mientras hablaba, recogió su cuaderno de notas.

»En verdad —prosiguió diciendo Manfred Hutton—, no es siempre posible obtener humanas puntuaciones cuando uno lo está deseando, de manera que hemos vuelto otra vez al viejo método de entrevista psiquiátrica. Esto significa simplemente que te voy a hacer unas cuantas preguntas corrientes y normales. Unas preguntas que, bueno es decirlo, darán a conocer con creces el campo entero de tu comportamiento en su sentido psicológico y psiquiátrico. La práctica me ha demostrado que este método es tan satisfactorio como cualquier otro. Luego vendrá una o dos pruebas de las que ya hablaremos a su debido tiempo. De momento, vamos a empezar con las preguntas: Vamos a ver; constitución y ambiente del hogar. ¿Eres feliz en casa?

—¿Te refieres actualmente o a cuando niño?

—¡Ah! Esto es interesante. Me refiero a cuando niño.

—Cuando era niño, sí. Mis padres eran de una moderada rectitud, de las postrimerías de la época victoriana —explicó el catedrático de ciencias— y yo fui educado en una atmósfera en la que el padre dominaba completamente la casa, y los niños debían ser vistos, pero no oídos.

—Ya entiendo. Interesante de verdad —dijo Manfred Hutton—, vamos a tomar esto como punto de partida. ¿Te gustaba la escuela?

—¿Y a ti? —replicó el doctor.

—Supongo que me gustaba y me disgustaba en partes iguales. Había cosas en ella muy agradables, y otras no tanto. Ya sabes qué clase de escuela era, amigo, pues los dos estábamos allí.

—Sí, pero pudimos haber reaccionado diferentemente.

—¿Sentiste algún resentimiento o reacción desmedida?

—No mucho más que cualquier otro chico. ¿Hay algún muchacho a quien le guste la escuela?

—Se encuentran algunos tipos extraños a los que les gusta —contestó el psiquiatra con suavidad—. Pero, definitivamente, son la excepción. Después de dejar la escuela —continuó Manfred Hutton —, fuiste a la Universidad; ¿y luego?

—En aquella época era demasiado joven para la Primera Guerra Mundial, aunque traté de meterme en ella —respondió el catedrático.

—¿Y después de eso?

—Pues obtuve un nombramiento de maestro, seguido luego de otros varios grados y diplomas hasta que al fin me concedieron la cátedra que ahora detento. Esta es, muy en breve, mi vida, por lo menos la externa.

—Vaya, vaya —dijo el psiquiatra, añadiendo seguidamente—: Y ahora, ¿cómo va tu vida hogareña? Supongo estarás casado.

—Sí… desgraciadamente —contestó el profesor de ciencias.

—¡Oh! —exclamó su amigo—. ¿Y desde cuándo ha sido insatisfactoria tu unión matrimonial?

—Durante los últimos veinte años, o quizá más, mi esposa ha convertido la casa en un dios —dijo Taraconda Grimwood— y yo soy considerado como una molestia innecesaria. Yo soy el que suministra el dinero para comprar los muebles, las cortinas, el linoleum y las esteras y toda la demás estúpida quincallería doméstica —su voz sonaba colérica. Realmente enojada. El psiquiatra, mientras tanto, tomaba rápidas notas.

—Tus perturbaciones —preguntó—, ¿cuándo empezaron? Me refiero a esas visiones por las cuales has venido a verme.

—Todo empezó en mi laboratorio. En la actualidad estoy trabajando en unos experimentos de nuevo tipo. Algo semisecreto —explicó Grimwood con un ligero deje de orgullo en su voz—. No creo que pueda incluso decirte nada todavía acerca de su naturaleza. ¿Importará eso? ¿Impugnará en algo la ayuda que

puedas darme?

—Oh, no. En absoluto. Tengo varios pacientes cuyo trabajo está en la línea secreta. Verdaderamente, te sorprendería ver cuánta gente de ésa metida en la jungla científica se encuentra necesitada de un poco de asistencia psiquiátrica de vez en cuando. Y nunca me he permitido que me hablaran de su trabajo. Es natural, pues si así no lo hiciera, no vendrían a mí.

—Yo me había imaginado —dijo Grimwood—, que siendo como son las ordenanzas de seguridad, las autoridades insistían en poner uno de sus propios psiquiatras en los lugares donde se llevan a la práctica los proyectos.

Manfred Hutton sonrió.

—Si fueras el jefe de una planta de desarrollo atómico y tuvieras necesidad de ayuda psiquiátrica, ¿irías a ver al doctor de tu planta para que todo el personal supiera que te encontrabas incapacitado para sostener las presiones y tensiones inherentes a tu posición? Si el psiquiatra se pusiera en contacto con las autoridades, entonces no estaría muy seguro tu puesto de jefe responsable de una delicada planta operativa como aquélla. No, no. Muchos jefes vienen a mí para que les alecciones en cómo pasar las pruebas normales de capacitación organizadas por los psiquiatras de su base.

—Puedo ciertamente comprender esa psicología —exclamó riendo Grimwood. Era inusitado reír en él, pero lo que su amigo acababa de contarle tenía un algo de mezquino que apelaba al cinismo de su carácter.

—Me gustaría que hicieras ahora una pequeña prueba —propuso el psiquiatra.

—Encantado —contestó Taraconda Grimwood recogiendo el papel y lápiz que el otro le tendía.

—¿Quieres escribir una «S» en letra de molde? Bien, ahora escríbela en dirección opuesta. —Mientras Grimwood realizaba las operaciones solicitadas, el psiquiatra consultaba su reloj—. A continuación, escríbelas alternadamente unas al derecho y otras al revés hasta que te diga basta.

El catedrático asintió.

—Bien, gracias —dijo Manfred Hutton, y tomándole el papel lo dejó sobre su mesa después de anotar unas cifras en él—. Ahora me gustaría que consintieras en representar un poco de técnica

psicoterapéutica, un modo que fue ideado por Morino, y al que nosotros llamamos psicodrama.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el catedrático.

—Oh, algo muy simple. Verás, quisiera que imaginaras, si no te molesta, que eres un oficial del Ejército y que uno de tus subordinados, yo haré ese papel, ha venido a verte en la creencia de que tiene algo de qué quejarse. Me gustaría, pues que respondieras como si en efecto fueras un oficial; como dicen en las escuelas de drama: encarnar el papel.

—De acuerdo —respondió Grimwood—. Es extraordinario la de trucos que imagináis hoy en día.

—Sí, son métodos que utilizamos un amplio sector de la profesión puesto que, efectivamente, son muy eficaces. Incluso el Departamento de Selección del Ministerio de la Guerra emplea sistemas similares al psicodrama. Veamos; yo tengo una queja, y en primer lugar, sepamos cuál es tu reacción básica: ¿me consideras un engorro, o, por el contrario, quieres hacerme justicia?

—Mi reacción básica, si el caso fuera real, sería que yo pondría mi mejor empeño en hacer justicia.

—Bien, bien. Vamos allá, pues: Señor, solicito permiso para quejarme de las condiciones de habitabilidad del barracón 4B. Hay goteras en el techo, el suelo es húmedo y tenemos una ración de carbón insuficiente.

—Entiendo —contestó Taraconda Grimwood con voz de oficial del Ejército—. Voy a acercarme allá a investigar —y añadió con un murmullo de «aparte» teatral—: ¿Lo hago bien así, o destrozo la representación?

—No, no. Va estupendo —contestó el psiquiatra—. Ahora imaginemos que ya estamos en el barracón: Aquí tiene usted, señor, puede juzgar por sí mismo. Manchas de humedad emanan del suelo, y si se molesta en observar la capacidad de esta estufa, deducirá lo poco que tarda en consumir este medio cubo de carbón que se nos asigna. Vea también allí, señor —y el doctor señaló hacia arriba— en aquellos puntos y comprobará que el techo gotea. Pongamos donde pongamos las camas, siempre son alcanzadas por el agua…

—En efecto. Es una lástima. Muy bien, daré las órdenes pertinentes para que sea reparado el techo y que… hummm. No sé qué podemos hacer con el suelo. Quizá con una capa de alquitrán y

un nuevo suelo encima, o puede que algunas baldosas de material duro o incluso unas nuevas tablas. Veré qué es lo que puede hacer el departamento correspondiente. Y en cuanto a la ración de combustible, pues, me parece que todos los demás tienen lo mismo, ¿no? Si empezamos a malgastar el dinero del contribuyente irreflexivamente, no sé dónde iremos a parar. Mientras no se efectúen las reparaciones, tendrán doble suministro. Después, otra vez a la normalidad. Bien —siguió diciendo Grimwood—, no creo que haya nada más que decir. Creo que esto es lo que habría hecho en esas circunstancias.

—Ahora, por favor, escribe algo en ese papel, cualquier cosa servirá.

Obedientemente, Taraconda Grimwood escribió con su escritura normal: «La rápida zorra parda salta por encima del perro holgazán».

—Fírmalo, por favor —pidió el psiquiatra—. Una firma es a menudo más reveladora que todo un manuscrito.

A continuación el psiquiatra tomó de un estuche que estaba en un rincón, un magnetófono.

—La entonación del habla es de considerable interés —dijo—. Quieres tener la amabilidad de leer con tu voz normal, algo de este periódico —y entregó a Taraconda Grimwood un ejemplar de un conocido diario del que éste leyó la editorial, que quedó grabada en el aparato.

—Añádele tu nombre y la fecha, y yo así puedo estudiarlo siempre que quiera —Grimwood hizo lo que su amigo pedía.

—¡Ahora! —exclamó el psiquiatra, que armado de una cámara con *flash* adaptado tomó dos perfiles y una foto de frente del catedrático antes de que éste se diera cuenta de que iba a ser el modelo—. Ya —dijo mientras guardaba la máquina—. La expresión habitual del paciente es también una parte importante de los modernos tratamientos psicoanalíticos. Por lo menos en lo que concierne a mis propios métodos, pues a mi me gusta hacer las cosas concienzudamente. Seguidamente quisiera hacerte una o dos pruebas de técnica perceptiva. Puede que ya hayas visto eso antes, se trata de los famosos «tests». Inkblot de Roscharch.

Le entregó las tarjetas coloreadas, y anotó cuidadosamente las reacciones que producían al viejo profesor.

—Estupendo —exclamó el doctor—. No nos queda mucho tiempo, pero me gustaría que pasaras por esta prueba; es el examen de percepción temática. El funcionamiento es el siguiente: yo te mostraré unos dibujos que cuentan una historieta; una narración que afectará tus problemas emocionales y con la que podrán ser claramente observadas tus normales signos de reacción emocional. ¿Está claro?

—Sí… creo que sí —contestó Taraconda Grimwood.

—Aquí tengo unos grabados —explicó el doctor—, que nos ayudarán a identificarte como uno de los personajes de la historieta. Empecemos con una escena victoriana, algo como los Barret de Wimpole Street, en la que vemos al padre austero dictando la ley a una dócil y sumisa familia. Una madre asustada y una hija casi paralizada por el terror, y al hijo que está defendiendo sus derechos por primera vez al hartarse de aguantar durante años la absurdidad de su padre. Este hijo, que ya está lo suficiente crecido para despreciar los efectos de la violencia física de su padre, ha declarado su intención de abandonar aquel ambiente por completo y empezar a vivir una nueva vida en las colonias. Primeramente, dime, ¿con qué personaje te asocias mejor? ¿Te identificas con el padre, manteniendo la familia reunida y creyendo firmemente en la disciplina? ¿Crees ser el hijo, rebelándose del medio en que vive y deseando romper con todo y empezar una nueva vida? ¿O crees acaso ser la desesperadamente oprimida madre, o la hija paralizada por el miedo? Aquí está el dibujo. Cuatro tipos en poses simbólicas. ¿Cuál eres tú?

—Creo que oscilo entre la madre y el hijo, predominando este último —manifestó Grimwood— porque me parece que ya he aguantado todo lo que puedo aguantar de Milly y su comportamiento insoportable.

—Excelente, excelente —dijo el psiquiatra—. Ahora imaginemos que ese hijo parte definitivamente, de momento te identificaremos con el hijo. Parte, pues, y aparece en el Nuevo Mundo. Empieza allí un pequeño negocio, y en seguida se encuentra sujeto a uno de esos sindicatos de protección regentados por rufianes, los cuales le exigen un 50% de sus beneficios a cambio de no destruirle el local. Ante tales perspectivas, el muchacho tiene tres recursos en mano: uno, hacer las maletas y marcharse. Si esto no le gusta, puede

también como segunda solución pagar y callar. Y como a último recurso le queda luchar, ya sea solo o intentando la organización de un foco de resistencia. Ahora bien, ¿cuál de esos tres caminos tomarías?

—Pues desde luego yo no pagaba —dijo Taraconda—. Lo que yo haría sería, o bien cerrar como un gesto de desafío, o bien luchar siempre que hubiera la posibilidad de vencer. Pero no solo, necesitaría otros, un grupo que me respaldara.

—Ya. Bien, esto está muy bien. Luego, suponiendo que has decidido resistir y que tienes toda una organización detrás de ti, digamos si te parece que te has unido con algunos otros negociantes como tú, para protegeros de los bandidos, llega un momento en que te encuentras en una situación que te lleva a la pura violencia física (para dramatizar la acción), y en una ocasión tienes que elegir entre matar o ser asesinado; es decir, tienes que destruir al jefe del sindicato criminal; destruir una vida humana aunque sea mala, o tienes que sucumbir y ver destruido todo por lo que tú has estado luchando. ¿Estarías dispuesto a dar tal paso, un paso realmente duro como es el matar un hombre con el objeto de defender tus intereses y los de los que confiaron en ti?

—En tales circunstancias no sentiría remordimiento alguno de segar una vida. Si la oportunidad se presentara, no dudaría en matar al jefe de los criminales.

—Comprendo. Bien. De momento hemos terminado con eso, y como que ya hemos pasado por esos procedimientos elementales, veamos ahora que ocurrió respecto a las alucinaciones… —El psiquiatra lo dijo con un tono de voz completamente natural—. ¿Qué ocurrió y qué es lo que viste? —preguntó.

«Por fin —pensó Grimwood—. Por fin va a dejar que le diga lo que he venido a decirle».

—Pues verás. Acababa de preparar un experimento bastante complicado del que formaba parte un tanque de cristal que llené con una mezcla de soluciones colorantes. Después hice pasar una corriente eléctrica a través de todo eso. Estoy haciendo pruebas con un nuevo sistema de contador de radiaciones, ¿sabes? Este es el campo de la Física que más me interesa particularmente.

—Ya entiendo —asintió Manfred Hutton—. ¿Y qué ocurrió con el experimento? Tenías allí un recipiente de cristal lleno, creo, de

una solución de tintes multicolor. Esto tiene todo el aspecto de una pantalla ideal de proyecciones, algo que podría emplear un adivino en lugar de su bola de cristal, o un mago… ¿Y qué fue realmente lo que viste?

—Vi una cara.

—Percepción visual —escribió el psiquiatra en su cuaderno—. ¿Qué clase de cara? ¿Una cara fea, de pesadilla? ¿Hombre? ¿Mujer? ¿Humana? ¿Inhumana?

—Era una mujer. Una mujer singularmente bella con largo cabello suelto, muy atractiva.

—¡Ooooh! —exclamó el psiquiatra de manera significativa.

—Pero esto no es todo —continuó Taraconda—. ¡La mujer me habló! Como aquel clásico fantasma que se supone tiene que hablar cuando la ocasión se presenta.

—¿Y qué dijo?

—Dijo: ¡Hola, Hombre de la Tierra!

—Hola, Hombre de la Tierra, ¿eh? —repitió Manfred Hutton—. Bien. Esto es interesante. ¿Le respondiste?

—No. Me desmayé.

—Asombroso —exclamó el psiquiatra—. Absolutamente asombroso. Una de las más insólitas alucinaciones; visual y auditiva. No creo que sufras de ninguna dolencia, viejo amigo. Lo que pasa es que tu caso es de un interés extraordinario y singular. Debo meditar sobre ello muy profundamente, y me gustaría ver ese aparato tuyo, ¿podría hacerlo?

—No veo por qué no. Como te dije, es un medio secreto, pero a ti no puedo considerarte como un extraño. Estuvimos juntos en el colegio en aquella época en que todo se dice y todo se hace; el espíritu de viejo equipo y todo eso. No creo, además, que trabajes para una potencia extranjera, ¿verdad?

—Muy improbable, ¿no crees? —le aseguró el psiquiatra suavemente—. Soy tan leal como puedas serlo tú o cualquier miembro de la Universidad, fuerzas de seguridad o cualquier otra cosa que puedas nombrarme.

—Pues ya me va bien —contestó Grimwood mostrándose tranquilizado.

—Entonces —manifestó el psiquiatra— miraré a ver si puedo encontrar un ratito para ir a ver ese aparato en funcionamiento —se

detuvo un momento como si dudara acerca de lo que iba a decir—, si no es una alucinación, es posible que hayas recogido una retransmisión de televisión desde alguna parte, especialmente si tienes una masa de equipo electrónico por allí. Yo no soy un experto, pero una vez, al descolgar el teléfono oí una emisión de onda corta. Por lo tanto, si un teléfono me toca música que está siendo transmitida a una distancia de miles de millas, en una emisora americana (pues allí fue donde finalmente la identifiqué), ¿no es mucho más posible que un aparato bastante mas complicado que un teléfono pueda recibir emisiones accidentalmente?

—Nunca pensé en eso. Desde luego, si consideramos todos esos programas de aventuras espaciales, etc., alguna estación debe haber transmitido una, supongo; puede haber sido de un serial para televisión. Esto parece lo más probable y me temo que he estado malgastando tu tiempo.

—Nada de eso. De todas maneras, me gustaría echar un vistazo así que me avises.

—¡Muy bien! Como quieras. Como quieras.

El viejo catedrático tenía ya ganas de marcharse. Ansiaba volver a su laboratorio y disponer de nuevo su experimento.

CAPÍTULO VII

EL SEGUNDO EXPERIMENTO

Taraconda Grimwood estaba ensamblando por segunda vez sus aparatos. El isótopo y el resto del equipo estaba ya en posición. En aquellos momentos se dedicaba a verter en el tanque las soluciones de prueba, tintes e indicadoras con su peculiar masa de tonos y colores. Esta vez era aún más ambicioso e iba a utilizar un conjunto más grande y variado de productos. Echó sulfito de amoníaco seguido de agua de bromuro y de yodo y también solución de este último elemento. Añadió un poco de nitrato de cobalto así como también más soluciones de toda la gama de metilatos y su vieja favorita la fenolftaleína. Seguidamente les tocó el turno al nitrato de plata y al hipocloruro de sodio. Luego echó mano de la anilina azul, el bálsamo del Canadá y la fuscina de fenol, a los que siguió la aeosina y la solución de Fehling. Añadió hematoxilina y una dosis generosa de metil azul y metil verde, acabando con la adición de floroglucina y safranina.

Como sabía, aquella era una combinación tan fantástica de soluciones, indicadoras y tintes que se desafiaban y parecían contradecirse ellas mismas. No obstante, los resultados previos lo habían sido todo menos una contradicción.

¿Qué iba a ocurrir esta vez?

Cuando lo tuvo terminado excepto las conexiones a los terminales eléctricos, tomó el teléfono y llamó a Manfred Hutton. El psiquiatra se mostró muy interesado. Más interesado aún de lo que demostró en su consultorio, puesto que apenas hacía quince minutos que le llamara que se presentaba ya en el laboratorio de su amigo después de haber cancelado una visita para venir más pronto.

Los dos hombres, el psicólogo y el científico, se hallaban ya contemplando las soluciones, la fantástica mezcla de soluciones en el recipiente de cristal. Taraconda Grimwood, con dedos temblorosos, acabó las necesarias conexiones.

De buenas a primeras, nada ocurrió. Luego apareció la débil efervescencia que él ya había experimentado antes. Esa etapa duró unos pocos momentos y luego, súbitamente vino la detención del experimento igual como ocurriera la otra vez. Hasta aquel minuto, todo había transcurrido normalmente, pero entonces el proceso, igual que hiciera anteriormente, empezaba a repetirse. Todo era rutina normal, nada podía fallar… pero falló. El ánodo y el cátodo se comportaban de manera perfectamente regular. Los instrumentos lo registraban todo cuidadosamente. Una débil efervescencia agitaba la burda solución química, tal como lo había hecho antes. Y de nuevo apareció aquel cambio sutil y extraño en la marcha de la prueba. El experimento pareció helarse en sus raíces. La corriente de pequeñas burbujas revoloteó inerte mientras algo inexplicable aparecía en la solución. El científico clavó su mirada en el tanque. No podía ser. ¡Era increíble! ¡Imposible, pero había sucedido otra vez!

La cara de la mujer le sonreía desde el fondo del tanque de cristal. Una cara traslúcida como antes había sido. Podía ver el líquido y al tanque a pesar de los contornos de la cara.

—¡Hola, Hombre de la Tierra! —dijo la cara otra vez.

Taraconda se tambaleó. Abrió la boca como necesitando aire y casi se desmayó como antes hiciera. Lo habría hecho indefectiblemente, a no ser por la presencia reconfortante del psiquiatra.

—¡Hola! —contestó Manfred Hutton con un dominio de sí mismo muy recomendable—. ¿Puede usted oírnos?

—Puedo oírles muy bien —dijo la voz—. Mi nombre es Yolanda. ¿Cuál es el suyo?

Manfred Hutton se afianzó sólidamente a la mesa. Taraconda Grimwood, tambaleándose todavía, estaba boqueando como un pez fuera del agua.

—Mi nombre es Manfred Hutton —pudo proferir el psiquiatra—, y el de mi amigo Taraconda Grimwood.

Siguió un tenso silencio lleno de electricidad. La cara sonriente

del tanque pareció desvanecerse entre pequeñas ondas, como si algo fuera mal en el experimento.

—¡Está desapareciendo! ¡La vamos a perder! —articuló entre jadeos el científico—. Tengo que aumentar el voltaje —y diciendo eso movió la corredera de una resistencia variable, de esas que tanto se emplean en los laboratorios de ciencias físicas.

La faz en el tanque fue adquiriendo de nuevo una definición más acusada y de mayor claridad mientras que las ondulaciones parecían subsistir.

—¡Menos mal! ¡Menos mal! —musitó Grimwood—. Hubiera sido terrible perder contacto ahora precisamente cuando esto se estaba poniendo interesante… —Y dirigiéndose a la cara, añadió—: Joven, usted nos dice que su nombre es Yolanda, y luego, cuando se dirige a nosotros nos llama «Hombre de la Tierra». ¿Significa eso que su patria no está en la Tierra?… —Esto es estúpido, se dijo a sí mismo. Un hombre a mi edad debería saberlo mejor. Esto debe ser una ilusión. Henos aquí habiéndole a una cara que está dentro de un recipiente… Esto es como una película fantástica; como si saliera de una novela de ciencia ficción. Como una historia de esa clase de literatura que nunca leo. No, no puedo entenderlo; ¡es fantástico! ¡Imposible! No puede ser realidad. Debo de estar enfermo. Quizá todo forma parte de mi tratamiento psiquiátrico. Quizás estoy muerto y esto es el infierno. ¡Pero no estoy muerto! Este es mi laboratorio y éste es mi amigo el psiquiatra, y este tanque de cristal me es muy familiar. Pero esa cara… Esta cara no tiene derecho a estar aquí… Su mente era una masa de pensamientos confusos cuyo torbellino rompió una voz; la cara respondía a su pregunta:

—Yo soy Yolanda, y el mundo donde habito está muy muy distante. Ustedes son los primeros hombres de la Tierra con los que he establecido contacto. La última vez que hablé con usted creí que lo había matado de la impresión, y lo sentí mucho. Mi mundo, al que nosotros llamamos Astrata, es el cuarto de siete planetas que giran en torno a la estrella que ustedes conocen por Spica. Por lo que he podido aprender de vuestra Astronomía, nuestro planeta es la estrella más brillante de la constelación que ustedes conocen por Virgo.

—Entiendo —asintió Grimwood—. Usted nos acaba de decir que viene de Astrata, el cual es el cuarto planeta de un sistema solar de

siete que giran alrededor de la gran estrella azul Spica. ¿Está usted físicamente con nosotros, o utiliza algún médium electrónico como sistema de comunicación? Usted no está en esta habitación, ¿verdad?

—Estoy, de una manera que ustedes no entenderían —dijo la voz misteriosa desde el tanque de cristal—. Estoy aquí, mas, sin embargo, no estoy. Es que, verán, ustedes todavía dan demasiada importancia a la palabra «físico», mientras que, cuando su ciencia haya avanzado un poco más, se darán cuenta de que es solamente una palabra muy relativa.

—Oh, oh. Ya entiendo —balbuceó el viejo profesor de ciencias sin que realmente pudiera añadir muchas más cosas—. De manera que su nombre es Yolanda —repitió mitad para sí mismo y mitad para la visión en el tanque—. Y usted viene de un planeta llamado Astrata que gira en torno a la estrella Spica. Y no está muy segura de si está físicamente con nosotros o no.

—Yo estoy segura —contestó la voz, sonriendo de nuevo—, es usted el que no está seguro. Ya dije que ustedes no comprenden realmente lo que es físico y lo que es no físico. Ustedes no saben nada del punto de fusión de los dos.

—No —aceptó el viejo maestro sacudiendo la cabeza—. Me temo que no.

Entonces, tan repentinamente como había venido, el rostro en el tanque de cristal se removió. Hubo un rizamiento en el agua, y, a pesar del aumentó de voltaje que el profesor aplicó, la cara desapareció definitivamente.

Manfred Hutton y Taraconda Grimwood se quedaron mirándose el uno al otro con confusa incredulidad.

—Yo…, yo lo vi. ¿Verdad que lo vi? —preguntó Manfred Hutton.

—Sí, sí lo viste —contestó el catedrático de ciencias—. Yo también lo vi y para mí fue la segunda vez. ¿Te asombras ahora de que viniera en busca de tu consejo profesional?

—Creo que voy a ir yo también en busca de consejo profesional —dijo el psiquiatra—. Fue absolutamente increíble.

Lentamente, el viejo científico comenzó a desmontar sus aparatos…

CAPÍTULO VIII

EL COHETE ATERRIZA

Los tres hombres en el cohete lunar estaban atisbando al disco que crecía rápidamente ante ellos, el disco que era su vecino más próximo en el espacio, el vecino Luna; la primera meta en las tentativas del hombre para entrar en contacto con sus vecinos espaciales.

Tres hombres que en aquellos momentos se iban acercando a ese nuevo mundo metidos en una diminuta punta de berilio impulsada a través del espacio gracias a las mezclas del alcohol furfúrico y xilidina. Una pequeña cápsula de berilio con tres seres humanos en su interior, impulsada sin descanso hacia su meta por la fuerza de la trietilamina. Una envoltura de berilio que junto con sus fuerzas impulsoras era el resultado de todos los ensayos y experimentos que se habían hecho con el oxígeno, la fluorina, la hidracina, dimetilidracina y el mismo hidrógeno. Ensayos todos basados en el ácido nítrico blanco humeante o ANBH, que era tal como lo conocían todos los astronautas.

Y en aquellos momentos, el resultado de toda esa experimentación, el fruto de tanto trabajo e investigación, se estaba aproximando a la Luna.

Cerca del Polo Sur del disco luna podíanse ver los grandes cráteres de Clavius y Tycho, y desde allí, en dirección norte, los de Walter y Purbeck. Hacia el suroeste, casi al límite extremo de su campo visual podía verse al Mare Australe. Más hacia al norte y mirando al sector oriental se distinguían los mellados contornos del Mare Nubium y, todavía más lejos, el Mare Humorum.

Todos los ojos estaban pegados a la portilla de observación, mientras se iban identificando los contornos del gran disco lunar

que crecía inexorablemente con cada segundo que pasaba.

Allí, lejos hacia el suroeste, estaba el Mare Nectaris y debajo de él se distinguía el escabroso perfil del Mare Fecunditati. Más abajo todavía, casi a nivel del Ecuador lunar, yacía el Mare Tranquillitatis; y llenando toda la zona central de su punto de visión estaba la gran fisura de Ariadeus, en una área que, de considerar la Luna como un gran blanco, habría sido su diana; el tablero de dardos hacia el que se dirigía su flecha de berilio plateado. Al este de la hendidura se abría la zona conocida como Hyginus, con el Mare Vaporum debajo. Todavía más hacia el este podía verse el Mare Copernicus y junto a éste la figura estrellada del Oceanus limitaba con el Mare Procellarum su alcance visual por aquel lado.

Al norte, toda el área se llenaba con un gran enjambre de rasgos conocidos. Los Apeninos extendidos desde el noroeste hasta el suroeste con el cráter Eratosthenus al final; más lejos, varias millas hacia el norte se abría el de Arquímedes con los de Aristollus, Pitón y Cassini haciéndole compañía, mientras que el gran cráter de Aristóteles yacía inmediatamente al oeste del amplio valle Alpino lunar que se extendía como un cuchillo salvaje clavado por encima del Mare Frigoris en dirección noroeste a sureste.

Los montes Jura se levantaban entre el Sinus Iridum y el Sinus Roris, y en el extremo del sector noroeste podía verse claramente Harpalus. El margen oeste de la sección septentrional lo llenaban los Montes Taurus y el Mare Crisium, mientras que la silueta del Pallus Somnii podía verse distintamente entre el Mare Crisium y el Mare Tranquillitatis.

Era como si un gran mapa de la Luna adquiriera vida propia y les abriera sus puertas. Era ya sólo cuestión de pocas horas hasta el momento del aterrizaje.

El extraño y cadavérico doctor Ambrose tradujo a palabras el pensamiento de todos:

—Igual que un gran mapa, ¿verdad? Toda esa multitud de extraños nombres latinos con los que sobrecargamos nuestra ciencia me llevan siempre a pensar en las Odas de Horacio, las célebres Odas que tuve que aprender cuando era un escolar llorón y desdichado. ¿Qué me dieron de bueno esas Odas? Es asombroso cómo uno viene a pensar en cosas incongruentes en estas salvajes soledades del espacio. Es extraño que uno se sienta más dispuesto a

recitar latín en unos momentos en que deberíamos estar componiendo alguna frase original como: «*Veni… vidi… vinci…*» —y el cadavérico doctor se permitió una tenue y enigmática sonrisa.

—Es algo fantástico pensar —continuó Paul Ambrose—, que esta Luna hacia la cual tan rápidamente nos echamos de cabeza es la misma que ha permanecido inmutable desde los tiempos del Imperio Romano… Nada se ha alterado desde que el poeta levantó la cabeza y la vio en el cielo, y escribió sus Odas en un lenguaje muerto hace largo tiempo… Esta Luna que brilló para los Césares está a punto de ser importunada por el hombre por vez primera…

—Si aterrizamos enteritos —exclamó Cayne Lester jovialmente.

—Su optimismo es, desde luego, contagioso —replicó Paul Ambrose con una oscura sonrisa sibilina—. El 8 de diciembre, 65 años antes del nacimiento de Cristo, durante el Consulado de Aurelio Cotta y Manlio Torcuato; dos años antes que Octavio, quien finalmente tenía que convertirse en el Emperador Augusto, y cinco años después que Cirgilio, nació Horacio Flaco. Nació en Venusia, un nombre singularmente clásico más apto para ser asociado con una historia de ciencia ficción que con un poeta latino. Venusia, pues, en Apulia, creo que estaba en las fronteras de Lucania no muy lejos del monte Vultur, y el lugar que él mismo describiría como el «resonante Aufidus». A pesar del transcurso del tiempo, y a pesar de la manera cómo las oí cuando niño, las Odas de Horacio se grabaron en mi mente. Permitidme que os cite un par de versos, hay todavía cierta fuerza detrás de ellos y una belleza eterna… Es sorprendente comprobar cómo más tarde apreciamos lo que tanto detestábamos en la infancia. Escuchad:

«Iam satis terris nivis atque dirae
Grandinis misit pater et rubente
Dextera sacras iaculatus arkes
Terruit urbem
Terruit gentes grave ne rediret
Saculem pyrrhae nova monstra questae
Omne cum Proteus pecus egit artos
Visare montes».

El doctor exhaló un suspiro.

—Un extraño lenguaje ya muerto y, sin embargo, qué fuerza guarda todavía.

Contemplaron de nuevo el siempre creciente disco y entonces, súbitamente, Fritz terció en la conversación. Con una expresión de perplejidad en su rostro, el pequeño profesor alemán dijo en su inglés original y distorsionado:

—Muy a menudo yo preguntando a mein mismo me encuentro, la rasón por la lunar exploración. ¿Qué es? ¿Por qué es que tres de nosottros están buscando aquí con der cohete? Tres de nosottros a la Luna yendo. Tres de nosottros sus vidas ariesgar ¿y por qué y parra qué?

—Bien, supongo que es, podríamos decir, por la provocación mental y física que la cosa levanta —dijo Cayne Lester—. Por lo menos es lo que a mí me parece, y por lo menos en lo que a mi respecta es la mayor *raisson d'étre*. Yo no puedo resistir un reto. Supongo que será porque me han hecho así. Me encanta la emoción que proviene del logro de un empeño, la gloria del éxito. Y podéis creer sinceramente en lo que digo. Después de todo, si echáis una ojeada a la Historia, sin que esto quiera decir que yo sea un historiador —continuó diciendo el capitán—, nos encontraremos en que hay muy pocas exploraciones que se hayan emprendido llevadas mayormente por el interés científico o geográfico y que al final no acaben pagando unos bonitos dividendos económicos de una manera u otra. Tomemos a Colón, por ejemplo…

—Eso es —exclamó el alemán con voz significativa—, tomemos a Colón. Un mundo nuevo completo.

—Bien, yo creo que ahora vamos a obtener más que eso. Con todo lo rica que América fue, no creo pueda compararse con los depósitos de mineral que vamos a encontrar aquí arriba —dijo el capitán.

—¿Lo cree usted así realmente? —preguntó Paul Ambrose con su voz tranquila y siniestra—. ¿Cree firmemente que encontraremos yacimientos de material suficientes para pronosticar alguna clase de provecho económico?

—Consideremos las ventajas que se obtendrán —contestó Cayne Lester cambiando de tema—. Piénsese en las ventajas para los

geólogos; pueden aprender una multitud de cosas con la exploración de la superficie lunar. Piénsese tan sólo que la Luna, de acuerdo con las modernas teorías fue hecha conjuntamente con la Tierra hace cosa de unos cuatro o cinco billones de años. Desde entonces no ha habido erosiones que la estropearan, por lo que podemos decir que es un museo geológico. Los selenólogos y los selenógrafos, los geólogos y geógrafos lunares, o, como les llaman en un artículo de una revista de astronáutica que leí recientemente: «Lunólogos» y «Lunógrafos», pensad tan sólo, pues, en el trabajo que esos señores pueden hacer cuando se pongan a examinar los cráteres; encontrarán el polvo superficial, los «panes volcánicos», la magma solidificada, fisuras… Verán que gracias al examen sísmico de la superficie lunar les será posible ampliar grandemente sus conocimientos respecto de la Tierra. Y después, nuestros amigos vulcanólogos podrán comparar la dinámica de los cráteres terrestres con los de la Luna. Podrán también investigar hasta qué punto ha afectado la superficie de la Luna y su topografía el bombardeo meteorológico.

—Un interesante factor a mi mente —dijo el alemán— es como der biólogo prosederá. Él buscará, pero ¿para qué él buscará? Él buscará para vida anaeróbica.

—Sí, supongo que lo hará —replicó Cayne Lester—. Verán, yo pienso que las ideas que tenemos acerca de la vida en general son demasiado inflexibles. Excesivamente fijas. Creemos que todas las cosas vivientes necesitan oxígeno y agua para subsistir. Pero ¿no estaremos equivocados? ¿Estaremos intentando limitar a la Naturaleza con nuestras mentes restringidas y canalizadas? Creo que esto es precisamente lo que estamos haciendo. ¿Cómo sabemos que no existe esa cosa llamada vida anaeróbica? Puede muy bien existir y puede incluso ser una vida inteligente.

—Esto es un pensamiento que a mí habérseme ocurrido —manifestó el profesor germano.

—Estoy pensando —dijo el siniestro doctor Ambrose—, que en ciertas industrias y experimentos científicos hay muchos procesos que pueden únicamente ser llevados a cabo en el vacío. Y que eso sería una buena proposición comercial para tales seres.

El doctor calló, hizo una profunda aspiración, y dirigió su mirada al gigantesco disco que se aproximaba rápidamente. Su dos

compañeros se le juntaron con la contemplación de aquel su objetivo al que se iban aproximando milla tras milla. Pronto dejó ya de parecerles un disco y pasó a ocupar la totalidad de su horizonte sin que pudieran ya percibir sus límites.

—Por favor, caballeros, vamos a sentarnos —dijo Cayne Lester. De ahora en adelante el asunto estaba en sus manos puesto que tenía que posar el cohete en el suelo con seguridad. Desde su litera antigravitacional disparó los cohetes retropropulsores una, dos, tres veces. Una vez más y aún otra. Por aquel entonces ya la nave había vuelto su proa hacia la Tierra. El vértice de aquella flecha de berilio ya no amenazaba la faz de la Luna.

Ahora Cayne Lester disparaba los cohetes de mayor empuje utilizándoles como freno una y otra vez. ¡Fuego…! Pausa…, ojeada a las calculadoras. Piensa, Lester, piensa. La vida de todos depende de ti. ¡Fuego…! Pausa; mira la máquina. Mueve la mano de aquel control y asegúrate de que no bajas demasiado aprisa. Cerciórate de que no gastas demasiado combustible. Todo depende de la proporción peso carburante. ¡Piensa! Lester, ¡piensa! Tú eres un piloto de pruebas y en estos momentos, ¡por Dios!, que eres tú el que estás a prueba. Un disparo, y otro, y otra vez.

Por fin los instrumentos le dijeron que estaban bajando segura y felizmente. Le indicaron que estaban descendiendo sobre el área estipulada; que el gran Mare Imbrium se abría bajo sus pies.

Lentamente, lentamente hacia abajo apoyados en un freno de llamas. Las llamas de un cohete que eran toda la diferencia que mediaba entre la vida y la muerte y sobre las que descansaban como si fuera un cojín de fuego violento y fuerza. Una almohada sobre la que ellos, al igual que unos antiguos dioses, cabalgaban a través de los cielos.

Abajo… Abajo lentamente, y más lento aún. *¡Un error en aquellos momentos significaba una explosiva muerte violenta!*

¿Y qué ocurriría si todo el mundo se hubiese equivocado? ¿Si todos hubiesen juzgado erróneamente la superficie lunar? ¿Qué pasaría si se encontraran hundiéndose súbitamente en una masa de espeso polvo gris? ¿Si se quedaran envueltos por éste? ¿Ahogados por él? ¿Y si los tubos quedaran obstruidos imposibilitándoles la salida para siempre jamás?

Sabía que por debajo de ellos el Mare Imbrium se estaba

desplegando en sus menores detalles. Sabía que Timocharis era el cráter que yacía a su derecha, y que otro cráter, Fielle, no estaba lejos de él. Sabía también que los Montes Spitzbergen se extendían al oeste y que Reese estaba lejos, hacia el sureste. Ellos descenderían no muy apartados del cráter de Hass.

Abajo… abajo… ¿podrían aterrizar? ¿Podrían hacerlo? *¡Tenían que hacerlo!*

Entonces hubo un parpadeo y las luces de los indicadores se encendieron. Por ellas supo que el control a radar de la fijación automática le estaba diciendo que se encontraban *tan sólo a unos pocos pies de la superficie*. Era ya una cuestión de segundos el que ellos supieran si la nave iba a ser un éxito o un fracaso completo y total. Dentro de breves momentos sabrían si iban a ser los primeros hombres en la Luna, o bien los primeros cadáveres humanos desintegrándose en la polvareda de una explosión, añadiendo tan sólo una pequeña huella de destrucción en la muerta superficie lunar. Y entonces…

Se sintió la más suave de las sacudidas. Un delicado choque, cuando los topes de los grandes amortiguadores hidráulicos se posaron sin contratiempo sobre el terreno, no muy lejos del cráter de Hass, en el área central del Mare Imbrium.

Cayne Lester se secó el sudor de la frente.

—¡Puah! —Fue todo lo que pudo decir.

—¡Felicidades, capitán! Un aterrizaje excelente, absolutamente maravilloso —exclamó Paul Ambrose calurosamente.

—Jah, Jah. Muy bien usted lo ha hecho. ¡Jawohl! ¿No es eso? —farfulló Fritz Fleiss.

Los tres astronautas sufrían ahora los efectos de la tensión nerviosa provocada por el hecho de descender sobre un mundo extraño no sabiendo si la respuesta iba a ser la vida o la muerte. Sentían lo mismo que los criminales condenados a la última pena mientras esperan saber si el Gobernador les habrá concedido el indulto del que no estaban muy seguros. Porque, verdaderamente, hay toda la diferencia del mundo entre la tranquilidad del hombre que mira unas fotografías de la Luna desde la cómoda butaca de su despacho, y la de aquel que está sentado en el interior de un pequeño cono dentro de un pedazo de berilio que es todo lo que le separa del polvo lunar. Es como estar sentado en un sillón junto al

fuego contando historias de fantasmas, o permanecer a medianoche en un desierto cementerio oyendo el viento silbar mientras los murciélagos revolotean alrededor y extraños crujidos subterráneos hacen gemir las viejas tumbas y sarcófagos.

Los navegantes saltaron de sus literas y se abocaron a la portilla de observación.

—Todo oscuro; completamente oscuro —exclamó Cayne Lester —. Durante el tiempo que estuvimos para ir a nuestras literas desde el puesto de observación, más el tiempo que hemos empleado en bajar y frenar hasta aterrizar, el día lunar se ha ido y ahora estamos en plena noche. No tenemos, por tanto, mucho que hacer. Podemos desde luego, revisar nuestros equipos y dejarlo todo listo, pero creo que sería extremadamente tonto que ahora nos aventuráramos a salir. Esta es una de las equivocaciones que hemos hecho. Deberíamos haber aterrizado al principio de la mañana lunar, pero no lo hicimos…

—Relativamente, eso no tiene importancia —manifestó el doctor —. Hay muchos cálculos, observaciones y pruebas que podemos hacer a puerta cerrada con indiferencia de que haya luz o no. Podemos tomar, por ejemplo, muestras de polvo para analizarlo. Podemos sacar sondas atmosféricas… Oh, hay docenas de cosas por hacer. Podemos poner los contadores Geiger al exterior para descubrir cualquier rastro de radiactividad latente en el área, y podríamos empezar grabando nuestras impresiones y escribiendo nuestros sentimientos como primeros seres humanos que aterrizan en la Luna, aunque por el momento estemos todavía aislados de ella por nuestra nave.

Fijadas sus actividades, cada uno se ocupó en las tareas correspondientes a aquella sección de la expedición que caía dentro de sus responsabilidades.

Fuera, al exterior, la noche lunar envolvía con su manto de fantástico misterio aquel satélite tanto tiempo muerto.

CAPÍTULO IX

AMANECER

Durante las largas y monótonas horas de oscuridad, los expedicionarios, lejos de estar ociosos, habían ido familiarizándose con un gran número de factores. Se halló que las radiaciones cósmicas no eran de ninguna manera excesivas, pero había un número de radiaciones de tipo no-corpuscular y, en adición, cierta cantidad de protones de alta energía. Descubrieron también que debido a la inclinación de la órbita de la Luna el ecuador nominal variaba tanto como unos 6 grados en más y en menos respecto del ecuador puramente físico.

La gravedad resultó ser casi un sexto de la terrestre normal. Y por unos ensayos preliminares que hicieron con vistas a determinar el campo magnético, descubrieron, por medio de cuidadosas medidas y cálculos que éste era de
1,4 x 10,6
gauss. En cuanto a la atmósfera, y tal como sospechaban, cuanto menos en aquel punto del Mare Imbrium, era totalmente inexistente.

Analizaron asimismo las muestras de polvo lunar que habían traído a bordo por medio de unos instrumentos manejados a distancia, y llegaron a la conclusión de que era de origen ígneo y tenía un parecido bastante aproximado con el cuarzo terrestre. Encontraron también indicios de algo parecido a lava, muy similar al gabro. En otros sitios hallaron la evidencia de una forma de basalto primitivo.

Esto fue lo poco que en aquellas circunstancias pudieron hacer. Luego, todavía llenos de excitación, intentaron explicar, hacer comprender a sus mentes lo que había sucedido. Probaron a

introducir dentro de sus almas la convicción de que eran los primeros hombres en la Luna. Que habían aterrizado con éxito. Que estaban pisando donde nunca antes ser humano alguno había hollado con su pie.

Y vino el descanso; un dormir agitado y lleno de sueños hasta que llegó el amanecer y con éste la brillante luz solar. El riguroso día lunar con su terrorífica temperatura ambiente.

Protegidos por las paredes aislantes de su nave, los astronautas no perdieron tiempo en atisbar a través de su observatorio y con los ojos convenientemente resguardados por anteojos protectores, el área extendida a su alrededor.

Cayne Lester miró una y otra vez. Parpadeó repetidamente.

El alemán musitó:

—¡Donner und blitzen!

E incluso el frío y sereno, inconmovible y enigmático Paul Ambrose se agarró a un asidero en busca de apoyo.

Cayne Lester detuvo su parpadeo y fue en busca del frasco de plástico que contenía el coñac para emergencias y que formaba parte del botiquín de a bordo.

—Necesito un trago —exclamó con voz ahogada, y aplicando sus labios al envase bebió un buen sorbo del licor pasando luego el frasco a Paul Ambrose.

El siniestro y enigmático doctor ingirió buena parte de lo que quedaba y volvió en seguida a su puesto de observación en la ventanilla. Fritz Fleiss a su vez acabó con el contenido del frasco y se reunió con los otros en la contemplación del exterior.

A su alrededor, todo lo que la vista abarcaba del lecho aparentemente sin vida del Mare Imbrium, estaba lleno de naves. Cientos y cientos de naves espaciales de toda clase de tipos, formas y tamaños concebibles.

Fue sólo por verdadero milagro que no se estrellaran contra alguna de esas naves durante su descenso. La más cercana de las cuales estaba a menos de 300 yardas; entre ellas circulaba un considerable tránsito.

Naturalmente, debido a las anteriores horas de oscuridad nada habían notado de tanto movimiento y era obvio que al venir a oscuras los forasteros de las cercanías o no los habían visto, o no habían puesto ningún interés en su arribo. Era como si

repentinamente se hubiesen encontrado transitando con un viejo cabriolé por una céntrica calle de Londres o en medio de los Campos Elíseos.

—¿Qué diablos significa eso? —exclamó jadeando Cayne Lester —. ¿Quiénes son? ¿Qué son? ¿Por qué están ahí?

Los ojos del siniestro Paul Ambrose se estrecharon.

—No puedo ni siquiera aventurar una opinión —contestó—. Ni la sombra de una conjetura. Miradlos: naves cuadradas, cilíndricas, ovales, algunos cohetes parecidos a éste nuestro, cosas que no son aparentemente nada más que esferas y óvalos electrónicos y resplandecientes; objetos que no parecen tener ninguna clase de base física substancial. Me atrevería a asegurar que alguna de esas esferas se ha trasladado hasta aquí a través de otra dimensión. Que han viajado electrónicamente más bien que por algún otro medio de propulsión conocido. Mirad aquellos otros con grandes velas. Hay unos que parecen globos con velas y que sólo puedo suponer que estarán constituidos por alguna sustancia capaz de ser impulsada por energía galáctica o solar.

—¿Quiere usted decir que navegarán movidas por la fuerza de la luz de la misma forma que los antiguos barcos de vela utilizaban la fuerza del viento? —preguntó Cayne Lester.

—Efectivamente, eso creo. Aquí hay todos los tipos de propulsión. Cada aparato parece diferente.

—No, no lo son todos —replicó Lester—. Mirad: están estacionados en grupos. Allí hay tres naves cohete muy similares al nuestro; parecen un tanto primitivos respecto los otros. Y aquellos de allá, aquel grupo de una docena o más, esos tienen la forma de disco. Evidentemente son los que en la Tierra llamábamos «platillos volantes», lo cual quiere decir que existen; que había algo de verdad en la leyenda.

—Y aquellos otros de allá —indicó Paul Ambrose—. Ved, ala en delta, formaciones triangulares.

—Y aquellos que allí estar —exclamó Fleiss retorciendo despiadadamente el verbo de su sentencia y llevándolo al final con los martillazos de su ruda sintaxis—. Las historias en los periódicos de bolas de fuego colorreadas. Aquellos ser evidentemente der clase de bolas de color que fueron.

—Mirad aquellas cosas que se mueven entre las naves, y esos

vehículos oruga que se mueven de un lado a otro.

—No es tanto por der vehículos como por las cosas que en ellos van —interrumpió el alemán—. Observad aquel de allí. Parece como si estuviera hecho de cristales.

—Nos encontramos con su vida anaeróbica, ¿verdad? —dijo Cayne Lester—. La vida sin aire de que usted nos hablaba. Esa cosa parece un manojo de cristales de silicón empalmados y, no obstante, está muy vivo y animado. ¡Imaginaros! Una criatura sensible hecha de silicón. Y aquellos grandes bichos de allá que son como monos peludos… Desde luego, esos no son nativos de la Luna.

—Ninguna de esas cosas puede ser natural de este mundo —dijo el doctor—, exceptuando quizás aquellos entes anaeróbicos hechos de cristal.

—Definitivamente, todos ellos son extraños: quiero decir tan extraños a la Luna como nosotros mismos. ¿De dónde diablos pueden venir, y por qué tantos? Es como si fuera un extravagante centro turístico o un «*camping*» de caravanas.

—Un parque de caravanas —repitió Paul Ambrose pensativo—. No sé en verdad qué pensar de eso. ¿Qué propósitos podrían tener para venir a la Luna? ¿Por qué querrían ellos visitar este satélite extinto?

—Si usted tuviera intención de ir a Marte —inquirió Cayne Lester con expresión meditativa—. ¿Dónde cree sería el mejor sitio para aterrizar?

El doctor hizo chasquear sus dedos.

—Desde luego. Desde luego —exclamó—. Deimos y Phobos, los satélites. Serían los sitios ideales de aterrizaje puesto que se necesitaría muy poco combustible para contrarrestar el efecto gravitacional al descender. Sería muy fácil aterrizar allí; incluso mejor que en la Luna. Naturalmente, ahora lo veo claro. Usted insinúa que esa gente está utilizando la Luna como un trampolín para saltar a la Tierra, ¿no, capitán? Una especie de plataforma de observación.

—Eso vale también para los «platillos volantes». Si es que nos han estado observando todo ese tiempo. Luego, tendrán ya conocimiento de nuestra expedición… ¿o quizás no?

—Todo depende de lo buena que su observación sea. Es un grave error sobrestimar al enemigo, y es asimismo un grave error el

subestimarlo. Supongamos que en estos momentos ellos no saben nada de nosotros ya que, si así fuera; si supieran que somos de la Tierra, ya se habrían lanzado sobre nosotros.

—Hablando del ruin de Roma… —exclamó Cayne Lester—. Mirad lo que se nos acerca.

Uno de los coches tractores se dirigía directamente hacia su cohete.

—Parece que nos han localizado. No creo que podamos utilizar nuestras armas.

—Únicamente tenemos tres rifles bastante ligeros —dijo el capitán—. Pero no creo que nos fueran muy útiles contra seres que han dominado el espacio y según parece, también la cuarta dimensión.

No tuvo tiempo de decir más. El vehículo oruga estaba junto a su nave y se oyó golpear en la compuerta estanca exterior.

—Supongo será mejor dejarlos entrar. Me pregunto qué clase de tipos serán, pues no vi quién iba en este vehículo; estaba mirando en otra dirección y cuando me percaté de su presencia estaba ya tan cerca que quedó fuera del círculo de visión.

—¿Creen ustedes que entrar dejarlos será prudente? —preguntó el alemán.

—Bueno, considero obvio que estos señores tienen fuerza suficiente para barrernos del mundo de los vivos, de manera que más vale que les dejemos entrar. Mientras hay vida, hay esperanza —sentenció Cayne Lester.

Había sido tan tremenda sorpresa para los astronautas el encontrar todos aquellos extraños vehículos espaciales en la Luna que no poseían ningún medio de saber quiénes eran, ni qué eran los forasteros ni cuáles eran sus intenciones o por qué se encontraban allí.

—Voy a abrir el compartimento estanco —dijo Cayne Lester con voz triste y apagada—. ¿Están ustedes conmigo, caballeros? —demandó.

—Sí, yo estoy de acuerdo —contestó el lúgubre doctor—. ¿Y usted, mein *Herr*?

—También con usted estoy —fue la respuesta que con voz decaída profirió el germano.

Cayne Lester apretó el botón que accionaba el mecanismo, y se

oyó sonido de movimiento en la puerta exterior.

—No me imagino qué demonios podrán ser —dijo Ambrose.

—Algo bastante horrendo, supongo, pero no debemos parecer sorprendidos y, sobre todo, no debemos demostrar miedo —manifestó Lester—. Tenemos que hacer de tripas corazón y enfrentarnos con esas cosas con la vieja *sang froid* y mirada altanera y todo lo demás que ustedes ya saben.

—Sí, claro —asintió el doctor—. Defensa psicológica. No mostrarse sorprendidos y démosles la bienvenida sean lo que sean.

—Pero ¿cómo estrecharle la mano a un bicho con tentáculos o cachos de roca en vez de manos y dedos? —preguntó Cayne Lester con un triste intento de jovialidad.

—Quizá hayan visto humanos anteriormente —dijo el doctor—. Me pregunto qué horrible monstruo está aguardando en la cámara de aire. De qué espantosa parodia de la vida nos separarán unas pocas pulgadas de berilio.

La compuerta exterior fue cerrada. Se llenó la cámara con aire, y abrieron la puerta interior.

Enmarcados por la aberturas de la cámara aparecieron dos extraños. Fuere lo que fuere lo que los tres astronautas esperaban, no era precisamente esto.

Paul Ambrose fue el primero en rehacerse; sonrió a los recién llegados y les indicó con un gesto que pasaran.

El alemán y Cayne Lester se apartaron silenciosamente para permitirles la entrada.

CAPÍTULO X

COSECHA DE FANTASMAS

Entre sus muchas ocupaciones el doctor Manfred Hutton, el psiquiatra, tenía la de ser un perspicaz indagador en la investigación psíquica. Y aquella era la noche en que se reunía su, digamos, no muy regular filial de la Asociación para la Investigación Psíquica, para celebrar lo que llamaban «debate de socios».

Era en noches como esa cuando los expertos y los aficionados interesados se reunían y discutían casos que habían leído, visto, oído o experimentado, a la par que pasaban juntos una agradable velada de cazadores de fantasmas descansando confortablemente en sillones de moqueta que el club alquilaba especialmente para esas ocasiones mientras un mayordomo atento y eficiente revoloteaba de mesa en mesa con una bandeja en la que llevaba un sifón y dos o tres frascos de licores de primera calidad. Como complemento, en un rincón, un gran barril de vieja cerveza ofrecía su grifo a los asistentes, y ante tales perspectivas no es necesario decir que los socios con vocación no muy firme esperaban con más ansiedad de ese tipo de veladas, que no las más científicas y rigurosas investigaciones que a veces entrañaban largas horas de espera con cámaras cargadas con película infrarroja, en las oscuras, húmedas y frías edificaciones enclavadas las más de las veces en medio del campo y con las que los hombres de mediados del siglo pasado disfrutaban.

Era en noches como esas cuando el afectado psiquiatra disfrutaba realmente. Se repantigaba con toda comodidad en un sillón casi de la misma forma que sus pacientes se recostaban en su diván, y dejaba que sus dedos juguetearan con las borlas de la

moqueta.

Aquella noche, Manfred Hutton sintió que se encontraba singularmente comunicativo. Aquella noche, además, había invitado a su amigo el pequeño profesor de ciencias, y hasta aquel miserable profesional que era Taraconda Grimwood tuvo que admitir que el calor y la convivencia de aquella reunión eran contagiosos.

Esos cazadores de fantasmas de sillón eran hombres que tenían muchos puntos en común y esta cualidad de sentimientos compartidos les daba algo en la forma de un cordial lazo de amistad y mutua buena voluntad. Era un procedimiento que reaccionaba sobre sí mismo. Un proceso cíclico.

En aquellos momentos, Taraconda Grimwood y el psiquiatra estaban discutiendo los fenómenos conocidos por alucinaciones hipnagógicas.

—Ah, se refieren ustedes a las caras que aparecen en la oscuridad —dijo el socio más antiguo desde su sillón, aún más confortable que el que había logrado ocupar el psiquiatra, y sobre el que se sentaba con satisfacción—. Sí, claro. Desde luego, ya sé lo que usted podría decir acerca de eso, Hutton, viejo amigo, pero no puedo decir que yo estuviera en completo acuerdo. Usted cree que todo puede ser explicado en términos de psicología y psiquiatría, ¿verdad?

—Bueno; hablando de manera profesional, sí. —Manifestó el doctor—. Pero en este momento yo no hablo como psiquiatra y puedo efectivamente admitir que hay algunos casos de alucinación hipnagógica que no son en realidad lo que parecen, sino algo mucho más difícil de explicar…

La conversación se fue extendiendo llevada por las alas de los conceptos metafísicos hasta llegar el momento en que las opiniones sobre visiones y alucinaciones se fueron perdiendo y lentamente sumergidas y suavemente ahogadas en la gran avalancha de anécdotas y recuerdos soltada por aquellos otros miembros del club que habían viajado a países remotos y estudiado vastamente.

—Recientemente estuve en el Glen Duror —empezó a contar el socio más antiguo—. Se trata de una hondonada bastante empinada que, arrancando desde el margen de la carretera en Duror de Appin, se interna tierra adentro hasta acabar en un gran cuenco montañoso. Hubo un tiempo en que en una humilde casa solariega

de aquellos parajes vivió James de Glen. Hoy en día todavía pueden verse las ruinas de la casa. El lugar es desagradable y casi inaccesible por los arbustos y matas de ortigas que lo cubren. Fue a mediados del siglo XVII que James Stuart, o James de Glen, que es como generalmente se le conoce, fue desahuciado. Luego, el 8 de noviembre de 1752, fue ejecutado, saben ustedes. Según se dice, la cosa ocurrió de la siguiente manera: algún desconocido disparó sobre la Zorra Roja, y James, a lo que parece, fue condenado y ejecutado por tal crimen, y desde entonces aseguran que su espíritu o espectro se ve por aquellos contornos.

—Hay también otra leyenda en esa parte del país referente a una cierta muchacha de Macoll. La historia cuenta acerca de unos niños perdidos que se asustaron al hallarse solos en la montaña. Una mujer los encontró y los llevó a refugiarse bajo la roca que hay posada a la ladera del monte. Allí los abrigó con su propia manta y les dio algo de leche tibia de alguna de las vacas que pastaban por allí cerca. Finalmente, dio con el padre de los niños que los andaba buscando, y lo condujo hasta ellos. El hombre se sintió muy avergonzado de que sus hijos hubieran tenido que vagar de esa manera por el monte debido, creo, a alguna madrastra perversa o algo así, pues no conozco todos los datos, ya que esta leyenda la he obtenido de segunda o tercera mano. Lo importante es que el hombre preguntó a la extraña mujer quién era, a lo que ella respondió: «Soy la doncella de Glen Duror», y seguidamente desapareció.

—En efecto —dijo McAlistair, otro de los antiguos miembros del club—. Yo he oído también esta leyenda. Según dicen hay mucho de verdad en ella, saben ustedes, y hay muchos testigos veraces que aseguran haber visto a esa doncella. En Achnadarroch hay una vieja alquería hechizada que se yergue por detrás de tres altos árboles y un muro bajo de piedra sobre el que hay superpuesta una valla de postes y alambre. Es un antiguo caserón largo y solitario, con dos contrafuertes a cada extremo y tres flacas chimeneas inhiestas como las cejas de un gnomo. He visto también la morada de Colin Campbell, el hombre al que usted se refirió hace poco como la Zorra Roja; la llaman Glensure House. Es una de esas antiguas casas que se edificaban sobre un plano en forma de «F» con faldones en las cubiertas, ventanas altas y estrechas y con un porche sobre la

maciza y ancha puerta. Un gran pino se levanta majestuoso enfrente de la casa.

»He contemplado también la Ballachullsh House que, como saben, está en Argyll. He visto su encantadora avenida de hayas donde dicen se oye el cabalgar de un jinete fantasma y donde una dama espectral se supone espera a sus huéspedes. Sí, verdaderamente, Escocia es tierra de aparecidos.

—Muy bien, McAlistair, viejo amigo —dijo Dreyden, un miembro del club relativamente nuevo—, creo que tengo algo todavía mejor que lo tuyo, me refiero a las campanas fantasmas de Great Bealings que, como saben, son motivo de una historia muy bonita. Hay muchas leyendas concernientes a los Bealings y varias de ellas llegan incluso a relacionarse con Boadicea. Pero el primero que dio a conocer públicamente el caso de las extrañas campanas creo que fue un caballero al que llamaban Mayor Moore. Y hasta me parece que en alguna parte guardamos un ejemplar del viejo «Diario de Ipswich», donde se relata la historia completa. Fue en el 1 de marzo de 1833 o 34, pues no recuerdo el año exacto cuando este Mayor cuenta cómo en el 22 del mes anterior acababa de regresar a casa después del servicio, cuando la campanilla del comedor empezó a sonar. Lo curioso del caso fue que la campana tocó cuatro veces sin ninguna causa aparente y sin que ninguna persona estuviera en el comedor. El Mayor se sirvió un doble y empezó a tratar de dilucidar lo ocurrido.

»El lunes siguiente por la tarde, al llegar a su casa después de haber estado ausente por unas horas, los sirvientes te contaron cómo todas las campanillas de la cocina habían estado sonando como endiabladas. Y en efecto, tan pronto como el Mayor entró pudo oír por sí mismo el campanilleo. La vieja cocinera le dijo que las cinco campanas del lado derecho, ya que había diez de ellas, cada una separada de la otra por un palmo más o menos… a ver… No; no eran diez, eran nueve…

Manfred Hutton, el psiquiatra, se inclinó sobre su silla.

—Permíteme que continúe —dijo al que hablaba—, puesto que conozco la historia mejor que tú.

—Muy bien. Como quieras —contestó Dryden.

Los demás miembros del club aguzaron sus oídos, y el psiquiatra empezó a desarrollar los hechos del peculiar caso de las campanas

fantasmas de Great Bealings.

—El mayor Moore y su hijo, la cocinera, y creo que había también otro sirviente, se quedaron observando, con el oído atento, y, créanlo o no, caballeros, aquellas mismas campanas empezaron a sonar de nuevo. Lo realmente sorprendente fue que no cayeran al suelo debido a la violencia de su repiqueteo. La única persona a quien la representación dejó indiferente fue a la vieja mundana de la cocinera. Las había oído tantas veces anteriormente, que había llegado a acostumbrarse a ellas. Ahí tienen ustedes, la familiaridad engendra desprecio incluso en las esferas sobrenaturales. Las campanas que sonaban eran las correspondientes al comedor, sala de estar, una habitación contigua a ésta, un dormitorio y dos áticos situados encima del comedor, habiendo de tener en cuenta que dos de esas habitaciones estaban fuera de uso.

»Aquella misma tarde, un poco antes de las 6, y cuando la cena estaba a punto de ser servida en la habitación que el Mayor llamaba la "sala de desayunos", la campanilla de esta habitación se puso a sonar por sí sola. Los comensales estaban todos a la mesa; nadie tenía a su alcance el cordón de llamar. Mientras la cena seguía su curso, las campanillas tocaron de nuevo, todas cinco sonando con violencia uniforme. Y de esta manera los fantásticos repiques se sucedieron día tras día, semana tras semana, en aquella casa donde ni había ratas ni nadie tenía ningún mono u otro animal que pudieran hacerse sospechoso. Por otra parte, los alambres de transmisión estaban al descubierto en todo su curso con la sola excepción de los lugares en que tenían que atravesar una pared, lo cual hacían a través de unos agujeros que no permitían el paso a ninguna otra cosa más que a los hilos.

»Fuere lo que fuere, la historia de las campanas acabó cuando éstas cesaron de sonar tan extraña y repentinamente como habían empezado.

»Y con historias de esa clase podríamos continuar, yo supongo que casi indefinidamente. Son historias que no tienen ninguna explicación racional y lógica; esas cosas nunca aceptan razonamientos lógicos, si lo hicieran, perderían su interés para nosotros. Yo no creo que sean supercherías; creo, simplemente —añadió el psiquiatra para terminar—, que son unos extraños procesos que van más allá de los razonamientos humanos.

En aquel momento se abrió la puerta y el joven George Brierly entró en la sala. George Brierly era unos de los socios más jóvenes y también más recientes en la Asociación. Un muchacho de unos 20 años siempre anhelante de investigaciones de buena fuente. Su ingreso había sido un gran beneficio para el club, ya que los resultados de sus investigaciones formaban después el tema de muchas deliberaciones. Con su entusiasmo y actividad que contagiaba a los socios más viejos, creaba también una especie de equilibrio compensatorio, ya que ésos, a su vez, reprimían y vigilaban cualquier tendencia hacia la irresponsabilidad siempre posible en un elemento joven. Entre la edad y experiencia de unos y su juventud, Brierly había llevado más de una serie de interesantes investigaciones a conocimiento de los socios y a los archivos de la sociedad.

Aquella noche el joven entró disparado y con la respiración entrecortada por el nerviosismo. Todos los ojos se volvieron en su dirección y esperaron las manifestaciones de Brierly a quien la agitación dejaba a duras penas proferir palabra.

—¡Amigos! —estalló por fin—. ¡Lo he cogido! ¡Un caso en un millón! Lo que hemos estado buscando durante años… Un caso auténticamente puro. Aquí, aquí lo tengo todo —exclamó dando palmaditas a una abultada cartera.

—Lo primero que tienes que hacer es calmar esos nervios tan desquiciados que traes, muchacho. Se te va a romper algún vaso sanguíneo —díjole Manfred Hutton, y añadió—: Después, te vienes aquí, en medio de la reunión, me pides perdón por ofuscar mi éxito, y cuéntales a tus maliciosos tíos todo lo concerniente a ese descubrimiento tuyo.

Cuando quería, Manfred Hutton sabía utilizar el sentido del humor.

George se escanció un doble de *whisky* que bebió como si fuera agua, y seguidamente abrió la cartera y extrajo de ella una serie de fotografías.

—Tomadas con una cámara de
35 mm.
completamente ordinaria —explicó—. No infrarrojo, no artilugios, nada; en pleno día. Esas señoras y el caballero que se ven aquí en el fondo son los testigos. Vean: ese lugar es Camberwell. Una pequeña

casa de vecindad. Nada fuera de lo corriente. Sin antecedentes psíquicos, sin nada. La suerte ha sido que esa gente conoce a un muchacho que me conoce a mí y sabe que siempre ando metido en esa suerte de investigaciones; por lo tanto, me llamó por teléfono y esa es la manera como yo he venido a descubrirlo. ¡Vean, miren eso! —Y mostró a los presentes una fotografía en la que podía verse una silla flotando en el aire en medio de una habitación, mientras que una mesa se apoyaba precariamente sobre una sola pata—. La casa completa se ha vuelto loca —dijo Brierly— y lo mejor es que lo he visto con mis propios ojos.

—¿La habéis exorcizado? —preguntó Manfred Hutton.

—No, que yo sepa la cosa todavía dura. Yo lo que he hecho es irme corriendo a casa a revelar estas fotos; como ven, las copias todavía están húmedas, y mientras se medio secaban he mecanografiado un relato y seguidamente he venido aquí, pues sabía que era noche de reunión.

—¡Pero eso es magnífico! —exclamó Manfred Hutton casi sin aliento—. ¿Quieres decir, amigo, que esa fantástica y maravillosa representación todavía continúa?

Brierly asintió con la cabeza.

—¡Absolutamente! —dijo—. Mientras nosotros estamos aquí estudiando estas fotografías, el mobiliario de aquel señor está todavía flotando en su cocina. Es, desde luego, y sin ninguna duda, un caso de levitación, pero con una potencia…

—¿Hay allí en evidencia el usual control humano? Quiero decir, el adolescente… un chico o chica de entre once y quince años…

—No, y eso es lo extraño. Hay únicamente un viejo señor, su esposa y la hermana de ella. Son estos tres que tengo en esta fotografía:

—Bueno, pues, que me cuelguen… —dijo Manfred Hutton—. Esto es tremendo… —siguió diciendo mientras pasaba las fotografías a los otros—. Es obvio que estas instantáneas no han sido trucadas, y tú no eres tampoco de la clase de hombres que gastan esas bromas. Por lo tanto, aquí tenemos una evidencia real y… ¿tú crees que esa gente estaría dispuesta a hacer una declaración jurada?

—Eso creo. Pero esperen a ver eso que tengo aquí. ¿Está por ahí el proyector del club?

—Sí, aquí está. No ha sido llevado todavía a la oficina desde la semana pasada que pasamos aquella película —contestó Dryden.

—Estupendo. Tom, ¿quieres prepararlo?

El llamado Tom fue en busca del aparato y seguidamente con George Brierly engarzaron la película de
8 mm.
que este último tenía en un carrete.

—Es sólo en blanco y negro. Lo revelé yo mismo; pero lo más interesante es que recoge con toda realidad el movimiento de las cosas, y no digamos de las caras que ponen las señoras y el caballero interesados. Probablemente es un film único en su género, pero me pregunto si podremos lograr convencer a alguien.

—Lo haremos si nos reunimos bastantes de nosotros y procuramos que se nos una un Juez de Paz o alguien de plena integridad moral; entonces, proyectamos esta película y nosotros intervenimos inmediatamente: vea usted, eso es Camberwell, que está…

Su charla continua y casi sin descanso fue interrumpida por el comienzo de la proyección. Hutton había estado hablando pegando sus sentencias unas con otras, con tanta excitación como el propio muchacho y, cuando algo lograba turbar la calma exterior de Manfred Hutton, podía bien decirse que era *realmente algo*.

Todos los socios se agruparon para no perderse la proyección de los trozos de película pergueñados rápidamente, y que les mostraron a las dos ancianas y al caballero de la casa contemplando atónitos a su mobiliario de cocina dando vueltas y girando por la estancia. Acabados los cuatro minutos que duró la sesión, y mientras Tom guardaba el proyector, Manfred Hutton, que había recobrado ya parte de su afectada compostura, llamó un taxi por teléfono. Así que éste llegó, los seis socios más cercanos a la puerta lo tomaron rápidamente por asalto abandonando a los socios restantes, los cuales pudieron afortunadamente ocupar un segundo vehículo que acertó pasar en aquellos momentos. Dieron al conductor la dirección de Camberwell, y los entusiastas investigadores de fenómenos psíquicos se marcharon a toda prisa.

Cuando llegaron a la casa en cuestión, se encontraron con que el fenómeno psíquico todavía seguía su curso contemplado por un pequeño grupo de vecinos y amigos que acudieron atraídos por el

extraño caso.

—Veamos si podemos comunicar con la «cosa» —dijo Manfred Hutton—. A lo mejor lo logramos —y volviéndose hacia los dueños de la casa preguntó—: Nos dan ustedes permiso, ¿verdad?

—Puede usted hacer lo que le guste, amigo —respondió el viejo londinense— con tal nos libre de este dichoso baile… Digo, a ver, ¿puede alguien dormir en la casa con ese lío? ¡Maldita sea, hombre! ¿Han visto ustedes algo parecido? Tenemos esta mesa desde que tía Jessie murió en 1920 y nos la dejó, y nunca antes había visto yo bailar a la birria esa.

—Desde luego, desde luego —dijo comprensivamente Manfred Hutton. Luego, dirigiéndose a Brierly, le preguntó—: Bueno, George, éste es tu convite, por lo tanto, ¿cómo crees que debemos intentar la comunicación? ¿Con la plancheta? ¿La tabla Ouija? ¿Lexicón sobre la mesa? ¿O, qué?

—No sé… —respondió George Brierly—. Yo diría que para empezar podríamos intentarlo con golpeteos y ver así si está preparado a responder por golpes.

—Muy bien —asintió el doctor. Entonces, entre cuatro de ellos cogieron a la mesa y la forzaron a permanecer quieta apoyada normalmente en el suelo, agrupándose acto seguido a su alrededor.

—Ahora —dijo Manfred Hutton suavemente—, vamos a preguntarte si quieres comunicarte con nosotros. Si estás en condiciones de comunicar con nosotros. Primeramente, pues, si estás dispuesto y de acuerdo, ¿querrás dar un golpe por «sí» y dos golpes por «no»?

La mesa golpeó secamente el suelo una vez con una de sus patas.

—Excelente —dijo Hutton—. Estamos progresando. Veamos, ¿eres el espíritu de un ser humano fallecido?

Dos golpes fue la respuesta. Los asistentes se miraron extrañados el uno al otro.

—¿Perteneces a este mundo?

La mesa dejó oír dos golpes otra vez.

—Pero ¿quién o qué puede ser si es que dice la verdad? —demandó atónito el joven Brierly.

Entonces el psiquiatra tuvo una idea súbita y fantástica. Lo que se le ocurrió podía ser sólo una coincidencia; una casualidad de las que únicamente salen una en un millón…

—*¿Te llamas Yolanda?* —preguntó Manfred Hutton.
Y se oyó el sonido de un golpe.

CAPÍTULO XI

EL TERCER EXPERIMENTO

Manfred Hutton arrastraba tras de sí al pobre Taraconda Grimwood como si éste fuera un náufrago agarrado a la cola de un delfín.

La figura suave y afectada del suave y afectado psiquiatra iba rápidamente cubriendo el terreno que mediaba entre Camberwell y la Universidad.

—Pero, lo que no acabo de comprender, es cómo pudiste saberlo —decía entre jadeos Taraconda Grimwood—. ¿Cómo diablos podías saber, mi querido Manfred, que el extraño fenómeno psíquico era ocasionado por la misma «entidad» (no me viene a la mente mejor palabra por el momento), que respaldaba las fantásticas perturbaciones de mi experimento?

—Es elemental —dijo Hutton—, como diría Sherlock Holmes, aunque en verdad nunca lo dijo. Las perturbaciones psíquicas que acabamos de ver en aquella casa de Camberwell son de tal categoría que, evidentemente, estaban más allá de las posibilidades de cualquier manifestación ordinaria de esta especie. Fue absolutamente fenomenal. Al observar las zapatetas del mobiliario hubiera podido suponerse no era obra de algún fantasma o espíritu travieso, sino más bien que algún hombre invisible como el de la obra de H.
G. Wells
«El hombre invisible» de gran fama literaria y, según creo, también en televisión recientemente, era el responsable de aquel extraño disturbio. De esa deducción a la siguiente había sólo un paso.

»Como sabes, creo que tenemos razones para suponer que, o bien los dos sufrimos de ilusiones múltiples, o hay algo procedente del espacio exterior que está tratando de entrar en contacto con la

Tierra mediante aquel experimento tuyo que en su origen fue concebido como detector de radiaciones.

—Sí, sí. Ya veo lo que quieres decir —dijo el viejo Grimwood—, y eso fue lo que te impulsó a reunir los hechos en uno solo: el que la fuerza del encantamiento fuese tan grande que no podía ser normal, y luego el que la, digamos alucinación, que vimos en el tanque con la solución de tintes y el isótopo de Calcio 45 dentro, fue ocasionada por una sola causa básica. Pero, ahora, ¿qué es lo que intentas hacer? ¿Por qué nos dirigimos con tanta prisa hacia la Universidad?

—Creí que eso saltaba a la vista. Sencillamente, quiero que repitas el experimento una tercera vez. Esta vez, no obstante, he tenido una idea. Una idea que tú tendrás que realizar por mí, pues aunque yo tenga pensado su proceso básico en teoría, mis conocimientos de electrónica y campos magnéticos son muy escasos.

—¿Qué es lo que tienes en la cabeza?

—En síntesis, esto —dijo Hutton—. Si pudiéramos instalar un campo magnético alrededor del tanque, y luego instigar a esa Yolanda del más allá que se transmitiera dentro de él para hablar con nosotros, si entonces pusiéramos en acción esa fuerza magnética globular con el tanque en su interior, cabría la posibilidad de que la tuviéramos atrapada. Y si podemos mantener cogido su cuerpo astral o su esencia psíquica o sea lo que sea lo que de ella se proyecta en aquel recipiente, entonces nos sería fácil hacer unas cuantas preguntas convenientes.

»He ejercitado la psiquiatría el tiempo suficiente para saber que los motivos básicos de la mayoría de los seres sensibles, no son necesariamente buenos. En verdad, se encuentra mucha más gente cuyo profundo interior es egoísta y desagradable, más bien que al contrario. Por lo tanto, si un elemento del espacio se nos acerca e intenta entrar en relación con nosotros, yo no voy a ir a su encuentro con los ojos húmedos y cantando: ¡Hurra hemos entrado en contacto con un semidiós! ¡Vamos a darle la bienvenida! No; yo tengo sospechas. Tengo una repulsiva mente que sospecha de todo y ha sido mi profesión lo que me ha hecho de ese modo.

»Vayamos, pues, a tu Laboratorio. Hagamos que venga. Pongamos la trampa en acción y, si tiene éxito, sabiendo que ella no

puede escapar, tendremos una buena ocasión para sacarle un poco de verdad.

—No estoy seguro de si eso acaba de gustarme —manifestó Grimwood—. No es muy hospitalario. De hecho, es muy inhospitalario.

—No importa si es hospitalario o no —replicó el psiquiatra—. Hagámoslo.

Alcanzaron las puertas de la gran Universidad, tomaron el ascensor y ascendieron rápidamente hacia el Laboratorio.

Pocos minutos emplearon en preparar todos los aparatos.

—Vaya. Esta es la vez que lo he montado más de prisa —dijo Taraconda—. La práctica lo hace perfecto.

—Estupendo —exclamó Hutton.

En aquel momento la puerta del Laboratorio se abrió dando paso al gigantesco director de la Universidad, Nathaniel Burgman.

—¡Hola, hola, hola! ¿Qué es lo que pasa aquí, *Mr*. Grimwood? —preguntó éste al entrar.

—Permítame que le presente a un antiguo amigo de colegio, el doctor Manfred Hutton.

—¡Oh!, el gran Manfred Hutton —subrayó el director—. ¿El amigo psiquiatra? Gran despacho en Harley Street y toda esa clase de cosas, ¿eh? No sabía que fuese un viejo compadre de Taraconda. Encantado de conocerle, mi querido amigo, encantado.

—Y éste es nuestro director —explicó Taraconda—. Doctor Nathaniel Burgman.

—Ya había oído hablar de usted, mi querido señor —dijo el meloso psiquiatra con sus mejores y más suaves modales—, y en verdad que es un honor conocerle.

—¿Y qué diablos está usted pergeñando aquí, Grimwood? —preguntó el director, separándose del psiquiatra y contemplando el fantástico conglomerado de disoluciones y tintes en el tanque de cristal—. ¿Va usted a poner una peluquería para señoras o algo parecido? ¿Y qué diablos hace este isótopo de Calcio ahí en medio? ¿Va a cambiarle el color?

—No, señor director, yo… esto es un experimento que he estado ensayando… y yo he pedido…

—¡Pero, por Dios, dígalo ya! —exclamó el director—. Está usted tartamudeando como un niño al que han pillado robando manzanas.

Evidentemente, usted ha estado haciendo algo a espaldas mías, ¿verdad, viejo tunante? Pero no tenga miedo de decírmelo, no voy a comerle la cabeza de un bocado. Aunque director de esta Universidad, soy su amigo y la fuerza que está por encima del jefe de su Facultad.

—Bien, se trata de lo siguiente —explicó Grimwood—. Mi intención era elaborar un nuevo tipo de detector, y precisamente se lo hubiera mostrado la otra noche, pero usted prefirió salir a tomarse unas copas. De todas maneras, no me gustaba mucho hacerlo, pues quería esperar hasta tenerlo listo completamente. ¿Me entiende, no?

—Desde luego. Muy acertado —respondió el principal—. Ahora bien, ¿qué es lo que se supone esa cosa; va a hacer?

—Pues se suponía iba a producir algún tipo de imagen visual de la radiación. Ahí está el por qué empleo este isótopo de Calcio, para ver con cuánta eficacia detectaría. El tanque de cristal podríamos decir se iba a emplear como una superpantalla de televisión que debería mostrar algún tipo de espectro visible de las radiaciones.

—Entiendo. Todo eso parece interesante. Verdaderamente interesante. ¿Y qué más?

—Pues, para serle completamente franco, señor director —confesó Grimwood un poco avergonzado— le diré que he efectuado ya dos experimentos con este aparato. La primera vez estaba solo, y ahora, por favor, sírvase no interrumpirme ni hacer ningún gesto o ruido en señal de incredulidad. En mi primer intento de utilización del instrumento me encontré de repente contemplando la imagen traslúcida de la cara de una mujer y, más aún, la faz que se me apareció en el tanque me habló de viva voz.

Nathaniel Burgman, con la boca completamente abierta, hizo un gesto como para decir algo, pero Grimwood le indicó silencio con un ademán.

—Por favor, señor director, déjeme acabar. Después de lo sucedido me faltó tiempo para ir a consultar a mi psiquiatra que era, como ya le dije, un antiguo compañero de colegio, aunque ya hacía muchísimos años que no nos veíamos. El resultado de la consulta fue que él se vino conmigo a ver el aparato.

—Así es que usted pensó —dijo Burgman— que todas esas perturbaciones de su experimento podían ser, pura y simplemente,

una cuestión de imaginación; que eran alucinaciones de su propio subconsciente o semiconsciente, que usted proyectaba en la pantalla del tanque de cristal.

—Pues, sí… algo así —contestó Grimwood no muy convencido —, mas yo pensé que si mi psiquiatra veía personalmente la máquina y veía también la misma aparición que yo viera, entonces no sería una ilusión. Este era un razonamiento bien sencillo, pero era la única esperanza que quedaba en mi mente, de que él fuese también capaz de verla…

—¿Y la vio? —preguntó Burgman.

Manfred Hutton asintió.

—Sí, la vi —manifestó—. Vi la cara de la misma mujer y nos habló a los dos. Esta vez no solamente nos habló, sino que sostuvimos una conversación, una charla sensible y racional.

—Dios nos asista —exclamó Burgman—. Esto es increíble; incomprensible. ¿Qué puede todo eso significar? ¿Quieren ustedes hacerme creer honradamente que vieron una cara de mujer? ¿En ese tanque de ahí? ¿En esa mezcla que parece barro de corral con la añadidura de un par de paletas de artista para redondear el peso?

Era una definición muy poco lisonjera para el nuevo detector de Grimwood pero éste apenas si lo notó.

—¿Quiere quedarse y presenciar el experimento, señor director? —preguntó Taraconda.

—Ciertamente —respondió Burgman— parece tan extraordinario. Pero, creo que no me han acabado de contar la historia. Por ejemplo, ¿qué es lo que les trajo aquí esta noche tan de repente?

—Oh, eso es culpa mía más que nada… —dijo el psiquiatra. Sus palabras salían suaves, con la delicadeza de la seda, pero eran como una mano de acero bajo un guante de terciopelo.

—¿Cómo es, pues, eso? ¿Cuál es el motivo de su presencia aquí esta noche? —insistió el ogro benigno.

—Pues, vera, yo estoy muy interesado en la investigación psíquica —comenzó a explicar Manfred Hutton—, y esta noche estábamos con Grimwood en el Club, cuando llegó un joven investigador llamado Brierly el cual, muy excitado, dijo que había encontrado algo excepcional en Camberwell acerca de un fenómeno de levitación de mobiliario.

—Por el momento no estoy muy impresionado —dijo Burgman —. Personalmente no soy un gran creyente de lo sobrenatural pero siga, siga…

—Bien. Nos fuimos, pues a esa casa de Camberwell y; efectivamente, había unas manifestaciones de levitación completamente extraordinarias y genuinas. Las más poderosas que yo haya visto jamás. De hecho eran tan fuertes que diferían completamente de todos los fenómenos ordinarios de ese tipo, lo cual me convenció de que en el fondo del asunto se encontraba algo más que un espíritu vulgar o un fantasma de jardín.

—Usted parece estar muy familiarizado con fantasmas vulgares o de jardín —dijo Burgman con una de sus grandes sonrisas que dejaban al descubierto los dientes espaciados de su boca.

—Siempre habrán fantasmas comunes o de jardín para todos los que hayan sido investigadores psíquicos tanto tiempo como lo he sido yo —dijo Manfred Hutton suavemente—. De todas maneras, como que esa manifestación fue tan potente y nosotros ya habíamos visto aquí esa otra cosa especial también muy poderosa, yo sólo tuve que juntar dos y dos y aislar dos factores de la misma manera que el gran Charles Fort habría hecho.

—¿Ya qué conclusión llegó al hacer eso? —preguntó Nathaniel.

—Pues deduje que aquella era la cara de un ser extraño que trataba de entrar en contacto con la Tierra, y luego supuse que aquel mismo ser estaba intentado establecer otra clase de acercamiento en alguna otra parte, sólo que esta vez estaba presente físicamente pero invisible, mientras que aquí, en este laboratorio, había sido visto sin estar presente en materia.

—Si quiere usted mi honesta opinión —dijo el Principal— le diré que todo esto me parece verosímil pero un poco traído por los pelos. ¿De manera que habiendo visto ustedes esos fantasmas esta noche, se vienen corriendo acá para ver si pueden conseguir entrar otra vez en contacto con esa cara?

—Esto es, efectivamente, en resumen —asintió Grimwood.

—Bueno, pues quiero ciertamente ver eso —manifestó Burgman.

—Además —añadió Manfred—, hemos tenido otra idea todavía; siendo esa cosa un ser extraño, nosotros no poseemos garantía alguna de que sus intenciones sean amistosas. No sabemos nada de sus motivos. No conocemos su fuerza o su fuerza potencial. Por lo

que, para mí, es obvio que lo que debemos hacer es tratar de poner a esa extranjera en una situación desventajosa. Y hemos pensado que quizá podríamos lograrlo si colocásemos un campo eléctrico *in situ* alrededor del tanque. Luego, si la visión aparece, todo lo que tenemos que hacer es poner el campo en funcionamiento ¡y ya la tenemos!

—Esa es una posibilidad muy interesante. Y atrapándola podemos hacerla hablar con la amenaza de no soltarla —concluyó Burgman.

Esto sí que era algo que él comprendía perfectamente. Para un hombre que había trabajado tanto tiempo en asuntos de espionaje y contraespionaje, esos eran la clase de asuntos que podía apreciar por completo. Se trataba de un método para obtener información y eso para él constituía como una segunda naturaleza. Significaba acción, fuerza, poder. Era la manera de hacer las cosas que Burgman entendía; era su manera.

—Esta es una idea muy buena, muy buena —repitió—. Un campo magnético alrededor del tanque, muy astuto. Y, por lo que veo, el tanque está ya preparado.

Efectivamente, todos los aparatos estaban dispuestos, faltaba sólo la instalación del campo magnético que les llevó otros 17 minutos. Una vez terminado, Burgman manifestó alegremente:

—Si alguien viene y nos pregunta para qué es todo esto, probablemente nos encontraremos los dos cesantes.

—Nadie preguntará nada viéndole a usted aquí, señor director —dijo Grimwood con tono paliativo.

—Sin embargo, me darían mucho trabajo explicándolo. Por lo tanto, me parece que lo mejor que podemos hacer es cerrar la puerta —indicó Burgman.

El psiquiatra cruzó la estancia, y cerró cuidadosamente la puerta del laboratorio.

—No es probable que haya alguien por ahí pero nunca se sabe; además, me siento tan culpable como el escolar que está fabricando bombas pestilentes en el gallinero del fondo de su jardín —exclamó el director—. Yo, Nathaniel Burgman, portándome como un conspirador en mi propia Universidad. En fin; ¡vamos a empezar!

La corriente que alimentaba el ánodo y el cátodo fue gradualmente incrementada, pero por el momento nada ocurrió. El

experimento tenía toda la apariencia de ser un ensayo ordinario, uno de esos trabajos tan rutinarios a los que nada extraordinario puede suceder, aparentemente.

Se vigilaba cuidadosamente a los dos electrodos sin que se les observase nada anormal. Los instrumentos de medición registraban con toda exactitud, tal como hicieran en las ocasiones anteriores. Luego, apareció la débil efervescencia que agitaba la desabrida solución química. Hubo el conocido cambio sutil en la marcha del proceso y, como antes, el experimento pareció interrumpirse. Las corrientes de pequeñas burbujas fueron disipándose. Sin embargo, algo inexplicable tomaba forma en la solución de la que los tres hombres no apartaban los ojos. Una vez más, la cara de una mujer apareció en el tanque de cristal, una cara traslúcida como en las ocasiones previas, que dejaba ver a través de sus rasgos el recipiente y su túrgido contenido.

—Saludos, hombres de la Tierra —dijo la faz.

La poderosa mano de Nathaniel Burgman fue la que movió el interruptor que puso el campo magnético en acción. La cara pareció intentar desvanecerse y, de repente, la sonrisa fue reemplazada por una torva mueca de ansiedad. Lo que antes fuera el rostro de una bella mujer se había convertido en un semblante distorsionado por la ira.

—¿Qué es lo que habéis hecho? —chilló desde las profundidades del tanque.

—Hemos tomado la precaución de encerrarla en un campo magnético —explicó Burgman.

—Pero ¿por qué?

—Porque queremos saber mucho más acerca de usted —siguió diciendo Burgman—. Muchísimo más —precisó.

—Yo no tengo nada que decirles. Si ustedes no quieren mostrarse amistosos, es asunto suyo. Hagan el favor de soltarme.

—No, mientras no haya hablado —respondió el director—. Este campo eléctrico puede estar en acción indefinidamente si es preciso, y, aunque nosotros no sabemos gran cosa respecto su forma de vida, suponemos que, cuanto menos tendrá usted que comer, ¿no? Además, usted no está todavía bien adaptada a nuestro ambiente y si la mantenemos en él mucho tiempo quizá podría serle incluso fatal. Por lo tanto, cuanto más pronto hable, más pronto la

soltaremos.

—¿Y cómo sabrán ustedes que diré la verdad?

—No, no lo sabremos, pero la tendremos aquí guardadita hasta que lo hayamos comprobado.

Entonces la cara rompió a reír con una risa salvaje e irónica; como la risa de una diosa de la jungla. Una risa que heló la sangre en las venas de los tres hombres. Hasta el duro Nathaniel Burgman se sintió impresionado por ella.

—¡Locos humanos! —gritó la cara riendo—. ¿Qué creéis que podéis hacer contra nosotros?

—¿Nosotros? —inquirió Burgman.

—Nosotros, sí. Los del Reino de las Estrellas —replicó Yolanda —. Me exigís información. Muy bien, entonces, voy a dárosla. Durante varios años habéis estado bajo la observación de los batidores del Reino Estelar, y ahora, ahora no tenéis ni idea de la magnitud de las fuerzas que se están reuniendo contra vosotros. No vais a combatir contra otro planeta; no vais a luchar contra una galaxia. Vais a luchar contra un imperio estelar entero. Un imperio que se extiende casi hasta los límites de vuestro circulo de visión terrestre. Empleando vuestra propia terminología astronómica os diré que nuestro Imperio va desde Virgo, Bootes, Hércules y Scorpio, a través de Canes Venatici incluyendo Coma Berenices, Corvus, Hydra, Centaurus, Corona Borealis, Serpens, Ophiuchus y continúa por la Osa Mayor y más allá de Cor Caroli con la inclusión de Cignus, Lyra, Aquila, Saggitarius, Delphinus, Equules, Capricornus, Microscopium y Corona Australis… y miles y miles más, pues casi cada una de las grandes estrellas en ese Reino posee un sistema planetario. Yo misma procedo de un planeta que gira en torno a Spica. Y ese gran Imperio ha decidido que el sistema solar tiene que ser conquistado; vuestro sistema solar.

»Si cedéis y estáis conformes en convertiros en un miembro vasallo del Imperio Estelar, ningún daño serio caerá sobre vuestro planeta; tendréis tan sólo que satisfacer algunas demandas y pagar unos impuestos, y quedaréis supeditados al gobierno del Emperador de las Estrellas, aunque se os dejará cierto poder local. En verdad, será mucho mejor para vosotros que os rindáis. Por lo que a mí respecta, como sea que poseo unos cuantos dones extraordinarios, entre ellos el de poder trasladarme por la cuarta dimensión, se

decidió que yo, junto con algunos otros spicanos, deberíamos investigar vuestro planeta directamente y, si fuera posible, establecer contacto con vuestra gente.

»Creo que fue completamente por accidente que con una máquina que tienen esos hombres que dicen llamarse el uno Taraconda Grimwood y el otro Manfred Hutton, me ha sido posible establecer contacto con ustedes, aunque la máquina no fuera construida para ese propósito. Ahora me tienen ustedes cogida en su campo magnético; yo les he dicho todo lo que puedo. ¿Querrán, pues, por favor, soltarme?».

—Me temo que por el momento todavía no podemos —respondió Nathaniel Burgman.

—¿Por qué no?

—Porque quedan aún ciertos factores que usted aparentemente parece no saber y que son de importancia vital para el futuro de nuestro planeta —y con sus palabras Burgman quería referirse al cohete lunar y la suerte que podía haber corrido. Le preocupaba lo que había podido sucederles a aquellos pioneros, si es que habían caído como peces descarriados en las redes de una vasta fuerza invasora.

—Vamos, siga hablando —conminó otra vez a la chica.

—¿Y por qué debo hacerlo? —preguntó ella enfurruñada.

—Sencillamente porque deseo saber más cosas —respondió Burgman—. Recuerde que su eventual libertad depende de su cooperación. No vamos a retenerla ni un minuto más de los necesarios para la seguridad y defensa de nuestro planeta.

—Muy bien —dijo ella, suspirando resignadamente—. ¿Qué es lo que desea usted saber ahora?

—En esos regimientos interestelares que se están formando en la Luna. ¿Hay algunos humanoides entre ellos? ¿Gente como usted misma que pueden ser tomados como habitantes de la Tierra?

—Oh, sí, varios. Por lo menos un planeta de cada cincuenta o sesenta de nuestro Imperio posee una raza humanoide sumamente avanzada que es muy similar a la terrestre.

—Gracias. Muchas gracias. Ahora, veamos: usted, Grimwood, y usted, Hutton y yo mismo, tendremos que guardar todo este asunto secreto por el momento. Tendremos que quedarnos aquí y mantener este campo magnético. Creo que sería una buena idea que tendieran

una línea de reserva en caso de que hubiera alguna interrupción o algún imbécil se estrellara con un aeroplano contra la línea de alta tensión. Yo voy a ponerme en contacto con algún pez gordo del servicio de seguridad. Verdaderamente, no sé todavía qué es lo que voy a hacer, pero tengo algunos compañeros de armas que puede ser muy bien que piensen algo bueno. Ustedes se dan cuenta de qué es lo que me preocupa, ¿verdad?

Grimwood y Hutton asintieron, pues sus mentes estaban también puestas en el cohete lunar y la suerte de su infortunada tripulación.

CAPÍTULO XII

ALTO MANDO

El coronel Barclay Berryman era un viejo Pukka *Sahib* a carta cabal, de la vieja escuela. Podría haber sido Clive perfectamente, o haber participado en la gran rebelión india. Era un tipo fascinante que a pesar de su «bluff» y su exterior rudo; a pesar de su máscara de coronel de Music Hall retirado cuyos labios parecían tener siempre a punto la palabra «Boundah», poseía debajo de esta fachada un cerebro claro, frío como el hielo y de reflejos de relámpago. El cerebro de un brillante jefe de seguridad.

Era un hombre corpulento, bastante obeso. Su cabello, o lo que quedaba de él, era de un gris de hierro, más gris que hierro, y en su ojo izquierdo usaba un monóculo cuyo cordoncillo se deslizaba por encima un hirsuto bigote militar. Era la verdadera figura de un asno presumido. Sin embargo, detrás de esa figura que él había creado deliberadamente, se escondía la personalidad del magnífico jefe militar que en verdad era.

Llamó un teléfono. Uno de los muchos que cubrían su mesa. Algunas veces, para vergüenza suya y el consiguiente regocijo de sus subordinados, solía descolgar el aparato erróneo. Esta vez lo acertó a la primera.

—Hola, al habla Barclay Berryman. —La expresión de su cara cambió súbitamente—. ¿Quién dijo usted? ¡Nat Burgman! Tú, viejo hijo de un cañón. No te he visto desde… ¿cuándo fue, 1943? No te he visto desde entonces. ¿No estabas en África ocupado en *aquello*? Oh, claro, no podemos hablar de eso por teléfono, ¿no crees? Desde luego, allí es donde nos vimos por última vez. Bien, viejo amigo, es terriblemente amable por tu parte que me hayas llamado. En medio de todo, el poder oír de nuevo a un hombre realmente hombre

cambia un poco el ambiente. Un verdadero placer. Aquí estoy rodeado de idiotas y pasmarotes, tipos civiles casi todos. Pero, vamos a ver. Evidentemente no me habrás llamado por pura cortesía. Gracias a Dios no eres de esa clase de tipos. Veamos, pues, ¿qué te pasa? ¿Que has visto qué? Vengo en seguida. Tú estás en la Universidad todavía. En un momento estoy aquí. Espérame dentro de cuatro minutos y medio a partir de ahora, siempre que no nos atasquemos en el maldito tráfico. ¡Donaly! ¡Donaly! Tú, chusquero inútil, ¿dónde está el coche? Me oíste decir que quería estar en la Universidad dentro de cuatro minutos y medio. Ya tendría que estar a la puerta. ¡A la puerta, pedazo de leño patituerto!

—Sí señor —profirió jadeando Donaly, y desapareció en busca del coche del coronel.

Cuando Barclay Berryman tenía prisa, todo se detenía, y Barclay Berryman tenía prisa a menudo y cuando eso ocurría, él esperaba que todo estuviera a punto esperándole. Si no era así, entonces el cielo se venía abajo. Donaly había sido piloto de carreras en los primeros tiempos de su profesión, antes de ingresar en el Ejército. Entonces se le conocía por Donaly el «Topetazo» y, efectivamente, había recibido tantos de ellos que al final las lesiones sufridas le imposibilitaron de continuar las competiciones. En vista de ello, se las arregló de manera que logró obtener el puesto de chofer del irascible Barclay Berryman. Y aunque Donaly «Topetazo» no estaba en condiciones de lanzarse por las pistas de los circuitos de carreras, era perfectamente capaz de conducir un coche ordinario con más pericia y mucha más velocidad que el conductor de tipo medio. Donaly y Barclay Berryman se acoplaban, pues, el uno al otro.

El trayecto hasta la Universidad fue cubierto exactamente en cuatro minutos y medio. Dejando que Donaly aparcara el coche en cualquier parte, el encendido Berryman pasó por las puertas como una tromba y apretó el botón del ascensor como si disparase un proyectil balístico intercontinental.

Aquella impetuosa llamada pareció dar vida al metal inanimado del ascensor, pues, como si comprendiera que era requerido urgentemente, se deslizó hacia abajo más rápido que de costumbre y con un gemido aún más pronunciado. Berryman estaba ya dentro antes de que las puertas de hubieran abierto del todo. Apretó el botón de subida con dedo imperioso y el ascensor salió disparado

hacia arriba tan pronto las puertas de seguridad se cerraron de golpe.

Alcanzado el piso donde ya sabía se encontraba el laboratorio en que Burgman le indicara, le estaba esperando, Barclay Berryman se dirigió hacia allí rápidamente.

El coronel fue a abrir la puerta, pero ésta no cedió. Furioso se puso a gritar:

—¡Burgman, zoquete incompetente! Me has dejado encerrado ahí fuera.

El ogro benigno acudió a abrir la puerta, con la risa escondida en su garganta.

—Encantado de verte, Barclay. Entra y echa una mirada a esto. ¿Lo ves?

—¡Buen Dios! —exclamó Berryman—. ¿Qué diablos tenéis aquí? ¿Una mariquita? ¿Una sirena?

—Ninguna de las dos. Por todo lo que sé, *es una extranjera procedente del espacio exterior* —explicó Burgman— y la parte más interesante del asunto, mi querido coronel, es la siguiente: según ella, una flota invasora perteneciente a un imperio estelar completo, una potencia intergaláctica que comprende a miles de astros, está en la Luna, lista, y a punto de adueñarse de nuestro sistema solar.

—No me digas —pudo proferir tan sólo Barclay Berryman. No hubiera quedado más asombrado si los australianos hubiesen perdido o ganado el Campeonato de *Cricket* cuando él hubiese predicho un resultado contrario, ya que éste juego era la vida para Barryman, aparte de los trabajos en Seguridad que le ocupaban casi todo el tiempo.

Miró de nuevo a la chica en el tanque de cristal.

—No está mal la moza, ¿eh? Imagínate, una chica como ésta siendo el portavoz de un imperio galáctico. Suena como de novela de ciencia ficción, como algo absolutamente increíble. Pero tendremos que hacer algo, y como que la regla primera en Seguridad es «no hables nunca delante de un agente enemigo», vamos fuera, mi querido Burgman y te diré lo que vamos a hacer.

Nathaniel y Barclay abandonaron el laboratorio mientras Grimwood y Hutton se quedaron guardando a Yolanda, encerrada por el campo magnético que envolvía el tanque.

—Verás, eso es lo que yo he pensado —empezó a decir el

coronel—: si hay un gran imperio galáctico con sus estados esparcidos por todo el universo, puede muy bien que exista un poco de caos en su administración. Tú has preguntado a esa moza si habían humanoides entre sus súbditos y ella dijo que sí. Entonces, existe una muy ligera probabilidad de que nuestros muchachos hayan sido confundidos con algunos de aquéllos, y que se les haya considerado como componentes de un destacamento de humanoides procedente de la base lunar, creo que esa pequeña contingencia puede existir. Lo que nosotros tenemos que hacer es informar a esos chicos de lo que pasa, pero informarles de manera que no lo demos a conocer al enemigo al mismo tiempo, y, por lo que pienso, sólo hay una manera de hacerlo.

—Quieres decir, desde luego, mandar otro cohete —dijo Nathaniel Burgman.

—Exacto. Y tendría que ser idéntico al primero. Tendría que ser otro 12x5 porque hay una tenue posibilidad de que los extranjeros confundan esas siglas con alguna marca de las suyas. Eso, suponiendo naturalmente que los muchachos estén vivos todavía. Esos signos pueden tener la apariencia de una matrícula extraña en alguna rara lengua. Creo que deberíamos atenernos a esta idea porque, si la tripulación del primer cohete vive aún, y de acuerdo con el primer mensaje que recibimos vivían —tuvimos suerte que esos extraños no lo captaran—, nuestra esperanza está en la confusión que habrá en tan vasta aglomeración de ejércitos hasta que no puedan localizar al entrometido que pueda incordiarles — dijo el coronel. Y añadió seguidamente—. Tienes mucha razón, Burgman, debemos mandar un segundo cohete. Me pondré en contacto con el primer ministro, aunque me parece que tendremos que pedir ayuda a los americanos, pues no creo que tengamos preparado el material necesario. Vamos a precisar también de tres voluntarios, tres hombres que estén dispuestos a llevar al valle de la muerte un mensaje que puede significar las vidas de los tres primeros pioneros. Tienen que saber en qué clase de nido de avispas se han metido.

CAPÍTULO XIII

EL SEGUNDO COHETE

Barclay Berryman era un hombre muy capaz de activar las cosas cuando se lo proponía. Era un hombre que contaba con primer ministros y presidentes entre sus amistades, y que había tomado parte en las más históricas reuniones del Alto Mando durante la guerra del
1939-1945,
que quizá ningún otro soldado británico con la excepción, desde luego, de uno o dos mariscales de campo y generales.

El coronel Barclay Berryman era un hombre que generalmente hacía que le escucharan, y esta vez hizo que le escucharan al instante.

Desde el primer ministro británico al presidente de los Estados Unidos mediaba tan solo una línea telefónica, y desde el presidente a los sistemas espaciales americanos, la distancia era aún más corta.

Treinta y seis horas más tarde, una tripulación americana fue disparada en un equivalente americano del prototipo inglés. El jefe de la expedición era el capitán Walt Williams, un duro, grande y lacónico tejano, el cual iba acompañado por el doctor Rosch Rosenblum, un individuo pequeño y vivaracho que usaba lentes sin montura y que hablaba rápidamente pensando aún más veloz. El tercer miembro del equipo era el profesor Pierre Lancoaux, un brillante francocanadiense que sabía más que muchas autoridades en materia de naves y cohetes siderales.

El cohete, un esbelto dardo de berilio como su predecesor, se abrió camino hacia arriba dentro del vacío. Un despegue perfecto. Una ruta magníficamente ajustada. En conjunto, había sido una soberbia obra de precisión; un trabajo de organización casi

inconcebible el que los americanos hubieran logrado lanzar esa nave en tan corto espacio de tiempo después de haber recibido el mensaje de emergencia.

El cohete ascendía velozmente con una velocidad siempre creciente que llegó a sobrepasar con exceso la del anterior cohete inglés. Era sólo cuestión de horas el que aquella flecha de berilio alcanzara la Luna.

—Ahora oído atento, muchachos —dijo el capitán Walt Williams —. Tenemos que comprender esos factores con absoluta claridad. Voy a repetirlos otra vez y quiero toda su atención.

—Tiene toda mi atención —dijo el doctor Rosch Rosenblum.

—Y la mía, *monsieur* Williams —añadió Pierre Lancoaux.

—La situación es ésta —explicó Williams subrayando sus palabras con movimientos de sus largos, enjutos y fuertes dedos—. En primer lugar les diré que esta es la información que me han dado a mí: allí en Inglaterra hay un individuo que disfruta del nombre de Taraconda Grimwood y que es un catedrático de ciencias o algo así. Estando dicho individuo llevando a cabo un experimento para el que necesitaba un gran tanque de cristal y una cantidad de tintes y soluciones, lo conectó todo con un isótopo de algún tipo… creo que fue un Calcio 45 lo que utilizó, e hizo pasar una corriente eléctrica a través de todo el conjunto.

—¡Sacre bleu! —exclamó Pierre Lancoaux—. ¡Quede mixture!

—Sí, suena en efecto como si debiera haber habido un buen revoltillo, ¿verdad? —asintió Williams—. Sea lo que fuere, cuando la corriente pasó por todo aquello, he aquí que, ¡pum!, aparece la cara de una bella damisela. La cara de una señora justo en medio del tanque de cristal, y la cara dice: «Hola, hombre de la Tierra». Supongo que el pobre viejo debía sufrir de presión alta o algo por el estilo, pues el caso es que se desmayó. Se apagó como una luz. Cuando finalmente recobra el conocimiento, todo es normal; la dama se ha marchado.

—Qué raro es eso —dijo el profesor Rosch Rosenblum—, por favor, capitán, ¿qué sucedió después?

—Bien, pues el tipo aquel hizo lo que cualquiera de nosotros hubiese hecho. Coge y se va directo a ver a su psiquiatra. Va el viejo estrujador de cerebros y le dice: «tan sólo para demostrarle a usted, mi querido paciente, que eso fue una ilusión, iremos a su

laboratorio y veremos si puede producir esa cara otra vez». Y ante el asombro del psiquiatra, la cara apareció de nuevo.

—¡Nom d'un Nom! —estalló Pierre Lancoaux.

—Extremadamente raro —afirmó el doctor Rosenblum.

—Esta vez, no obstante, entablaron conversación con la cara y les dijo que su nombre era Yolanda y que procedía de más allá del espacio, de un planeta que gira alrededor de la gran estrella azul Spica. Después perdieron contacto con ella otra vez. Más tarde hubo algún asunto con fantasmas o alga de eso…

—¿Fantasmas? ¿Les Revenants? —preguntó Lancoaux.

—Sí, algo parecido a eso. Levitadores para ser exacto.

—Ah, sí, fantasmas ruidosos —aclaró Rosch Rosenblum—. Entiendo. ¿Y qué más ocurrió?

—Pues que ese psiquiatra, que daba la casualidad que era un amigo de Grimwood, a la par que su estrujador de cerebro, se lo llevó a ver esos espíritus. Fueron a cierto lugar llamado Camberwell. Yo no estoy muy fuerte en geografía británica, pero el caso es que se fueron a ese Camberwell y allí se encontraron con que algo realmente fantasmagórico estaba en danza. Cosas que volaban por allí, es decir, ya saben ustedes lo que son esas cosas del espiritismo. Ustedes me comprenden.

—Después de haber visto cómo los objetos bailaban, el psiquiatra tuvo una idea repentina: relaciona la cara ultraterrena del tanque de cristal con esas otras cosas de allí, y les pregunta a los objetos voladores, es decir, a la cosa invisible que hacía mover los objetos, si es que me comprenden, les pregunta: «¿Eres tú, Yolanda, la cara espacial?». Y he aquí que se oye un golpe que quiere decir «sí». Al oír eso se largan a toda prisa al laboratorio y una vez allí, crean un campo magnético alrededor del tanque donde solía aparecer la cara. Repiten el experimento. La cara se presenta; el campo magnético entra en acción y la atrapan. La cara entonces empieza a cantar lo que sabe y, ¡oh, hermano!, la de cosas que dice aquella faz.

—¿Qué dice?

—Que en la Luna se está reuniendo un ejército completo intergaláctico; docenas y docenas de ellos. Aquellos pobres ingleses que fueron disparados con el primer cohete han aterrizado directamente en medio de un ejército enemigo. Entonces viene el

problema. La Inteligencia Británica no puede radiar ningún mensaje porque los extranjeros sabrían en seguida que hay unos británicos entre ellos. Así es que, allí vamos nosotros para ver si logramos pasar como uno más de las fuerzas atacantes y de este modo acercarnos a los ingleses para decirles lo que sabemos. Les diremos que ellos y *nosotros*, ¡suponiendo que lleguemos enteros! —Y el capitán sonrió lacónicamente—, nos encontramos en el centro justo de una gran Armada de Invasión. Y yo conozco otros lugares mucho más saludables…

—Y todo eso, ¿es verdad? —quiso saber Pierre Lancoaux.

—Tan verdad como que estamos yendo hacia allí con este cohete —contestó el tejano.

CAPÍTULO XIV

PAISAJE LUNAR

Cayne Lester, Paul Ambrose y Fritz Fleiss, se quedaron mirando con desconcertada incredulidad a los extraños que les entraron por la cámara estanca. Habían esperado encontrarse con monstruos; cosas con pieles, con plumas o con aletas; gentes de alguna fantástica composición cristalina. No podían estar muy seguros de lo que esperaban ver, pero, fuere lo que fuere lo que imaginaron, no fue esto, pues, en aquellos momentos se hallaban confrontados *con dos seres humanos completamente normales*.

—Yo no creerlo —dijo Fritz Fleiss—. ¿Quién sois vosotros y de dónde venís?

—Sí, ¿cuál es vuestro planeta? —añadió Cayne Lester.

—Oh, Sarataca 17 —dijo una voz que salía de una especie de caja negra que el jefe de los extranjeros sostenía entre sus manos—. ¿Y vosotros, de dónde sois?

Cayne Lester sabía que para salir de esta situación de pesadilla, insensata y loca había una única solución y ésta era el «bluff», baladronar, por lo que, dirigiendo una rápida mirada a sus compañeros, y hablando más bien hacia el negro instrumento de traducción que no al personaje, contestó:

—Oh, acabamos de llegar de Skatawayo 24.

Un sonido extraño salió por el otro extremo del aparato que hizo que el extranjero asintiera con la cabeza felizmente.

—¿Habéis tenido un buen viaje? —preguntó—. Vuestra nave no es muy moderna que digamos.

—Sí, sí. Todo fue como una seda. Gracias.

—¿Con qué contingente habéis venido a reuniros? —siguió preguntando el recién llegado.

—Pues todavía estamos aguardando instrucciones definitivas sobre este punto —aseguró Cayne Lester siguiendo en su ficción.

—Oh, puede que incluso seáis enviados a reuniros con nosotros —replicó el extraño—. No hay muchos humanoides por aquí. No es que seamos pocos, pero algunas tardan bastante en llegar.

—Debemos estar ya muy cerca de la totalidad de las fuerzas necesarias para emprender el trabajo proyectado, ¿no? —preguntó Cayne Lester que no tenía ni idea de lo que el «trabajo proyectado» era, pero que estaba improvisando astutamente y tratando de mantener el interés de su oponente.

—Oh, no —contestó éste—. Todavía tienen que llegar unas 1.000 o 1.500 naves más…

—Ah, claro. Qué tonto soy. Debería haber echado una ojeada mejor a mi alrededor antes de preguntar —dijo Lester, mientras que su mente se decía: ¿Qué es lo que debemos estar haciendo aquí? ¿Qué puede esto significar? Su cabeza era una gran confusión de pensamientos entremezclados. Aventuró otra pregunta al extranjero:

—¿Quién es el comandante en jefe de esta operación que vamos a emprender?

Aquel personaje forastero pareció sorprendido.

—La operación está bajo el mando de los jefes de la sección galáctica. ¡Vosotros debéis estar fuera de contacto con vuestro planeta!

—Sí, en efecto… Es que estamos todavía en un estado de desarrollo muy primitivo —contestó Cayne Lester.

—Entiendo. ¿Tenéis todo lo necesario? —inquirió el extraño. Y sacando una especie de instrumento calculador de su bolsillo, añadió—: ¿Queréis decirme otra vez el número de vuestra nave?

—12x5 —respondió Lester.

Una sombra de perplejidad apareció en el rostro del extranjero.

—Me parece que no lo tengo registrado… ¡Oh, sí, aguarde un minuto! —De su bolsillo extrajo un pedazo de papel que mostró al capitán y en el que podía verse un «1», algo que podía haber sido un «2» con una cola bastante retorcida y combinada con una «x» que era mitad «x» y mitad el signo «+». Al final había algo parecido a un «3»—. ¿Podría ser esto? —preguntó.

Cayne Lester, a quien aquellos signos le habían parecido escritura árabe más que otra cosa, se apresuró a responder:

—Sí, en efecto. Esto es.

—Estupendo —replicó el extranjero—, hace tiempo que os esperábamos. Eso está muy bien. Ahora veamos. ¿Habéis dicho que tenéis todo lo necesario? ¿Estáis bien aposentados? ¿Tenéis adecuado oxígeno?

—Sí, si. En caso de que precisáramos de algo os lo comunicaríamos en seguida —dijo Lester— y tan pronto como tengáis instrucciones concisas para nosotros, os agradeceremos nos las pongáis en conocimiento.

—Desde luego, desde luego —crujió la caja negra. El extranjero dio entonces una media vuelta y, consultando todavía su instrumento calculador acerca de la matrícula del cohete, se encaminó hacia la salida. Apenas habían pasado la puerta de la cámara estanca que ya ésta se les cerró detrás de ellos y entonces Cayne Lester soltó un gran suspiro de alivio.

—¡Donner und blitzen! —profirió jadeando Fritz Fleiss.

—Una verdadera aventura —manifestó Paul Ambrose—. Ahora, mi querido capitán, creo que haríamos bien en meternos unas cuantas verdades en nuestras cabezas. En primer lugar, es evidente que esa gente nos ha tomado por otros. Es obvio que esos seres son ciudadanos de un imperio tan vasto que debe ser a todas luces un imperio intergaláctico. Y, a propósito, aquella referencia suya a un planeta y número completamente imaginarios, creo que fue brillantísima. Pues, como decía —continuó el doctor atisbando a través de la portilla— miremos tan sólo a la cantidad de razas diferentes que están aquí representadas. Sería imposible de encontrar una selección más cosmopolita. Ved allí, gente hormiga, gente como insectos, cosas como calamares gigantescos, otros que parecen gorilas o monos antropoides. ¡Mirad aquel bruto escamoso de allí! ¿Qué es lo que son? ¿Cosas? Hay vida reptil, y hay también aquellas fantásticas cosas hechas de cristales, y, qué me decís de eso… —exclamó, señalando algo que rodaba por el suelo. Algo que, aunque de buenas a primeras tenía todo el aspecto de un rojo neumático gigantesco, examinado de cerca no podía ser otra cosa que una manifestación de vida de un tipo u otro—. Alguna especie de bestia rodante, supongo —añadió el cadavérico Paul Ambrose—. Qué pavorosas e increíbles selecciones de formas de vida. Yo nunca vi nada semejante. Sin embargo, lo que más nos interesa ahora es

tomar una determinación. Profesor Fleiss, ¿cuál es su análisis de la situación?

—Mío análisis es como el siguiente —dijo el alemán muy lentamente y tratando con todo cuidado de no torturar sus verbos más de lo necesario—. Nosotros, por accidente, tropezado hemos con una flota de naves espaciales extranjeras. En el Mare Imbrium alineadas están. Esto sólo puede ser parra que invadir la Tierra u otro planeta del sistema solar ellos intentan.

—¿Cree usted entonces que es una flota de invasión? —inquirió Cayne Lester—. De hecho esta misma sospecha cruzó también mi imaginación.

—A mí no duda del todo es —dijo flemáticamente el germano.

—En efecto, yo me siento también inclinado a pensar como el profesor —declaró el doctor Ambrose—. No hay duda de que es una fuerza invasora que se dirige a la Tierra, o se dirigirá dentro de poco. Por otra parte, como que a causa de su tamaño hay una confusión considerable, nos han tomado por alguno de sus propios contingentes procedente de algún astro lejano. Afortunadamente, usted dio con un lío de letras que sonó como si fuera en efecto uno de sus planetas, quizás hasta aquella caja ayudó a engañar las orejas de aquel extraño con algo que le pareció inteligible. A menos, desde luego, que no estén jugando con nosotros como el gato con el ratón.

—Siempre existe esa posibilidad, sabe usted —dijo Cayne Lester —. Si por lo menos tuviera alguna confirmación de lo que está sucediendo. ¿Creen ustedes que deberíamos radiar a la Tierra todo cuanto pasa ahí arriba?

—Bien, si lo hiciéramos sería tanto como descubrirnos, ¿no creen?

—Fue una desgracia que enviásemos aquel mensaje ayer noche acerca del buen viaje y demás, y las muestras tal como quedamos.

—Puede, pero si esa gente no sabía donde el mensaje iba dirigido, eso no nos señalaría como terrestres. Pudimos haberlo radiado a cualquier parte.

—Pero sería absurdo —dijo Ambrose, interviniendo de nuevo— radiar hacia un planeta que está separado por varios miles de años luz.

—Quizás ellos no utilicen ni radio siquiera —dijo Cayne Lester —. Quizá sólo lo usen cuando ya han preestablecido

deliberadamente cómo y cuándo hacerlo. Evidentemente, la mayoría de esas naves son capaces de viajar a velocidades superiores a la de la luz y mucho más. Algunas de ellas parecen incluso capaces de trasladarse a través de la cuarta dimensión, o hacerlo electrónicamente. Probablemente se funden en algún tipo de rayos electrónicos pudiendo moverse de esa manera a fantásticas velocidades como energía pura. Luego, al alcanzar su destino, retornan nuevamente a su forma primitiva, lo cual significa una especie de recondensación, ¡qué sé yo! Supongo que los escritores de ciencia ficción deben tener un nombre para eso. Pero ahora no es tiempo para pensar en vocabularios técnicos. Lo que interesa ahora es mantener la cabeza fría y clara.

—Con usted estoy yo en acuerdo —dijo Fritz Fleiss.

—Claro, claro —asintió Ambrose mientras ordenaba la sintaxis del alemán. Él era un hombre que mantenía su mente clara ante el peligro. Evidentemente, había sido una buena elección para la expedición.

—Vamos a suponer —continuó diciendo el doctor— que toda esa «gente» han sido traídos de todas las regiones de un imperio galáctico y que todo esto forma parte de alguna operación invasora. Supongamos que han llegado aquí desde todos los rincones de un fabuloso imperio estelar con el designio expreso de desencadenar una invasión sobre la Tierra y, si fuese posible, sobre los otros planetas de nuestro sistema solar. Hasta ahora la suerte ha estado de nuestro lado, pero no tenemos ningún medio de conocer hasta cuándo va a ser así. De manera que nuestra posición es ésta: Nosotros estamos aquí; ellos creen que somos unos de ellos. Pero, por otra parte, nosotros no nos atrevemos a dar aviso a la Tierra porque tememos que ellos intercepten el mensaje, y si nosotros avisamos a la Tierra para que prepare sus mecanismos de defensa, entonces ello puede precipitar el ataque de los extranjeros aunque, por otra parte, quizás esa gente no estén realmente preparando ningún ataque. Verdaderamente, no sé qué pensar.

—A mí no me parece una visita amistosa —dijo Cayne Lester—. Creo que lo mejor que podríamos hacer es tratar de entrar en contacto con ellos.

Podríamos decir, por ejemplo, que nos estamos quedando sin oxígeno o alguna cosa de esas, y ver si podemos de esa manera

entrar en relación con alguna de esas otras naves. Si pudiéramos obtener una de las cajas negras de traducción sería una gran ayuda…

—Jah —intervino el alemán—. Muy mucha ayuda eso sería.

—Me pregunto si en la Tierra tendrán algún indicio de lo que está sucediendo aquí arriba —dijo Paul Ambrose.

—Me inclino a dudarlo —dijo Lester mientras retorcía su gigantesco bigote—. No veo cómo podrían ellos saberlo.

—¿Sabéis? —dijo Ambrose—, éste es uno de aquellos Momentos de Verdad. Una de aquellas extrañas ocasiones en que me doy cuenta que mi mente está llena de perturbaciones y tengo que liberarme de ellas y pacificarme recordando otra de las grandes Odas del majestuoso Horacio. Espero que me sabrán perdonar si les abrumo con un poco más de mi latín —dijo con una tenue sonrisa.

—Bueno, por el momento no creo que podamos hacer nada mejor, ¿no es así? —aprobó Cayne Lester, sonriendo a su vez.

—¡Jah! En silencio sufriremos —dijo Fritz, sonriendo también con su grave estilo germánico.

—Escuchad, pues —exclamó Paul Ambrose— ved si no hay una maravillosa energía, fuerza y belleza en las palabras:

«O diva gratum quae regis Antium
Praesens ver imo tollere de gradu
Mortale corpus vel superbos
Vertere funeribus triumphos
Te pauper ambit sollicita prece
Ruris colonus, te dominam aequoris,
Quincuncue Bithyna lacessit
Carpathium palegus carina».

—En efecto, palabras maravillosas —convino Cayne Lester—, pero ahora que ha terminado sus recitales, ¿se le ha ocurrido alguna sugerencia práctica de cómo podemos entrar en relación con aquellos tipos de allá, aparte de decir que hemos terminado el oxígeno o algo por el estilo?

—Yo creo que sería sospechoso —declaró Paul Ambrose— que ahora nos fuésemos detrás de ellos.

—Jah. Con usted de acuerdo con todo el corazón estoy, sí —dijo

Fritz.

—No deja de ser un consuelo —dijo Cayne Lester.

—Creo que lo mejor es que nos tranquilicemos y hagamos algunas observaciones sin importancia que no nos descubran la identidad —dijo Ambrose— y, mientras, intentaremos construir un plan de acción. Si nos vamos directamente detrás de aquel tipo podríamos muy bien despertar sus sospechas. Puede que ya le hayamos dado algún motivo de desconfianza y si ahora le diésemos otros motivos adicionales, la suerte estaría definitivamente echada.

—Estoy de acuerdo entonces —dijo Lester—. Nos echaremos por un rato.

Las horas fueron pasando lentamente.

—Me parece que ya hemos esperado bastante —dijo Ambrose—. ¿Qué dice usted, capitán Lester?

—Sí, me parece que sí. Otros diez minutos y seguidamente…

—¡Qué en cielo es aquello! —preguntó Fritz Fleiss repentinamente, yendo hacia la portilla de observación. Un coloso lunar casi idéntico al suyo apareció ante sus ojos.

—Caramba, señores. ¿Saben ustedes lo que es esto? Miren el condenado número que lleva: 12x5 de nuevo. Alguien desde la Tierra debe haberlo mandado detrás de nosotros.

—No necesariamente —dijo Paul Ambrose—. Puede que sea el verdadero 12x5 que ellos estaban esperando. ¿No dijo aquel individuo que nuestro número se parecía vagamente a ése?

—Más que vagamente Con un poco de imaginación, era un 12x5. Ahora bien, si esto de «nuestra izquierda» es el real 12x5, estamos en el pote —concluyó diciendo Cayne Lester mientras retorcía de nuevo su magnífico bigote.

—Y si fuera, como usted sugirió, alguien procedente de la Tierra —replicó Ambrose—. ¿Por que utilizarían nuestro mismo número?

—Para que nosotros supiéramos que es uno de los nuestros — exclamó Lester con prontitud—. Supongamos que de alguna manera, alguien en la Tierra se ha enterado de lo que aquí se planeaba. Lógicamente, su mayor preocupación sería nuestra suerte de la misma manera que la nuestra son ellos. Por lo tanto, la única cosa que les era dable hacer era mandar otro cohete.

—Pero ¿habrán podido tenerlo listo con tiempo suficiente? — protestó Paul Ambrose.

—Es posible, ja —replicó Fritz Fleiss.

—Bueno, si usted lo dice, profesor. Pero sería un hecho muy notable si es que este cohete viene de la Tierra. Me imagino que sólo los americanos pueden haberlo hecho con el material que tenían preparado. ¿Creen que podemos arriesgarnos a establecer un radio contacto con ellos?

—Nein. Sería la menos prudente cosa que haser podríamos.

—Tiene razón, en efecto —asintió Ambrose—. Lo mejor es que alguien se ponga uno de esos trajes protectores y vaya hasta allí a ver qué sucede.

La vestimenta protectora, o «equipo de supervivencia» como se le llamaba, estaba magníficamente diseñado. Tenían tres capas de lámina de aluminio de una especie similar a la que se utilizó para los primeros satélites ECO, pero de un grueso más substancial. Debajo de éste el operador lunar vestía un traje interior de cordoncillo sobre el cual llevaba todavía como una funda para la ventilación y mantenimiento de la presión. Un tanque de oxígeno líquido iba adaptado al traje, así como también un receptor-emisor de radio.

A causa de la repentina transición que entre la luz y la oscuridad se registra en la Luna y que tan perjudicial podía ser a los ojos, el equipo estaba provisto de un par de lentes polarizadas adaptadas a un visor antideslumbrante. En el casco había incorporados, además, un dosímetro y un indicador Geiger. Para un mejor sistema de identificación, cada traje era de color distinto.

Metido en su equipo de láminas de aluminio que le daba el incongruente aspecto de un buzo, Cayne Lester se encaminó hacia la cámara de aire y de allí a la superficie de la Luna.

Embargado por unas emociones parecidas a las que Colón debió sentir cuando sentó pie en el gran continente que había descubierto, el joven piloto de prueba británico cuyos pies eran los del primer ser humano que hollara al satélite, emprendió su camino en dirección hacia aquella nave que llevaba las mismas siglas de identificación que la suya.

Los correctores de calor y humedad de su traje funcionaban perfectamente. El mantenedor de presión y la chaqueta calorífica controlada eléctricamente trabajaban también como debían. No tuvo, por tanto, ninguna dificultad en alcanzar su objetivo y una

vez allí, golpeó cautelosamente la puerta estanca exterior.

A través de su sistema de audición que deliberadamente puso en condiciones de percibir las sensaciones externas puesto que, de no hacerlo así habría vivido en un mundo de completo silencio. Cayne Lester pudo oír el sonido metálico de una puerta corredera en el interior de la nave. Los sonidos continuaron y, repentinamente se abrió la compuerta que tenía enfrente. Se introdujo en el interior de la cámara y la puerta se cerró tras él. Instintivamente percibió cómo se estaba inyectando aire en el compartimento. Luego, la compuerta interior fue abierta y vio a tres humanoides dentro del cohete. Si aquellos seres pertenecían o no a la Tierra, él no tenía ningún medio de conocerlo. Levantó el visor de su casco y se les quedó mirando pareciéndole ver que en ellos había algo muy muy terrestre.

Uno de los hombres era alto, de sobria apariencia, enjuto y poderoso. Pudiera haber pasado por un pistolero de los tiempos románticos del lejano Oeste… Los otros poseían también aspecto humano aunque singularmente contrastado. Había un hombre de estatura y complexión medianas, que usaba lentes sin montura y cuya apariencia era vivaz aunque con el aspecto de poder ser un tanto sutil. En cuanto al último de los tres, era también alto y de aspecto distinguido pareciendo carecer, sin embargo de algo de la fortaleza física de aquel otro hombre enjuto y bronceado a quien Cayne. Lester había considerado desde el primer momento como un Bat Masterson del siglo veinte.

Fue el capitán inglés el que habló primero.

—Hola, muchachos, mi nombre es Cayne Lester.

Una mano dura y bronceada se le acercó y atenazó la suya a través del espeso aluminio de su traje espacial.

—Chico, estoy encantado de verle. Al principio no sabía si era usted alguna especie de humanoide —hablaba con un acento duro, seguramente tejano—. Mi nombre es Walt Williams, capitán de esta nave. Tengo el gusto de presentarle a mis colegas, el doctor Rosen Rosenblum —el hombre pequeño y sutil con los lentes al aire, se adelantó, y sonrió—. Y éste es el profesor Pierre Lancoaux, un francocanadiense…

—Encantado de conocerle, *monsieur* —dijo el francés.

—El placer es mío, señor —contestó Cayne Lester—. Estoy muy

satisfecho de conocerles a todos ustedes, caballeros. Y ahora, ¿me permiten que les pregunte la razón de que hayan sido enviados tan rápidamente? Veo, además, que no han demostrado sorpresa al ver tantas naves a nuestro alrededor…

—Bien, esa es una larga historia —dijo el americano—, pero… creo que no está usted solo, ¿verdad?

—No; tengo otros dos miembros en mi tripulación —contestó Lester.

—Entonces, yo pienso que lo mejor que podemos hacer es reunimos todos, ya sea en mi nave o en la suya, y hablaremos sobre muchas cosas —propuso el tejano—, porque hay muchas cosas que usted sabe y nosotros no, y al revés, por tanto, hablando entre todos será más fácil decidir algún proyecto de acción.

—Un plan excelente —asintió Lester—, y sugiero que se vengan ustedes a mi nave; probablemente despertaremos menos sospechas. Nosotros ya hemos establecido contacto con esos extranjeros.

—En este caso, nos pondremos los trajes y marcharemos en seguida —dijo el americano—. Aquí en la compuerta estanca hemos colocado una cerradura de seguridad, una precaución que discurrimos a última hora, de manera que no se puede abrir sin una llave.

—Una idea estupenda —aprobó Cayne Lester.

Unos minutos después, cuando ya los tripulantes del cohete se hubieron endosado sus trajes, cuatro figuras ataviadas con hojas de aluminio andaban por la polvorienta superficie del Mare Imbrium en dirección al cohete original 12x5.

CAPÍTULO XV

SUBTERFUGIO

Llegaron al 12x5 inglés sin ningún contratiempo y, después de atravesar el compartimento estanco, se sentaron lo más cómodamente posible sin quitarse los trajes espaciales sino que, levantando tan solo los visores de sus cascos, empezaron uno y otro a exponer sus puntos de vista, y a discutir su situación.

El alto tejano fue el primero en hablar después de que hubo sido presentado al doctor Paul Ambrose y al profesor Fritz Fleiss.

—Ahora, caballeros, la historia es como sigue —empezó diciendo el tejano—. Poco después de partir ustedes, hubo un viejo profesor de Ciencias llamado Taraconda Grimwood el cual descubrió que un experimento sobre el que estaba trabajando se le estaba yendo de la mano y que en vez de funcionar como debía hacerlo, lo mostró en cambio la cara de una mujer que dijo que venía del espacio exterior.

»Después este viejo profesor, junto con un amigo suyo que era psiquiatra, montaron un campo magnético y atraparon a esa joven, la extranjera espacial, que estaba tratando de aparecer y desaparecer. Una vez la tuvieron cogida empezaron a hacerle preguntas… Cuando me contaron eso me vino a la memoria el cuento de aquel irlandés que encontró al enanito del bosque y agarrándole fuertemente le dijo que no lo soltaría hasta que no le dijera dónde se hallaba el manantial de su oro. Pero estoy divagando y no tenemos tiempo para digresiones. El caso es que las noticias que finalmente obtuvieron de aquella mujer del espacio exterior que dijo llamarse Yolanda, les dio a conocer que había una gran fuerza de invasión estacionada en la Luna, y dispuesta para atacar a la Tierra.

—Así que es eso —dijo Paul Ambrose.

—Tanto como yo lo había adivinado así —añadió Fritz Fleiss.

—Como iba diciendo —prosiguió el alto tejano—, esa fue la situación en que nos hallamos en la Tierra. No podíamos establecer radio contacto con ustedes por miedo de que el enemigo lo interceptara, y la única esperanza que manteníamos era de que la flota enemiga les hubiera confundido por algunos refuerzos procedentes de uno de sus pequeños y lejanos planetas, y también por la confusión que entraña la organización de una gran armada integrada por tantos componentes extraños entre sí. Recuerdo algunas de las operaciones de la pasada guerra en las que intervinieron contingentes americanos, británicos, franceses libres, polacos libres, portugueses, voluntarios y toda clase de gentes y en los que las cosas, algunas veces iban por sendas caóticas. En el caso de ustedes, sabíamos que su única oportunidad estaba en que no fueran localizados como seres terrestres, y sí tomados por refuerzos.

—Ahora ya todo es perfectamente claro —confirmó Cayne Lester —. Y supongo que, a causa de que era imposible comunicar por radio, les enviaron a ustedes para avisarnos, ¿no es eso?

—Sí, eso fue —respondió el americano—. Fuimos enviados para prevenirles y, si era posible, para ver si podíamos hacer alguna cosa para detener esa invasión.

—*¿Detenerla?* —repitió Cayne Lester. La idea no se le había ocurrido nunca y, súbitamente recabó toda la importancia de ella—. Todos mis pensamientos estaban dirigidos hacia la retirada — confesó.

—Así lo habría hecho también yo —dijo el tejano— y creo que también todo el mundo con sólo echar una ojeada a todo el equipo que tenemos ahí fuera. Pero eso fue una impresión que tuve yo, de que además de consultarles y prevenirles, quizá podríamos trazar algún plan que beneficiara a la Tierra. Y sé también lo que ha venido a mi mente después de haber contemplado a toda esa pandilla que nos rodea, y eso es…

—No es necesario que lo diga —interrumpió Cayne Lester—, lo sé.

Pero fue el profesor Fritz Fleiss con su fantástico inglés el que tradujo a palabras los pensamientos de todos.

—Si esta flota de invasora la Tierra ellos atacan, toda terminado

será en la Tierra, sí —manifestó.

—Precisamente —dijo Paul Ambrose— lo ha expresado usted muy concisamente, mi querido profesor. Con las palabras adecuadas —añadió, no sin que un deje de ironía se entreviera en la voz del doctor.

—Entonces, ¿qué creéis que podemos hacer? —preguntó el tejano.

Cayne Lester estaba contemplando la vasta extensión de aquella flota exótica a través de la portilla de observación.

—Únicamente me viene a la memoria Drake y sus barcos de fuego cuando se halló enfrentado con una fuerza española superior —dijo—. Pero no creo que eso nos ayude mucho, y no creo tampoco que encontremos buenas ideas en la Historia. En aquellos tiempos tenían el valor, tenían iniciativa, pero carecían de tecnología. Eso fue su inconveniente.

Los componentes de las dos tripulaciones quedáronse sentados en silencio sumidos en sus pensamientos.

—¿Un cigarrillo? —propuso el alto tejano sacando un paquete de cigarrillos que hizo circular alrededor.

Cayne Lester tomó uno. Paul Ambrose declinó la oferta. El alemán cogió otro y también lo hicieron Rosch Rosenblum y Pierre Lancoaux.

—Esta es una cosa que podemos hacer, aunque no debiéramos, supongo. Se come al precioso oxígeno…

—¡Oxígeno! —exclamó Cayne Lester—. Aquel humanoide que vino a vernos dijo que nos daría oxígeno extra si lo necesitábamos. No me costaría nada hacerle una visita diciéndole que uno de nuestros cilindros es defectuoso, y si nos podía dar algo. Esa es una buena excusa para ir a verles. Ahora bien, si vamos a verles… —El capitán hizo una pausa, pensativo—. ¡Ya lo tengo! —exclamó—. Escuche, capitán Williams.

—Oh, llámeme solamente Walt. Suprima las formalidades… seamos amigos. Demonios, somos lo suficientemente pocos para permitirnos el ser informales.

—Muy bien, entonces, escuche —prosiguió Cayne Lester—. Si pudiéramos preparar una explosión de alguna clase después de decirles a esa gente que hemos observado… por mediación de una trayectoria de largo alcance, o que hemos captado una emisión de

la Tierra con nuestra longitud de onda más remota… Podríamos decirles que la Tierra sabe que estamos aquí y que están ya disparando proyectiles; que creemos que la tecnología terrestre está lo suficiente adelantada para alcanzar con proyectiles cualquier parte de la Luna. Eso quizá les asustara.

—¿Y qué pasará si examinan los restos de la explosión?

—Supongo que no podrán sacar mucho en claro si la preparamos cuidadosamente.

—O.K. Es una buena idea. Pero qué hay de esa Yolanda. ¿Qué pasará si ella les ha puesto ya al corriente de lo que sucede? ¿Y si hay más de una como ella?

—Eso es algo que tendremos que arriesgar. Personalmente, soy de la opinión de que más bien será una especie única. No puede haber muchos de sus aliados que deseen desaparecer a través de la cuarta dimensión, o sea lo que sea lo que esa chica es capaz de hacer. Y, de todas maneras, el hecho mismo de que ella no haya regresado ni haya mandado ninguna comunicación les demostrará que aunque esa mujer esté facultada para viajar por la cuarta dimensión, los habitantes de la Tierra no son tan zoquetes como pudieran haberles parecido de buen principio. Ahora, si nosotros podemos explicarles la evidencia circunstancial que será demostrada por la desaparición y falta de comunicaciones de esa chica, junto con la ulterior evidencia de una explosión que no podrán explicarse… y con la que espero podamos barrer del suelo una de sus naves…

—Lo que no sé es qué es lo que vamos a emplear para esa explosión.

—Combustible de cohete es la única respuesta —dijo el americano.

—Desde luego que lo es. Si les pudiéramos insinuar algo de eso cuando vayamos a buscar el oxígeno… ¿Qué os parece si les dejamos un cilindro aparentemente vacío, un inofensivo cilindro dentro del cual habremos colocado una bombita de fabricación casera?

—No veo razón por qué esa idea no pueda salir bien.

—Después, un poco antes de que la bomba deba explotar, nos largamos a toda prisa con una caja traductora…

—Si es que podemos echarle mano —replicó el americano.

—Tenemos que hacerlo. Eso será parte del trato. Nos presentaremos allí diciendo que precisamos de un poco de oxígeno y una caja traductora. Probablemente tendrán repuestos. Esas cosas deben ser artículos de uso cotidiano en esas civilizaciones avanzadas intergalácticas.

No quedaba ya más tiempo para hacer planes, por lo que Walt Williams y Cayne Lester empezaron a poner sus ideas en práctica, y una vez lo tuvieron todo preparado salvaron resuelta y rápidamente el trozo de Mare Imbrium que los separaba de la nave dentro de la cual desaparecieron aquellos humanoides interplanetarios. Después de un discreto golpe en la compuerta, se les admitió seguidamente en el interior.

El alto tejano levantó el visor de su casco.

—Se nos está acabando el oxígeno —declaró hablando hacia la caja negra que el humanoide sostenía— y me pregunto si podrían ustedes facilitarnos un poco; les hemos traído un cilindro vacío.

La caja emitió unos crujidos peculiares, y el extraño asintió; luego dijo algo en su lenguaje que les sonó a jerigonza al americano y al inglés, pero que, no obstante una vez salido por su lado de la caja resultó ser una frase que, si bien un poco metálica en el acento, era de un inglés comprensible.

—Sed bienvenidos —dijo—. ¿Necesitáis alguna otra cosa?

—Pues, sí. Nos iría muy bien una de esas… —dijo el americano señalando la caja—. ¿Tenéis alguna de repuesto? Nosotros no…

De nuevo una jerga ininteligible salió de la caja por el lado del extranjero y un aún más incomprensible galimatías fue dentro de la caja procedente de los arreglos vocales de aquel ser para salir por el otro lado convertido en un metálico aunque comprensible angloamericano. La caja iba incluso recogiendo algo del acento del tejano mientras que, cuando era Lester el que la usaba, su inglés salía un poco más regular y correcto si bien un tanto espolvoreado con expresiones militares, que eran cosa natural en el vocabulario de Cayne Lester.

—Me gustaría saber cómo funciona este pequeño aparato —dijo Lester al americano.

—¿Es que no están ustedes familiarizados con ellos en su sector? —preguntó el extranjero.

—Oh, sí… pero es que nunca he visto uno desmontado.

Qué error tan estúpido, pensaron los dos terrestres. Podían haberse ahorrado ese pequeño comentario hasta que estuvieran al exterior.

Dejaron el supuesto cilindro vacío, y emprendieron el regreso rápidamente. Esta vez no perdieron el tiempo en andar, sino que brincaron. Aprovechando la reducida gravedad, avanzaron con saltos de 15 metros, pues lo que más deseaban era aumentar rápidamente la distancia entre ellos y la nave enemiga. Habían conseguido un poco de oxígeno, y una caja de traducción y los extranjeros, en cambio se habían quedado con un mortífero envase explosivo, pero si ese envase estallaba demasiado pronto, todos sus planes quedarían arruinados.

—No me siento muy orgulloso de lo que hemos hecho —dijo el americano tan pronto entraron en la cámara de aire y pudieron levantar los visores de sus cascos—. Dejarle eso al muchacho aquel después que nos ofreció el oxígeno y todo lo demás. Se portó muy decentemente.

—Sí, pero sólo porque él cree que somos uno de sus aliados —replicó Cayne Lester—. Únicamente porque cree que pertenecemos a la banda que se está preparando para aplastar a la Tierra.

—Ya, ya —dijo el tejano—, lo comprendo perfectamente pero así y todo a mí me parece una trampa vil, y no me gusta.

—La guerra no tiene nada de divertida —dijo Lester—. Nunca ha sido divertida. En todos los años que me he pasado en las Fuerzas Aéreas nunca me he encontrado con un aviador que disfrutara arrojando bombas. Sabíamos que tenía que hacerse, de la misma manera que sabemos hay que matar a un lobo furioso. Al enemigo hay que aniquilarlo en la guerra. Si tú no lo haces con él, él lo hará contigo. Esta es la filosofía de la guerra; sencilla, despiadada, probablemente un poco inhumana, pero sirve.

—Me parece que tienes razón, pero es comportarse como una serpiente, y a mí me gusta enfrentarme noblemente y cara a cara con un tipo, y que gane el mejor.

—Oh, sí, la ética está muy bien —manifestó Lester—, pero nosotros conocemos muy poco a esos individuos.

—Mucha rasón en su argumento tenía —terció el alemán—. Usted tiene con fuego der fuego tratar.

—Muchas gracias —dijo Cayne Lester—, estoy contento de saber

que alguien apoya mi parecer.

—Yo también estoy de acuerdo con usted —declaró el siniestro y cadavérico doctor Ambrose—. Incluso en una guerra ordinaria, nacional, terrestre, para ganar es necesario que los combatientes actúen de manera violenta y despiadada. ¿Cuánta inhumanidad no vamos a necesitar ahora que no vamos a combatir a ningún otro más que a una hueste completa de extranjeros extra galácticos?

—Bien, bien, compañeros, tenéis razón —dijo el americano—, sólo es que no me gusta hacerlo así.

—Pero ya está hecho —replicó Lester— y no hay tiempo que perder. No sabemos lo que tardará aquella espoleta primitiva a soltar la caja de los truenos. Es muy posible que envíe a la nave desde un extremo del Mare Imbrium al otro. Ahora pongamos este radiorreceptor en marcha para ver si esa gente tiene algún medio de detectar alguna emisión de la que nosotros no tengamos noticia. Registre todas las bandas de onda hasta que encuentre una vacía.

—Aquí hay un magnífico silencio —dijo el doctor Rosch Rosenblum, que manipulaba el aparato.

—C'es excellent —exclamó Pierre Lancoaux, mientras escuchaba el sonido estático que salía del altavoz.

—Ahora mantén esta longitud de onda por 10 segundos, y entonces podremos decir que hemos recogido un mensaje de nuestros enemigos de la Tierra diciendo que hay un proyectil, un rayo o cualquier tipo de arma que queramos, dirigido contra las fuerzas invasoras reunidas en el Mare Imbrium, como advertencia para que se dispersen sin intentar bajar hasta el planeta. Podríamos también contar que hemos oído decir que habían capturado a un espía.

—¿Cree usted que eso será prudente?

—Sí, así lo creo. El conocimiento de que una de sus espías ha sido capturada y que se está incrementando la búsqueda de otros significará que, de haberlos, serán retirados.

—En efecto. Es una buena idea. O.K., capitán Lester…

—Llámeme Cayne —dijo el expiloto de las Reales Fuerzas Aéreas.

—O.K., Cayne, lo haremos.

El doctor Paul Ambrose consultó su reloj.

—Creo que esta radio ya ha estado funcionando bastante. Ya

hemos tenido tiempo de recibir el mensaje, por lo que creo que es mejor que se marchen ustedes. Diríjanse a la nave más cercana.

—Eso haremos —dijo el americano y, seguidamente él y Cayne Lester con la caja de traducir, se fueron una vez más, a toda prisa, por la superficie de Mare Imbrium.

CAPÍTULO XVI

APROVECHANDO LA CONFUSIÓN

Alcanzaron la extraña nave que habían escogido como objetivo de su misión. Un vehículo mucho más grande que la nave de los humanoides que ya conocían. Considerablemente mayor, y con una forma singularmente diferente; su plano transversal tenía la configuración de un octágono de cuya cara superior salían como torretas un número de protuberancias. A ambos lados del fuselaje y formando ángulo recto con éste, cuatro cosas con aspecto de aparatos, cortas y rechonchas, se proyectaban hacia afuera como una especie de alas. Por añadidura, un runruneo monótono se extendía por toda el área alrededor de la nave.

—¿No oyes algo? —preguntó el americano.

—No, no es posible que oigamos nada excepto a nosotros mismos en la onda corta —respondió el inglés—, pero puedo *sentir* algo. Es… espera un momento; abramos los micrófonos exteriores.

Se ajustaron sus equipos de manera que pudieran recibir cualquier sonido que pudiera producirse, y notaron como el runruneo aumentaba de manera considerable.

—¿Lo oyes tú también? —preguntó a través de su aparato de onda corta.

—Ya lo creo —fue la respuesta del americano—. Es una especie de vibración acompañada de un zumbido. Es realmente extraño. Muy extraño. No me gusta nada.

—A mí tampoco me gusta —dijo Lester—. Evidentemente, será una especie de campo protector que han establecido alrededor de la nave.

—Eso parece en efecto —aprobó el americano—, y si es así, me gustaría saber cómo vamos a pasar.

—Me imagino que si eso se toca, debe disparar algún tipo de alarma —respondió el británico.

—¿Y estás seguro de que no nos causa ningún mal? Yo he visto películas de ciencia ficción en la que alguien intentaba penetrar en un campo de esos, y *salta hecho pedacitos*.

—No, no creo que sea de esa clase. De todas maneras, voy a arriesgarme, chico.

—Y yo me voy a mantener alejado por si alguien tiene que conducir nuestros cohetes a casita —dijo el americano lacónicamente con una cínica sonrisa forzada… una risa infecta.

Cayne Lester, mientras, avanzó hacia el campo de protección. Al entrar en él, una sensación punzante le atenazó a la par que se sentía envuelto por una acción paralizante. Forcejeó tenazmente para librarse, y logró por fin dar unos pasos atrás. Por lo que a un ser humano se refería, aquella barrera invisible era impenetrable. No obstante, estaba completamente seguro de que debía haber alguna especie de pantalla a bordo de aquella nave donde su presencia fuera detectada incluso sin que hubiesen sido observados mientras se acercaban.

Y tuvo razón, pues el zumbido cesó tan repentinamente como había empezado.

—Esa pandilla debe sospechar de todos —comentó a través de su radio.

—Seguro —respondió el tejano sin que tuviera tiempo de decir más, pues en aquel instante cesó el campo protector y la puerta exterior de la nave empezó a abrirse. Ascendieron dos escalones colocados al lado del fuselaje, y penetraron al interior del compartimento estanco mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

—Veremos quién vive aquí —dijo el americano—. Me siento como Goldilocks cuando fue a ver a los tres osos…

—Sí, creo que la impresión será más o menos la misma. Por mi parte yo me encuentro como Caperucita en camino de ver al lobo, y sin ningún leñador por los alrededores —afirmó Cayne Lester.

—Vaya que sí. No es ninguna sensación feliz, ¿verdad?

La puerta interior se abría en aquellos instantes, y ante sus ojos apareció una de las más fantásticas criaturas que nunca jamás vieran. Era como un gran pulpo de constitución correosa, con un racimo de ojos verde-púrpura situados debajo de una especie de

corona de cuernos gruesos y cortos que le daban todo el aspecto de una anémona de mar. Una anémona sentada en la cima de un pulpo.

Gracias a un tremendo esfuerzo de autodominio, Cayne Lester ni tan siquiera desvió la mirada, se estremeció o ni tan sólo se mostró sorprendido, se limitó a situar la caja traductora delante de él, y le habló directamente:

—¡Hemos captado un mensaje radiofónico del planeta que estamos a punto de atacar! —dijo.

Extraños sonidos sibilantes y crujientes salieron del otro extremo de la caja. Cayne Lester estaba empezando a comprender un poco la teoría básica por la que funcionaba. Era una herramienta fantástica que parecía recoger algún tipo de onda radiónica del sujeto hacia el que estaba dirigida, y también del que hablaba. Era capaz de seleccionar frases de un «almacén» de memoria directamente del sujeto y del objeto, o si simplemente poseía una fantástica cantidad de efectos sonoros imbuidos y colocados uno contra el otro en una serie de permutaciones casi infinitas. Cayne Lester no podía ni tan siquiera adivinarlo. Se imaginó que lo que la máquina hacía era utilizar el «almacén» de memoria en alguna extraña manera especial o psicológicamente paranormal, de forma que pudiera expresar el pensamiento del orador convertido en el simbolismo y manera de hablar del oyente y, naturalmente viceversa, cuando el proceso iba al revés.

Optó sin embargo por ceder, y dejar de buscar mediante términos mecánicos corrientes el por qué de que la máquina funcionase. Marchaba, y esto era lo interesante.

—¿Qué mensaje es éste? —dijo el aparato con una voz un tanto metálica después que el octópodo hubo siseado y susurrado desde su lado de la caja.

Hablando rápidamente y con excitación, y con la esperanza de que su énfasis y acento saldrían asimismo por el otro lado, Cayne Lester dijo:

—Ya saben que estamos aquí. Uno de nuestros espías ha sido capturado y en estos momentos están instalando una red de detectores en preparación para los otros.

El extraño pulpo le interrumpió.

—¡Esto es muy malo! —exclamó.

—Terriblemente malo —asintió Lester—. Pero todavía hay algo peor. Ellos han enviado ya un proyectil de aviso hacia esta área del satélite.

—¡Pero puede darnos a nosotros! ¡Rápido! Debemos restablecer el campo protector en seguida —dijo el octópodo, y apartándose de los dos terrestres movió hacia abajo una gran palanca con uno de sus tentáculos correosos, y el zumbido que ellos ya conocían dejóse oír al momento, a lo que el pulpo exhaló el equivalente humano a un suspiro de alivio.

—Ahora, con todo el aislamiento que la nave puede proporcionarnos estaremos muy seguros —dijo—, a menos de que seamos alcanzados directamente con un arma nuclear.

Repentinamente hubo una violenta explosión. Un estallido que barrió la superficie de aquella parte del satélite con el oleaje de las ondas expansivas.

—¡Esto debe haber sido el proyectil! —exclamó jadeando aquel extraño ser, mientras sus tentáculos le llevaban camino de la ventanilla de observación de la nave—. ¡Mirad! ¡Le han dado a aquel aliado de allí! ¡Ved la nave, está completamente destruida!

—¡Oh, no! —dijo Cayne Lester con horrible acento… declamando brillantemente su papel dentro de la caja negra, a la par que seguía al extraño octópodo hacia el observatorio.

—Un terrible asunto, terrible —decía éste último—. ¿Quién hubiera pensado que en un planeta primitivo en apariencia, disponían de tanto poder? Eso servirá para demostrarnos cuan equivocados estábamos, y no sé si valdrá la pena arrostrar la pérdida de vidas que una empresa de tal índole indudablemente causará. ¿Y decís que han capturado uno de nuestros espías cuatridimensionales? —preguntó.

—Eso es lo que dijeron, e incluso dieron el nombre: Yolanda.

—Sí, sí. Recuerdo haber leído en las Proclamas que se había mandado a Yolanda. Ah, eso es malo. Muy muy malo. Deberá ordenarse a los otros que regresen en seguida. Yo me pondré en contacto con el Jefe de la Sección. Vosotros, humanoides, os habéis portado muy bien, muy bien de verdad. Ahora vamos a resumir el asunto claramente y acto seguido, como he dicho, veré al Comandante.

»Dijisteis que habíais oído una emisión de radio de la Tierra en

la que nos advertían que habían disparado un artefacto hacia aquí. También les oísteis decir que uno de nuestros espías, la mujer llamada Yolanda, había sido capturada. ¡Ah! Era una de nuestras mejores espías; hace muy poco leí uno de sus informes. En verdad, eso es muy serio, tendremos que aconsejar al Jefe de Sección que haga regresar inmediatamente todos los otros espías. Nos habíamos formado un concepto erróneo de esos terrestres; es evidente que existe algo más de lo que ven los ojos. Qué extraño; nunca hubiese pensado que una expedición de esta envergadura pudiera conducir al fracaso como una seria probabilidad.

—Sí, es muy penoso —afirmó Cayne Lester, apurando al límite su habilidad histriónica—. Bien, debemos regresar a nuestra nave, tenemos muchas cosas a que atender, pues no hace mucho que estamos aquí. Además, tuvimos un viaje largo y lleno e dificultades.

—Lo comprendo, lo comprendo —dijo el extranjero—, yo mismo tampoco hace mucho que he llegado, y este lugar y ambiente no me gustan nada. ¿A ustedes, sí?

—No, lo encontramos totalmente desfavorable. Absolutamente. Veo que emplea su campo protector habitualmente.

—Lo encuentro una precaución muy sabia —respondió el octópodo—. ¿Nos veremos otra vez, humanoides?

—Claro. Confío en que sí —dijo Cayne Lester—. Le dejamos, pues encargado de hacerle llegar el mensaje al Jefe Divisionario, ¿no es así?

—Desde luego, desde luego —confirmó el extraño pulpo—, puesto que hace más tiempo que estoy aquí, considero mi deber el hacerlo. Yo conozco un poco más como anda la organización.

—De acuerdo. Sabíamos que nos ayudaría en ese aspecto —dijo Lester—. Entonces, hasta que nos veamos otra vez, ¡adiós!

—¡Adiós! —Crepitó la caja de traducción al musitar algo ininteligible dentro de ella aquel raro ser.

Los dos terrestres salieron por la cámara estanca y atravesaron el área, ahora silenciosa, donde se extendía la barrera protectora. Apenas se hubieron alejado media docena de pasos que ya pudieron oír el característico zumbido volvía a la vida detrás de ellos.

—Es precavido el amiguito, ¿verdad? Nadie lo diría viendo el aspecto tan amedrentador que tiene el bruto —dijo el americano a Cayne Lester, que estaba riéndose suavemente para sus adentros.

—Eso demuestra que las apariencias pueden ser engañosas —dijo— y que las cosas no son siempre lo que parecen. Él, que está al lado de los vencedores, está más asustado que nosotros. No sé si hubiera podido imaginarme una criatura más repulsiva. Es como uno de los peores que Julio Verne pudo nunca concebir. Como algo sacado de una buena película de horror. Una especie de pesadilla de la ciencia ficción. Pero, bah, tanto peor para él. Ahora lo que tenemos que hacer es regresar cuanto antes al cohete y esperar los acontecimientos.

No obstante, una vez ya instalados en su nave, el americano tenía un aspecto muy taciturno.

—¿Qué te corroe? —preguntó Cayne Lester.

—Pues que no me gusta eso de estar ahí sentado y esperar que pase algo. Quiero echar adelante, hacer alguna cosa. Hemos andado algunos pasos en la dirección adecuada, pero tenemos que andar un poco más, y con mayores zancadas. No creo que vayamos a repeler una flota intergaláctica de invasión con solo estar aquí sentados esperando los acontecimientos…

—J'ai une idee —exclamó el francés súbitamente y con excitación.

—Bueno, pues, díganla, por favor —replicó el doctor Rosch Rosenblum—. ¿Qué es eso, profesor Lancoaux?

—Me estaba preguntando —dijo el profesor con una lejana mirada en sus ojos— si sería posible hacer que algunos de esos extranjeros bajaran a la Tierra y una vez allí prepararles algo que les diera la impresión de que el trabajo va a costarles demasiado caro. Pero no sé qué es lo que podríamos hacer. Todo depende del lugar donde aterrizaremos y de lo que ocurriría cuando estuviésemos allí.

—Me adhiero a la idea de todo corazón —dijo Paul Ambrose—. Si pudiéramos montarles una charada… —Y se mordió pensativamente el labio—. Desgraciadamente, no se me ocurre nada por el momento. Lo que planeemos tendrá que ser terminado sólo cuando lleguemos a la Tierra en una de las naves enemigas, y dependerá de las circunstancias que existan en aquel momento.

—¿Está usted en favor? —preguntó el profesor francés al capitán Lester.

—Sí, completamente en favor —respondió el piloto de pruebas

—. ¿Y vuestro capitán? ¿Qué dice a eso, Walt?

—Creo que es una gran idea. Realmente súper —aseguró el tejano.

—Voilá —dijo entonces el francés—. Vayamos a ejecutar el plan.

CAPÍTULO XVII

INVASIÓN FINGIDA

Esta vez fueron el francés acompañado del profesor Fritz Fleiss y del siniestro doctor Ambrose los que andaban a través de la extensa llanura del Mare Imbrium.

—Creo que lo mejor ahora es probar en una nave diferente —dijo Ambrose—. No me parece de buena política ir a visitar otra vez la nave del octópodo que hace un rato visitaron nuestros respectivos capitanes. Yo más bien aconsejaría que fuéramos a cualquier otra parte totalmente diferente, si es que comprenden lo que quiero decir. Vamos a probar en aquel sector de allí; al lado opuesto de donde estaba la nave que volamos hace poco.

—Tenga cuidado con el radio —advirtió el francés—, pues en caso de que hubiese alguno de esos escuchando no les costaría nada atar cabos y darse cuenta de que lo que queremos es confundirles y desconcertarles con nuestro disfraz.

—Sí, tengo que tener mucho cuidado —dijo el siniestro y cadavérico Ambrose—, sería un desastre que echara a perder el plan a estas alturas.

Los tres expedicionarios cubrían su camino con desgarbados saltos; unas veces reducían su marcha a un paso sostenido, otras, olvidándose de su menor gravedad que les hacía pesar unos quince kilos a los que sostenían unas piernas hechas para soportar de 60 a 80, se disparaban hacia arriba en prodigiosos brincos. De una y otra manera, alcanzaron por fin la nave que hicieran su meta. Ambrose llevaba la caja traductora; seguía el francés y el alemán cerraba la marcha. Aquel vehículo al que se dirigieron no tenía ningún campo protector a su alrededor y era, quizá, ligeramente mayor que el que pertenecía al octópodo y de un diseño mucho más funcional. Este se

acercaba más al «platillo volante» que cualquiera de los que habían visto anteriormente, aunque había varios otros vehículos en forma de disco que también hubieran podido ser tomados en la Tierra por platillos o bolas de fuego.

Un solo golpe en la puerta bastó para que ésta se corriera a un lado descubriendo a los ojos de los hombres una de las más extrañas formas de vida que jamás pudieran imaginarse. De nuevo los terrestres pretendieron no estar sorprendidos ante aquellos seres que eran evidentemente anaeróbicos porque el «compartimento estanco» de la nave tenía una sola puerta; no era ninguna cámara de aire, sino tan sólo una compuerta en la estructura.

La «cosa» que les recibió era cristalina. Una masa articulada de roca viviente y, no obstante, un muy inteligente pedazo de roca.

El siniestro doctor Ambrose dirigió el aparato hacia la «cosa».

—Desearíamos hablarles a ustedes acerca de un importante plan estratégico. ¿Podemos entrar?

—Pasen y sean bienvenidos —dijo la criatura rocosa a través del traductor.

Paul Ambrose y sus compañeros penetraron al interior de la nave, y aquel ser, cerrando la puerta, preguntó solícitamente:

—¿A qué presión y en qué proporciones quieren ustedes el aire?

Ambrose les explicó que eran humanoides y que les gustaría una presión de 12 a 14 libras por pulgada cuadrada y un contenido de oxígeno de aproximadamente un tercio por volumen, diluido con nitrógeno.

La criatura cristalina operó con varios cilindros e inspeccionó un indicador de pared calibrado con unos extraños signos.

De alguna manera, la caja traductora se las había ingeniado para transferir las ideas de libras y pulgadas a las medidas del extranjero. Para la mente de Paul Ambrose aquello sólo podía significar una cosa; que la caja trabajaba por un principio puramente telepático, pues no podía existir ningún sistema, por brillante y avanzado que fuese que hiciera factible el traducir un juego de medidas, presiones y temperaturas al sistema de medidas de otra civilización a menos de que hubiera alguna especie de unión telepática.

Lo que la caja evidentemente hacía era tomar los pensamientos y vocabulario de un intelecto y traducirlos, por mediación de algún proceso psicoeléctrico en los pensamientos y medidas de la otra

mente interlocutora. Era un procedimiento fantástico y terrorífico pero, entonces —pensó el doctor—, también la televisión y la radio hubieran parecido procesos terroríficos a nuestros antecesores de los siglos XVII y XVIII. Así es que, ¿para qué extrañarnos?

La criatura rocosa, mientras tanto, pareció satisfecha con las manipulaciones que había llevado a cabo con los aparatos, y les indicó con un gesto que podían levantarse los visores.

Replegando las piezas faciales de su traje de lámina de aluminio, los visitantes se sentaron sobre los duros y angulares asientos de la nave espacial de aquel pétreo extranjero.

Algunas veces debe ser útil tener un cuerpo hecho de roca o, por lo menos, de algo que sea prácticamente indestructible, pensaba el profesor alemán. Esta es la vida anaeróbica —se decía a sí mismo— y la estoy contemplando por vez primera. Estoy mirando a una inteligencia que no es biológica, al menos en el sentido humano.

Hubo un corto y tenso silencio. Luego, una de las cosas de roca cristalina profirió unos ruidos dentro de la caja negra.

—¿Cuál es ese importante plan o estrategia de la que deseabais hablarnos? —dijo el aparato traductor.

—¿Habéis oído las últimas noticias acerca de los progresos de nuestra expedición? —le espetó el doctor Ambrose sin atender a su pregunta—. ¿Se han enterado de que nuestra espía Yolanda ha sido capturada? ¿Saben ustedes que nuestros enemigos, las gentes de la Tierra, han establecido una red defensiva y que ya han dirigido un proyectil contra una de nuestras naves?

—Vi que estallaba una de ellas —dijo la criatura rocosa—; fueron, pues los de la Tierra, ¿no es así? Sé que el Alto Mando ha sido informado, y ahora hace poco han hecho un llamamiento a este sector conminándonos a estar precavidos y listos para la acción. Parecían tener la impresión de que estábamos bajo el fuego enemigo.

—Nosotros oímos realmente la emisión terrestre en que decían todo eso —dijo Ambrose.

—¿De veras la oyeron? —inquirió aquel ente cristalino un tanto sorprendido.

Pierre Lancoaux le pidió a Ambrose que le pasara la caja, y una vez la tuvo en su poder se dirigió al extraño ser diciéndole:

—Nosotros tenemos un plan aunque, la dificultad está en que

para realizarlo necesitaremos un vehículo más apropiado que el que tenemos. Nuestra tecnología no está tan adelantada como la vuestra.

—Gracias por sus amables observaciones —le contestó el extranjero con una sorprendente caballerosidad. Fue extraño ver cómo aquella selección de siseos y gruñidos que entraron en la caja se convertían en una frase de cortesía.

En muchos aspectos, aquellos extranjeros tenían mucho de encomiable; la timidez del pulpo cromático y su ansiedad en poner su protección en funcionamiento tuvo unos matices casi humanos. La solicitud ofrecida por aquellos extraños humanoides cuya nave habían volado con una bomba de fabricación casera, y de esas raras formas de vida cristalina y anaeróbica que ahora tenían ante sí, se desprendía una caballerosidad propia de otro tiempo…

—Nuestro plan es éste —siguió diciendo el profesor—. Si ustedes tuvieran la amabilidad de llevarnos, nos gustaría ver de cerca ese planeta para cercionarnos de si todas esas informaciones que hemos recibido son de verdad tan temibles como parecen ser. Vuestra nave es evidentemente capaz de hacer un descenso y ascenso muy rápidos. Ustedes mismos son de una dureza singular, es decir, que no creo que tengamos nada que temer en ningún aspecto, ni aun por parte de los habitantes del planeta, ya que podemos ir y venir incluso antes de que ellos nos descubran.

—Pero ¿qué hay de esos artilugios que ellos tienen? —preguntó aquel ser—, ¿y de esos aparatos que han colocado para cazar a los espías?

—Nuestra Yolanda era una espía cuatridimensional, ¿verdad? —replicó el doctor Ambrose—. ¿Una espía que viajaba por sendas electrónicas?

—En efecto, eso es —confirmó la criatura cristalina.

—Luego, nosotros viajaremos de forma perfecta y físicamente normal, ¿no es así?

—Desde luego, desde luego —asintió la roca viviente—, una trampa destinada a detener elementos en la cuarta dimensión no sería suficiente para atraparnos a nosotros si viajamos por un medio puramente físico, es decir si usamos únicamente las radiaciones electromagnéticas de propulsión.

—Ciertamente —concedió Ambrose—. Estoy muy satisfecho de

que aprueben ustedes nuestro plan.

—Creo que es muy juicioso dadas las circunstancias —dijo el ente cristalino—, puesto que el Alto Mando se mueve tan lentamente y la información que se recibe es tan vaga y contradictoria, un servicio de inspección adicional no podrá acarrearnos ningún mal y estoy seguro que el Alto Mando sólo tendrá alabanzas para nosotros. Es muy posible además que vosotros, siendo humanoides podáis mezclaros con la gente de la Tierra, siempre que podamos hacer un satisfactorio aterrizaje a escondidas. Entonces, nosotros podemos mantenernos a la retaguardia y en caso que a ustedes les ocurra algún percance, acudiríamos en su ayuda con nuestros cuerpos casi indestructibles y les sacaremos de cualquier situación que vieran imposible de sostener.

—Estupendo, una idea muy buena. Deberíamos haber mandado espías humanoides antes —dijo Ambrose.

—Haré mención de esto al Alto Mando —dijo el extranjero.

Y yo —pensó Ambrose— debo tomar todas las medidas posibles para que nunca llegues al Alto Mando. Si esa gente empieza a enviar agentes humanoides por toda la Tierra, equipados con radios, no hay manera de saber cómo acabaría la cosa. Esos extranjeros amistosos deben ser eliminados para librarnos precisamente de esa amistad. No obstante, por el momento deben poder llegar hasta el Alto Mando para comunicarles las falsas impresiones que esperamos les podremos proporcionar acerca de la gente de la Tierra. De todas maneras, si con esa fingida invasión de ahora logramos crearles una sensación demoledora, abandonarán de cuajo toda idea de mandar más espías a la Tierra.

Momentos después, una gran nave circular se desprendía de la superficie de la Luna con una suavidad y una rapidez que tomó por sorpresa a los tres terrestres. Era como si se encontrasen en un ascensor. No hubo la usual agonía antigravitacional; sólo un rápido y progresivo deslizamiento.

—Vuestra nave va magníficamente —dijo el francés.

—Gracias —contestó la forma cristalina.

En pocos minutos fue llevado a término aquel viaje de 240.000 millas, y aunque se cubrió en menos de una hora, tal fue la suavidad de la aceleración y la desaceleración, que los terrestres no

sintieron incomodidad alguna. Hubieran experimentado las mismas sensaciones de haber permanecido en el pasillo de un tren o en el ascensor de un rascacielos; fue así de fácil y tranquilo el vuelo.

—Sacaré unas pruebas de la atmósfera para ustedes —dijo el extranjero solícitamente sacando al exterior unos recipientes a control remoto.

—Es casi la misma que la que tienen ustedes en su propio planeta —dijo después de hacer las comprobaciones—. Es decir, como la que puse dentro de la nave —y añadió después de una leve pausa—, hay un poco más de presión que la que tenemos aquí, pero no les causará ninguna molestia.

Por un segundo Ambrose temió que la similitud entre los contenidos atmosféricos y las presiones despertara las sospechas del extraño ser. Pero, después de todo, *¿por qué tenía que sospechar?* La vida humana debe tener atmósferas y presiones similares en todas partes o no podría desarrollarse.

Abrieron la puerta de la nave y emprendieron la marcha hacia el exterior.

Cuatro extrañas formas cristalinas que parecían cristales de cuarzo andantes, y tres humanos: un alemán, un francés canadiense y el siniestro doctor Paul Ambrose, cuya nacionalidad estaba envuelta en el misterio.

Apenas habían andado una docena de metros cuando la Providencia, el Destino, la Suerte o llámese como quiera, puso la Oportunidad Deseada a la vista de los tres hombres de la Tierra.

En un bosquecillo cercano, dos niños completamente equipados con trajes espaciales, pistolas siderales que zumbaban y disparaban destellos de colores y sus cascos de plástico que tenían todo el aspecto de verdaderos, estaban ocupadísimos persiguiéndose el uno al otro.

He aquí —se dijo Ambrose— la oportunidad dorada que no podemos desperdiciar…

Ambrose miró hacia los inocentes chiquillos con una torva sonrisa en sus labios delgados, mientras las palabras de un viejo poema atravesaban su enigmática mente. No estaba exactamente seguro de dónde lo oyera antes, pero en este momento estaba ahí, con todo su significado. Él sabía que su persona tenía un aspecto cadavérico y siniestro; sabía que era muy improbable que su

apariencia física inspirara confianza…

«No me gustas, doctor Fell
El por qué, decir no puedo
Mas yo sé, lo sé muy bien
Que no me gustas, doctor Fell».

Este era el poema, y Ambrose intuía que esos versos eran el medio que recogía todos los temores y los sentimientos irracionales que la mente infantil pudiera tener con respecto a otra persona. Pensó ceñudamente que ésta sería precisamente la reacción de los niños ante su figura. Es curioso —pensó— y es precisamente el niño el heredero simbólico de la raza y por él debe pasar inevitablemente la totalidad de la herencia humana, tan irrevocablemente como la noche sigue al día.

Pero no había más tiempo para meditaciones. Si había que adoptar una determinación debía ser tomada en seguida. Lo que se temían es que los niños pusieran pies en polvorosa tan pronto descubrieran a los extraños seres rocosos y anaeróbicos que se les venían encima; pero éste era un riesgo que tenía que correrse.

Aquellos niños no eran muy crecidos; a lo más tenían 8 o 9 años, quizá más jóvenes aún. No obstante, decidió Ambrose, puede que esa fuera la mejor edad. De haber sido mayores hubieran podido asustarse más fácilmente ya que la inocencia es una defensa contra el miedo. Lo horrible lo es únicamente cuando se nos enseña que es horrible. Nueve décimas partes del miedo humano entra en nuestro ser durante el penoso proceso de hacernos hombres, sin que la Naturaleza intervenga para nada. El Hombre de Neanderthal tuvo mucho menos miedo en su evolución que el Homo Sapiens, lo cual es probablemente la causa por la que el de Neanderthal se extinguió. Esas recapacitaciones filosóficas trajeron a la mente de Ambrose otro trozo de poesía alegórica:

«Lo que fue bueno para mi padre,
bueno es también para mí,
decíase el Diplodoco paseando por el mar
huérfano de buques.
Mas ahora él se encuentra en los Museos

mientras que la vaca, más progresiva,
tiene luz eléctrica y pastel de maíz
en su moderno establo».

Esta moraleja, no obstante, no podía tomarse mucho al pie de la letra —pensó Ambrose— llegando a la conclusión, en un análisis final, de que él personalmente hubiera preferido la extinción, y con ella la liberación definitiva del Diplodoco. Todo era cuestión de gustos, sin embargo…

Pero el tiempo apremiaba y no había lugar para más digresiones por profundas que esas fueran. Los niños estaban a punto de verles. Pierre detuvo su respiración. ¿Echarán a correr? —se preguntó—. ¿Quedarán aterrorizados a la vista de las fantásticas formas vivientes de roca cristalina?

La «cosa» más próxima al alemán dijo algo que sonó como los crujidos de un «iceberg» y que la caja traductora convirtió en:

—Parece que van equipados para viajar por el espacio y llevan además armas de algun tipo, aunque son los jóvenes de la especie.

Una brillante inspiración iluminó de repente la mente del profesor prusiano.

—Jah —musitó dentro de la caja—. Nosotros ese fenómeno ya observado hemos, ¿no? Los niños tan peligrosos son como los adultos serán, ¿eh?

Hasta la infalible caja traductora tuvo trabajo con esta sentencia. Finalmente pudo transmitir a la rocosa criatura algún indicio del significado.

—Si la proporción der crecimiento aquí similar a nuesttro propio planeta es —continuó diciendo el alemán dándose cuenta de su ventaja y apurándola hasta el máximo— entonces los pequeños niños aquí con armas y cascos espasiales sólo un tercio de crecidos son. Entre mi gente tan pequeños niños no ni a la escuela irían. Demasiado jóvenes y desamparados los considerados serían, javohl.

Aquel ser cristalino mostraba un aspecto tan estupefacto como es posible mostrar cuando se tienen trozos de roca por facciones.

—No obstante, les ganamos en número —gruñó dentro de la caja—, aunque serias dudas embargan mi mente.

—En la mía mente también terribles dudas hay —dijo Fritz Fleiss con acento descorazonador.

—No me gustó la forma en que nuestra espía Yolanda fue capturada. Yo no tenía ni idea de que estuvieran tan adelantados, pues, según nuestras observaciones, no parecían tener ninguna nave espacial digna de mención.

Evidentemente, aquella masa cristalina no estaba nada segura de sí misma, pero, repentinamente tomó una decisión, una grave determinación.

—Voy a comprobar cuan poderosas son sus armas —dijo valientemente—, quizá, después de todo estamos asustados nada más que de sombras.

—¡Tenga cuidado! —le gritó el francés a través de la caja traductora—. Si algo le pasara, ¿cómo podríamos trasladarnos a nuestro campamento de la Luna? No creo que pudiéramos accionar su nave sin usted. No conocemos los mecanismos.

Al decir eso, Pierre pensaba solamente en la suerte que podían correr los chicos, por lo que trataba de apartar aquella peligrosa decisión de la cabeza del monstruo de roca. Este se detuvo un instante considerando las reflexiones del humanoide.

—Dos de nosotros se enfrentarán con esos niños —declaró—, los otros dos permanecerán a una prudente distancia con el objeto de poder tripular la nave si fuera necesario —ordenó finalmente con su extraño verbo en el que podía notarse un deje de incertidumbre a pesar de los siseos y crujidos.

Los tres terrestres mantuvieron sus dedos cruzados. Contra toda esperanza razonable, esperaban un milagro, *una serie completa de milagros e imposibilidades descabelladas*. Si esto fuera una película, pensó cínicamente Paul Ambrose, ahora es el tiempo preciso para que llegara el V de Caballería con
Zupa-Dupa
y los fusiles de rayos y barrieran de este mundo a las Rocas Vivientes… pero esto no es Hollywood, se dijo a sí mismo con amargo desazón, esta es una horrible yegua que no puede escaparse, llamada REALIDAD.

Los dos extraños cristalinos iban avanzando hacia los niños llevando en sus manos la caja traductora. Por el momento los muchachos no habían huido. Se quedaron mirando con la boca abierta y llenos de interés a los fantásticos forasteros anaeróbicos, las extrañas cosas de dura roca cristalina parecidos a trozos de

vidrio empalmados.

Dos pequeños infantes con armas espaciales de juguete y cascos astronáuticos de politeno.

Dos seres siniestros con una tecnología centenares de años más avanzada que la del hombre.

David y Goliat —pensó Ambrose—, sólo que David no tiene su honda.

El ente cristalino que iba más adelantado susurró a la caja traductora:

—Somos seres del espacio —explicó la caja— que venimos a tomar posesión de vuestro planeta.

—Estupendo —exclamó el primer niño—. ¿Queréis jugar con nosotros, verdad?

—Desde luego que quieren —aseguró el otro chico—, él lo dijo. ¿No lo dijo?

Tal es la simplicidad, ingenuidad de pensamiento y franqueza de una mente infantil.

Las armas que poseían esos niños; las famosas pistolas espaciales, estaban calibradas para obtener varios efectos interesantes, uno de ellos era el de: «zumbador de frecuencia supersónica» y otro decía: «oscilador destructivo». Cuando la llavecita selectora se ponía a la posición deseada y se oprimía el gatillo, un zumbador operado por una pequeña pila eléctrica producía un fantástico sonido. Era el horrible sonido que llevó a la mamá a obligar a los chiquillos que jugaran al campo libre, fuera del alcance del oído y no dentro de la casa.

El sonido, como se sabe, es una cosa muy extraña. Extraña y peculiar. Cantantes de ópera ha habido cuyas notas altas tenían la facultad de romper los cristales en fragmentos.

En aquel bosquecillo, dos seres cristalinos se enfrentaban directamente con dos niños; dos duras e inflexibles cosas de cristal. Vida anaeróbica.

—¡Vas a morir, monstruo del espacio! —exclamó el más pequeño de los muchachos, y mientras la caja de traducción estaba convirtiendo sus palabras en siseos y crujidos, el niño blandió su «zumbador de frecuencia supersónica», y apretó el gatillo. Hubo un estallido de chasquidos y sonidos de rotura y el extraño ser que estaba enfrente de la pistola se desplomó convertido en un montón

de trozos. Por una pura casualidad la vibración del zumbador era la frecuencia de rotura del ente cristalino.

El segundo de los extranjeros hizo un valiente intento de empuñar su arma pero el otro niño estaba ya oprimiendo el gatillo mientras gritaba excitado:

—¡No! Tú, matón, no vas a disparar contra mi compinche. —Evidentemente sus espectáculos favoritos en la televisión eran una mezcla de «westerns» y aventuras del espacio. Mas el resultado definitivo fue que el otro monstruo anaeróbico se desplomó también envuelto en una lluvia de fragmentos cristalinos.

Súbitamente las dos criaturas se dieron cuenta de que algo iba mal. Muy mal. Una vez llegados a esta parte del juego, sus nuevos amigos deberían haberse levantado y decir: «O.K. Ahora os toca a vosotros hacer de monstruos». Pero en vez de eso allí estaban yaciendo en el suelo como dos montones de pedazos. A los niños se les iba ocurriendo que quizás aquellas figuras no volverían a levantarse *nunca más*. Su reacción fue rápida y no, enteramente inesperada; arrojaron sus armas a lo lejos, y emprendieron la huida a todo correr hacia la casa.

—¡Han ido a buscar refuerzos! —gritó Ambrose dentro de la caja que había recuperado de uno de los montones de astillas.

—¡Van a volver con un arma más potente para destruir la nave! —gritó el francés.

—Volver a la Luna en seguida con estas noticias tan malas de prisa debemos —apremió el alemán.

Las dos entidades cristalinas supervivientes no necesitaron ninguna otra insinuación.

Minutos más tarde, el magnífico disco interplanetario huía de la Tierra como gato escaldado.

—Son increíblemente astutos —comentaba tristemente aquel ser de roca con Ambrose—. ¿Quién podía imaginarse que nos estaban engañando de manera tan completa convirtiendo en estupideces todas las teorías que habíamos forjado acerca de ellos en previas observaciones?

Su rocoso compañero añadía:

—Esas gentes son temiblemente peligrosas y mortíferas. Nosotros somos sin ninguna clase de duda, las criaturas más fuertes de todo el imperio intergaláctico y, no obstante, los *niños* de esos

humanos de la Tierra pueden destruirnos sin ningún esfuerzo. Esto va a afectar nuestro plan de invasión… No hay planeta que valga las terribles pérdidas que su conquista automáticamente produciría.

Paul Ambrose, Fleiss y Pierre sonreían para sus adentros mientras escuchaban por la caja destructora la conversación de aquellos extranjeros de roca cristalina.

CAPÍTULO XVIII

DE NUEVO TARACONDA GRIMWOOD

Manfred Hutton dormitaba recostado en un diván adosado en una pared del laboratorio. Nathaniel Burgman se había marchado a refrescar un poco. Solamente Taraconda Grimwood cuidaba de la vigilancia del tanque donde con el campo magnético mantenían prisionera a la muchacha.

La mente del viejo catedrático de Ciencias estaba llena de extraños pensamientos. Pensaba en Milly Grimwood y en su vida hogareña tan increíblemente desgraciada. Meditaba sobre su propia ineficiencia e imperfección y el ardiente deseo que en su subconsciente tenía de dejar su huella en el mundo. Alguna huella de su paso, pensó amargamente. *Pobre viejo Grimwood*. Lo dijo otra vez en voz alta:

—¡Pobre viejo Grimwood!

—Sólo si él quiere serlo —dijo la muchacha desde el tanque, con voz muy queda, suavemente, para no despertar al dormido psiquiatra—. No hay necesidad de decir «Pobre viejo Grimwood». Yo puedo hacerle *Grimwood el Grande*, yo puedo darle poder, más poder que ningún mortal haya jamás soñado. Puedo darle un planeta para gobernar. Usted podría ser el regente, el representante de mi pueblo. Nuestros ejércitos apoyarían su gobierno. Le daríamos larga vida, salud, fortaleza. La llave para entrar en otras dimensiones. Todo lo que tiene que hacer es liberarme, y después que hayamos conquistado este planeta, usted será su gobernador. Todo lo que el dinero pueda comprar será suyo. Mucho de lo que no puede ser comprado, será suyo también.

La mujer guardó silencio unos momentos para dejar que la importancia de sus palabras penetrara en el corazón del hombre.

—¿Qué es lo que este mundo puede ofrecerle? Usted es un hombre de una gran inteligencia científica, muy por delante de muchos de sus propios coetáneos, pero ¿ha sido usted alguna vez premiado adecuadamente? Desde luego que no.

—No.

—¿Cuánto amor ha conocido usted en su vida? Suélteme. Interrumpa este campo que me aprisiona, y yo le amaré. Apareceré en esta habitación para premiarle con toda mi belleza.

Otra vez se hizo una pausa para dar mayor fuerza a sus palabras. El pobre catedrático continuaba sentado mientras las palabras de la joven bailaban en su cerebro deslumbrándole: «Amor… poder… riqueza, fama, importancia. Yo puedo darle todo eso… Sólo tiene que cerrar el campo magnético… por favor… hágalo por mí».

Taraconda Grimwood echó una rápida ojeada hacia atrás, al dormido psiquiatra, y cerró el interruptor de la corriente. La invisible prisión se desvaneció, seguidamente se oyó una pequeña explosión en el tanque de cristal y… *Yolanda apareció junto a él en realidad*. Una bella y viviente mujer de carne y hueso.

El psiquiatra saltó del diván como si algo le hubiese picado.

—¿Qué diablos…? —tartamudeó.

—Se ha escapado —mintió desesperadamente Grimwood, jadeando—. Ayúdame a capturarla. De prisa, antes de que pueda hacer ningún daño.

El psiquiatra forcejeó con Yolanda volviendo la espalda a Taraconda, el cual, enarbolando el pesado envase de plomo de un isótopo, lo descargó contra la base del cráneo de su amigo, astillándolo como si fuera un vaso de cristal. Manfred Hutton había liberado su última represión.

—Pronto —dijo la muchacha—. Tenemos que encontrar un transmisor de radio.

—Este es un laboratorio de Física —respondió Taraconda con orgullo—. En esta habitación hay de todo, incluyendo receptores. Presumo que lo querrá para llamar a la Luna.

Ella asintió con la cabeza.

—Mi método usual es sencillamente disolverme dentro de la cuarta dimensión, y reaparecer dentro de nuestro cuartel general. Pero le he hecho a usted una promesa, y permaneceré a su lado hasta que mis amigos vengan y tomen posesión. Si le dejara después

de haberme liberado su propia gente le mataría.

—¡Puedes estar segura de que lo harían! —dijo una voz desde la puerta.

—¡Burgman! —profirió el pequeño catedrático de Ciencias.

—¡En tamaño natural y dos veces más horrible! —bromeó el enorme director, aunque sin ningún asomo de humor en su entonación.

—Usted no lo entiende… —imploró Grimwood con voz lastimera.

—¡Lo entiendo harto bien! —atajó el principal, cortando su frase. Con su único gran ojo llameante y la hirsuta barba enmarcándole el rostro como una nube, parecía una airada deidad del Olimpo.

—Estaba dispuesto a vendernos al diablo. A permitir que ella diera la información que iba a costar la vida de nuestros astronautas. Mataste a tu viejo amigo. Y todo, ¿para qué? Para convertirte en el gobernador del mundo; tú, pequeño fenómeno patético.

Grimwood no mantenía su cabeza ociosa. Estaba recordando cosas. Recordaba que había un revólver en el laboratorio; se lo había confiscado a un estudiante bastante descuidado que intentaba fabricar un poco de pólvora. Estaba en un cajón, no muy lejos a su espalda. Quizá podría cogerlo. Quizá podría hacer que Burgman siguiera hablando y, mientras, iría acercándose de espaldas a la puerta. Pero fue Yolanda la que le ofreció la oportunidad; haciendo como que perdía la cabeza se dirigió alocadamente hacia la puerta. Burgman dio un salto para alcanzarla y Taraconda Grimwood aprovechó el momento para arrojarse hacia el cajón, lo abrió de un golpe y extrajo el revólver manejándolo torpemente.

—¡Suéltala o, por Dios que disparo! —gritó con tono amenazador. Yolanda resolvió el problema derritiéndose simplemente en los brazos de Burgman y reapareciendo en el rincón más apartado del laboratorio.

—¡Maldita sea la cuarta dimensión! —exclamó con un bufido el ogro benigno que en aquellos momentos era mucho más ogro y, prácticamente, tan poco benigno como le es posible ser a un hombre.

—¡No se mueva! —le advirtió Grimwood al ver que Nat iba a

alcanzar de nuevo a la muchacha, pero éste no le hizo el menor caso.

—¡Se lo advertí! —gritó Grimwood—. ¡Por Dios que le avisé! — Nat había cogido ya a la chica que se debatía en sus brazos.

El proyectil rozó el hombro musculoso de Burgman y se hundió en el pecho de Yolanda. Por unos segundos la mujer se balanceó como si tratara de escapar a través de la cuarta dimensión, hacia su pueblo, pero no pudo y su cuerpo se desplomó sin vida sobre el suelo del laboratorio.

—¡Tú, malvado! —chilló Grimwood—. ¡Tú la has matado!

—Usted ha disparado —replicó el director con voz opaca— y recuerde que iba destinado a mí.

—Y éste también es para ti —dijo Grimwood con un silbido en su voz, disparando otra vez. La bala pasó lejos. Taraconda era un pésimo tirador.

Nathaniel Burgman, en cambio, siempre llevaba una pistola. Desde los tiempos de la guerra y también a causa de sus otras hazañas menos conocidas, le acompañaba una gran Browning automática. Un pesado calibre 45, mortífera, precisa, letal. Un arma infalible en las manos poderosas de Burgman. A él le repugnaba tener que emplearla contra un pobre viejo como Grimwood, pero el profesor no era ya un hombre cuerdo. Sus aberraciones le hacían peligroso y había que decidirse, tenía que ser o Burgman o Grimwood y Burgman sabía que en aquellas circunstancias su enemigo llevaba las de perder.

Nathaniel Burgman levantó el parche que cubría su ojo, descubriendo que nada había de malo en el órgano que estaba debajo. Era tan claro y brillante como el otro, pero aquel fiero parche negro servía para crear su personalidad; junto con la barba, constituía su máscara. Un hombre que empuña un arma tiene que tener dos buenos ojos; por lo demás, Grimwood no estaría en condiciones de airear su secreto. Los cadáveres son bien conocidos por su discreción.

Dos disparos más de Grimwood dieron lejos del blanco buscado, entonces, la gran Browning apareció por detrás de la mesa y… ¡bang! Taraconda Grimwood dejó de ser elegible para tomar parte en el próximo censo de habitantes.

Había adelantado un paso hacia la solución del problema

Maltusiano en beneficio de sus conciudadanos.

Taraconda Grimwood estaba muerto.

CAPÍTULO XIX

DESPEDIDA A LA FRANCESA

La nave circular que transportaba a los dos seres cristalinos supervivientes, emprendió su triste y solitaria trayectoria de regreso al triste y solitario satélite; hacia la Luna.

Una vez llegado revoloteó como un buitre redondo y plano por encima de la flota intergaláctica de invasión que resplandecía orgullosa. Por unos segundos se cernió en el cielo como un palomo de arcilla a la espera de ser destrozado por el disparo de algún deportista. Después, empezó a descender… abajo… abajo, obedeciendo las complejas leyes del campo universal de impulsión electromagnética.

Posáronse sobre el polvo blanco-gris de la superficie lunar, y seguidamente los cinco componentes de la expedición salieron al exterior.

Dos extrañas criaturas hechas de trozos de cristal de roca, y tres igualmente fantásticas caricaturas de hechura antropomórfica, flacas y extravagantes en su metálica envoltura de aluminio. Un cortejo triste y lento dirigiendo sus pasos hacia la gran nave insignia de la expedición. El corazón de la flota invasora; la sede del Alto Mando intergaláctico.

Cuando la compuerta de la nave almirante finalmente se abrió se vieron confrontados por una «cosa» que tenía toda la apariencia de una enorme «mantis religiosa». Sus piernas, flacas como palos y sus grotescas y nudosas extremidades superiores, junto con sus bizarros movimientos por sacudidas, hizo que los terrestres se sintieran físicamente enfermos. Era una de las formas de vida más odiosamente repulsivas que habían visto.

Los seres cristalinos eran extraños y quizás hasta cómicos. Esta

«cosa» de ahora era repugnante.

Los entes cristalinos se postraron delante de la gigantesca mantis y sisearon y chirriaron con excitación dentro de la caja traductora que, por el otro lado iba emitiendo una serie de extraordinarios sonidos semimusicales. Era como escuchar una escala cromática en tono agudo tocada con un violín de plástico.

Mientras tanto, Ambrose y sus dos compañeros se mantenían quietos y escuchando en una postura que esperaban demostrara su inteligente y leal subordinación. Finalmente, la mantis religiosa dirigió la caja traductora hacia ellos disponiéndose a obtener confirmación de la historia que había oído de las criaturas rocosas.

Fritz, Pierre y el siniestro Ambrose no estaban nada dispuestos a dejarse perder la ocasión. No tan solo corroboraron la versión anterior sino que la embellecieron, la adornaron. Con frases que helaban la sangre describieron, y relataron hasta que la raza humana de la Tierra, y su prole en particular, adquirieron las proporciones de unos seres semiindestructibles, de brillante inteligencia, diabólicamente astutos y sedientos de muerte. Incluso la gigantesca mantis religiosa se sintió estremecer desde lo alto de su jerarquía.

Seis horas después, la Armada se empezaba a dispersarse.

Al cabo de doce, todas las naves habían desaparecido. Habían regresado a miles de rincones en miles de galaxias, sobrecogidos por los relatos acerca de la salvaje raza guerrera y su temible progenie que poblaba el tercer planeta del sistema solar.

¡Qué expresiones de asombro no hubiera habido en las caras de los cosmopolitas súbditos del Imperio Intergaláctico, si hubiesen podido ver que los dos más primitivos cohetes humanoides se dirigían precisamente *hacia* aquel mortífero planeta!

FIN